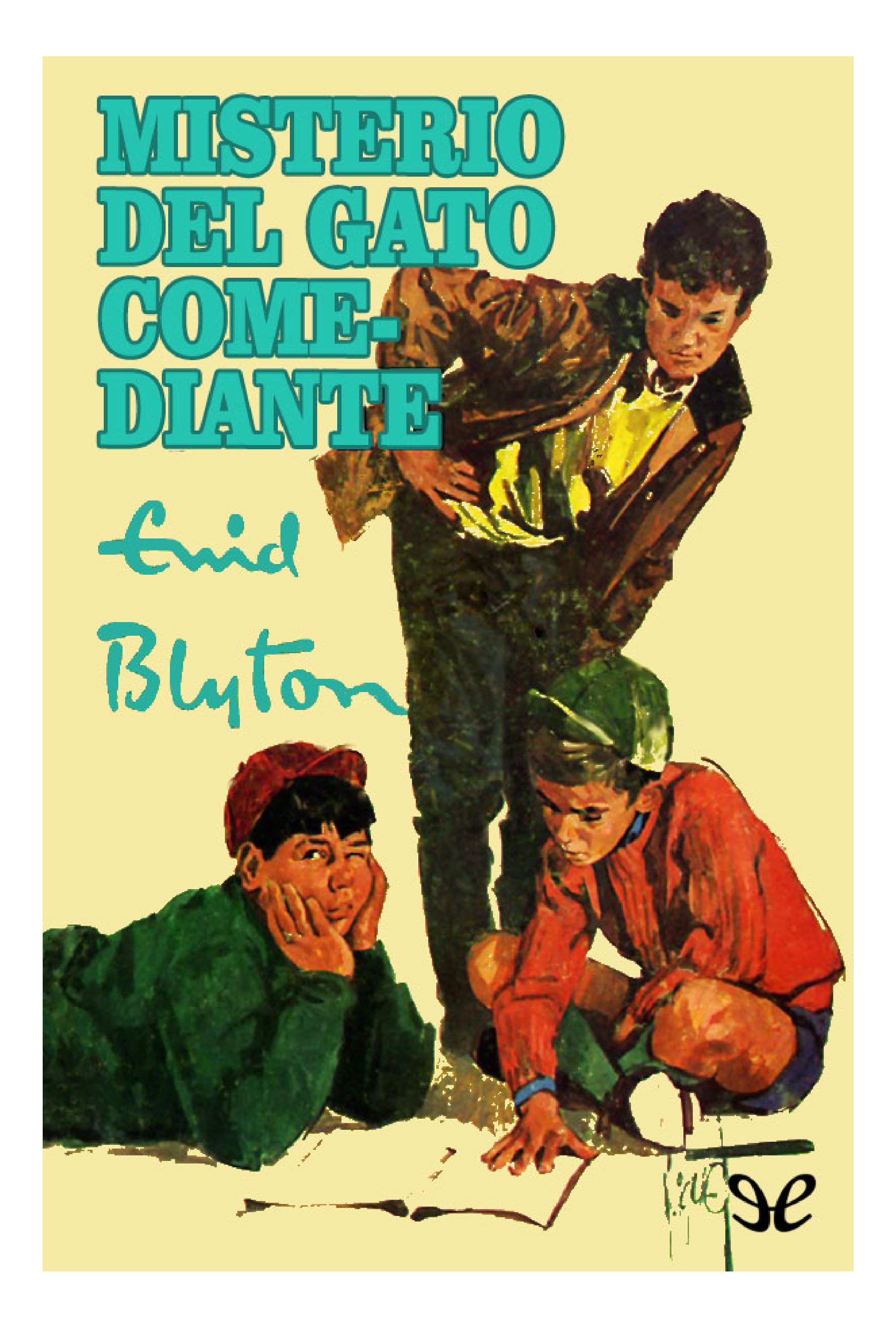

MISTERIO DEL GATO COME-DIANTE
Enid Blyton

La caja fuerte del teatro ha sido desvalijada y Boysie, el apocado actor que hace el papel de gato en la función, es el primero de la lista de sospechosos. Pippin, un joven policía que sustituye temporalmente al señor Goon, está al frente del caso aunque cuenta con la valiosa ayuda de los Cinco Pesquisidores y su perro «Buster».



Enid Blyton

Misterio del gato comediante

Colección Misterio 07

ePub r1.0
gimli 13.02.14

Título original: *The Mystery of the Pantomime Cat*
Enid Blyton, 1949
Traducción: María Dolores Raich
Ilustraciones: Joseph Abbey
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Capítulo primero

En la estación de ferrocarril

Larry y Daisy aguardaban a que pasara a buscarles Fatty con «Buster», el pequeño «scottie», y acechaban su llegada junto al portillo del jardín.

—Da gusto estar de nuevo en casa, de vacaciones —comentó Daisy—. Ojalá Fatty venga pronto. De lo contrario, no llegaremos a tiempo de recibir a Pip y a Bets en la estación. Estoy deseando volver a verles. Parece que hace un siglo desde las vacaciones de Navidad.

—¡Ahí está! —exclamó Larry, alejándose del portillo—. ¡Y viene con «Buster»! ¡Hola, Fatty! Tendremos que apresurarnos si queremos llegar a tiempo a la estación.

—Hay tiempo de sobra —tranquilizóle Fatty, que era de los que nunca tienen prisa—. ¡Qué divertido será volver a estar todos juntos! ¿No os parece? ¡Los Cinco Pesquisidores dispuestos a habérselas con otro nuevo misterio de esos tan supercolosales!

—¡Guau! —protestó «Buster», sintiéndose un poco postergado.

—¡Es verdad! —rectificó Fatty—. Lo siento, «Buster». Los Cinco Pesquisidores «y el perro».

—Vamos —apremió Daisy—. El tren está al llegar. ¡Pensar que llevamos casi una semana de vacaciones y todavía no hemos visto a Bets y Pip! Apuesto a que no les habrá gustado estar con su tía Sofía. Es una mujer terriblemente rígida y severa. Estoy segura de que, por la fuerza de la costumbre, estarán varios días prodigando las «gracias», los «por favor» y los buenos modales.

—Ye se les pasará —murmuró Fatty—. ¿Alguno de vosotros ha visto al amigo Ahuyentador durante estas vacaciones?

Ahuyentador era el nombre que daban los chicos al señor Goon, el policía del pueblo. El hombre no podía tragar a los cinco muchachos y detestaba a «Buster», cosa bastante comprensible, pues el perro era muy aficionado a saltar y brincar alrededor de los tobillos del grueso policía de un modo francamente irritante. Además, los niños habían desentrañado buen número de misterios que el señor Goon consideraba de su incumbencia personal y, como es de suponer, tenía celos de los chicos.

—En cuanto nos vea a uno de nosotros por algún sitio, soltará: ¡Largo de aquí! —dijo Larry, con una burlona sonrisa—. No falla nunca… ¿Qué os parece? ¿Surgirá algún nuevo misterio durante estas vacaciones? Me gustaría hacer funcionar mi materia gris en un buen misterio de esos tan apasionantes.

Sus compañeros se echaron a reír.

—Procura que no te oiga papá —recomendó Daisy—. Has tenido tan malas notas en el colegio que seguramente te diría por qué no usas la materia gris para el latín y las matemáticas y te dejas de misterios.

—Me figuro que en el informe constan frasecitas como éstas: «Podrías sacar más partido de su inteligencia» o «No saca partido de su inteligencia» —intervino Fatty—. Conozco el paño.

—¡No es posible que hayan puesto «nunca» semejantes observaciones en «tus» informes, Fatty! —exclamó Daisy, que profesaba una gran admiración al talento de Fatty.

—Bien —dijo Fatty, modestamente—. «Por lo regular» me ponen «Brillantes estudios en este trimestre» o «Aventaja con mucho al término medio de su clase» o…

—¡Ya salió nuestro presumido amigo Fatty dándose importancia con aires de modestia! —interrumpióle Larry, dándole un puñada—. No sé cómo te las arreglas para fachendear con ese tono de voz tan modesto, Fatty. Te aseguro…

—Dejaos de discusiones —terció Daisy, echando a correr—. ¿No oís el silbido del tren? «Debemos» estar en el andén antes de que lleguen Pip y Bets. ¡Pobre «Buster»! ¡Con esas patitas tan cortas no puede seguirnos! ¡Vamos, «Buster»!

Los tres amigos franquearon la puerta de la estación e irrumpieron en el andén. Con un regocijado ladrido, «Buster»

olfateó la orilla de unos recios pantalones azul marino, cuyo propietario hallábase junto al quiosco de revistas.

—¡Largo de aquí! —dijo una voz familiar, lanzando un resoplido de exasperación—. ¡Atad ese perro con una correa!

—¡Ah, «hola», señor Goon! —exclamaron Fatty, Larry y Daisy, todos a una, como si el policía fuese su mejor amigo.

—¡Dichosos los ojos que «le» ven! —agregó Fatty—. Supongo que sigue usted bien, señor Goon, a pesar de este tiempo tan deprimente y…

En el preciso momento en que el señor Goon se disponía a salir con una andanada, llegó el tren con un estruendo ensordecedor, impidiendo toda conversación.

—¡Allí está Pip! —gritó Larry, agitando la mano con tal fuerza que por poco echa a rodar el casco del señor Goon.

«Buster» fue a sentarse, muy digno, bajo el banco del andén. No le gustaban los trenes. El señor Goon permanecía a poca distancia, buscando con la mirada a la persona a quien esperaba.

Bets y Pip bajaron del tren presos de gran excitación.

—¡Fatty! —exclamó Bets, abrazándole—. ¡Estaba segura de que vendrías a recibirnos! ¡Hola, Larry! ¡Hola, Daisy!

—Hola, pequeña Bets —saludó Fatty, que sentía un profundo afecto por la muchacha—. ¡Hola, Pip! —añadió, dando al recién llegado una palmada en la espalda—. ¡Regresáis a tiempo de ayudarnos a aclarar un tremendo misterio!

El chico dijo esto en voz muy alta para que lo oyera el señor Goon. Pero, desgraciadamente, la frase no llegó a oídos del policía, ocupado en estrechar la mano a otro camarada, un individuo joven y sonriente, de tez sonrosada.

—¡Mirad! —exclamó Larry—. ¡Otro policía! ¿Será que vamos a tener dos en Peterswood de ahora en adelante?

—Lo ignoro —repuso Fatty, mirando atentamente al segundo policía—. Me gusta bastante la facha del amigo del señor Goon. Parece un tipo simpático.

—Me encantan sus orejas —comentó Bets—. Parecen soplillos.

—No digas bobadas —protestó Pip—. ¿Dónde está «Buster», Fatty?

—Allí —respondió Fatty—. ¡Eh, «Buster»! ¡Sal de ahí debajo!

¿No te da vergüenza ser tan cobarde?

«Buster» salió de debajo del banco, meneando la cola con el cuerpo gacho, como si quisiera disculparse. Pero en cuanto el tren se puso en marcha otra vez para alejarse de la estación, entre una serie de aterradores resoplidos, el animal volvió a esconderse precipitadamente debajo del banco.

—¡Pobre «Buster»! —compadecióle Bets—. Estoy segura de que si yo fuese perro, también me escondería debajo de un banco.

—Hasta hace poco siempre te ponías detrás de mí cuando entraba el tren en la estación —sacó a relucir Pip—. Y recuerdo que tratabas de…

—Vamos —interrumpió Fatty, al advertir que Bets empezaba a sonrojarse—. ¡En marcha! ¡«Buster»! Sal de ahí y no seas memo. El tren ya está a una milla de distancia.

«Buster» obedeció, pero al ver «dos» pares de pantalones azul marino dirigiéndose hacia él, precipitóse a ellos gozosamente.

—¡Ya está aquí este perro! —gruñó el señor Goon, dando puntapiés.

Y volviéndose a su compañero, dijo en voz alta:

—Tendrá usted que vigilar a este perro. Un día u otro habrá que dar parte. Como usted puede ver, no está debidamente controlado. Mantenga los ojos abiertos, Pippin, y no soporte ninguna impertinencia.

—¿De modo, señor Goon que ahora van a ser ustedes «dos» contra el pobre «Buster»? —intervino Fatty, siempre dispuesto a entablar una discusión con el señor Goon.

—«Nada» de eso —replicó el policía—. Estaré unos días de vacaciones, ¡conste que ya era hora de que me las dieran!, y este señor es mi colega, el agente Pippin, encargado de sustituirme durante mi ausencia. Me alegro muchísimo de veros, porque eso me permite poner sobre aviso a mi camarada y advertirle que «no os pierda de vista», ni tampoco a ese perro.

Y volviéndose a su compañero, que le escuchaba un tanto sorprendido, agregó:

—¿Ve usted esos cinco chavales? Se creen muy listos, capaces de desentrañar todos los misterios de la comarca. ¡No puede usted figurarse los líos en que me han metido! No les pierda de «vista»,

Pippin, y si surge algún misterio, guárdeselo para usted. De lo contrario, estos chicos meterán las narices en lo que es de la exclusiva incumbencia de la Ley y le darán una «guerra» tremenda.

—Gracias por la presentación, señor Goon —espetó Fatty, sonriendo al otro policía—. Encantado de darle a usted la bienvenida a Peterswood, señor Pippin. Le deseo una feliz estancia. Y si… si alguna vez cree usted que podemos ayudarle, no tiene más que decírnoslo.

—¿Ve usted? —mascullo el señor Goon, poniéndose como un tomate—. ¡Lo que le decía! ¡La cuestión es meterse en lo que no les importa! ¡Vamos, largaos de aquí todos y llevaos ese antipático perro! ¡Ah!, y no lo olvidéis: pondré al señor Pippin al corriente de todos vuestros trucos y os advierto que no tolerará ninguna majadería. ¿Entendido?

Dicho esto, el señor Goon alejóse con su amigo Pippin, que, por su parte, no pudo menos de volverse a mirar a los muchachos con aire de disculpa mientras andaba. Fatty le guiñó el ojo y Pippin correspondió con otro guiño.

—Me gusta ese agente —repitió Bets—. Tiene una cara muy agradable. Y unas orejas…

—… como soplillos —concluyó Pip—. Sí, ya nos lo has dicho antes. Oye, Fatty: apuesto a que el viejo Goon va a solazarse contando a Pippin todas nuestras cosas. Nos presentará como una banda de jóvenes «gangsters» o algo por el estilo.

—¡Casi lo aseguraría! —convino Fatty—. Me gustaría oír lo que dice de nosotros. ¡Van a silbarnos los oídos!

No se equivocaba. El señor Goon estaba realmente disfrutando de lo lindo poniendo en guardia al agente Pippin.

—Téngalos a raya —le decía—. Y no soporte ninguna impertinencia del gordito. Ése, sobre todo, es una verdadera plaga.

—Me pareció que era de buena laya —murmuró el agente Pippin, sorprendido.

—Todo es parte de su astucia —repuso el señor Goon, lanzando uno de sus típicos resoplidos—. ¡No quiera usted saber las veces que ese chico me ha hecho objeto de sus travesuras, dándome toda clase de pistas falsas y estropeando algunos de mis mejores casos! Es un perfecto imbécil, siempre en plan de disfrazarse y hacer el bobo.

—¿Pero no es el muchacho de quien el inspector Jenks tiene tan buena opinión? —inquirió el agente Pippin, frunciendo el ceño con perplejidad—. Me parece recordar que dijo…

No cabía observación más inoportuna. El señor Goon se puso como la grana y echó a Pippin una mirada incendiaria, con la consiguiente alarma por parte del joven policía.

—Ese chico ha embaucado al inspector Jenks —declaró el señor Goon—. Sepa usted que es un perfecto adulador. No crea usted una palabra de lo que dice el inspector respecto a él. Limítese a buscar misteriosos chicos pelirrojos merodeando por todo el lugar, ¿entendido?

—¿Mu… muchachos pelirrojos? —exclamó, el agente Pippin, con los ojos saliéndosele de las órbitas de puro asombro—. No comprendo.

—Utilice su materia gris, Pippin —aconsejó el señor Goon en tono arrogante—. Ese chico, o sea Fatty, se ha procurado un sinfín de disfraces, y uno de sus predilectos consiste en una peluca roja. ¡Las veces que he visto chicos pelirrojos! Y todas ellas se trataba de Fatty, disfrazado para desorientarme. Extreme usted las precauciones, Pippin. Recuerde lo que le digo: el chico intentará gastarle la misma broma. Es un barrabás. Lo cierto es que todos esos chicos son una plaga, una verdadera plaga, sin el menor respeto por la Ley.

El agente Pippin escuchó todo esto sorprendido, si bien muy respetuosamente. El señor Goon le doblaba la edad y, sin duda, debía de tener muchísima experiencia. El joven sentíase orgulloso de ocupar su puesto durante sus vacaciones.

—No creo que surja ninguna dificultad en mi ausencia —prosiguió el señor Goon, al tiempo que ambos franqueaban el portillo del pequeño jardín anterior del viejo policía—. Pero, «si» ocurre algo, llévelo usted en secreto, Pippin. Haga lo que haga, no permita que esos chavales metan las narices, y en caso de que no pueda evitarlo, mande usted a por mí, ¿de acuerdo? Al propio tiempo, procure encerrar al perro con cualquier pretexto. Es un bicho peligroso y me gustaría quitarlo de en medio. Vea usted lo que puede hacer.

El agente Pippin no pudo menos de sentirse aturdido. Había

simpatizado con los chicos y el perro. Era desconcertante que el señor Goon tuviese una opinión tan distinta. Con todo, sabía su obligación. Y prometióse «hacer cuanto estuviera de su parte» para complacer al señor Goon.

Capítulo II

Un pequeño y esmerado plan para Pippin

Los Pesquisidores estaban encantados de volver a hallarse todos reunidos. Pero las vacaciones de Pascua no eran tan largas como las de verano. Para colmo, había transcurrido casi una semana antes del regreso de Pip y Bets de casa de su tía y, en consecuencia, quedaba muy poco tiempo disponible.

—Escasamente tres semanas —refunfuñó Larry—. Confío en que hará buen tiempo. Eso nos permitirá ir de merienda al campo y hacer unas cuantas excursiones en bicicleta.

—Además, dan una función muy bonita en el Pequeño Teatro —dijo Daisy—. Es una especie de comedia burlesca sobre Dick Whittington, tremendamente divertida. Yo ya la he visto, pero no me importaría acompañaros.

—¿Todavía trabaja esa pequeña compañía? —inquirió Fatty, con interés—. Recuerdo haber visto algunas de sus comedias durante las vacaciones de Navidad. Varios de los actores eran muy medianos. Incluso pensé en la posibilidad de «ofrecerme» para unos pocos papeles. ¿Sabéis? El último trimestre…

—¡Por Dios, Fatty! —suplicó Larry—. ¡«No vuelvas» a repetirnos que hiciste el primer papel de la representación teatral que disteis en tu colegio! ¿Acaso eres el «único» de tu escuela que ha tenido ese honor?

—Hay que reconocer que Fatty es un magnífico actor, ¿verdad, Fatty? —terció Bets, lealmente—. Basta recordar sus caracterizaciones y su habilidad en engañar a la gente, incluso «a nosotros». ¿Piensas disfrazarte estas vacaciones, Fatty? ¡Hazlo! ¿Te acuerdas de aquella vez en que te disfrazaste de vieja vendedora de

globos?

—El viejo Ahuyentador quiso ver tu licencia —cloqueó Daisy—. Pero llevabas tantas enaguas que fingiste no encontrarla.

—Y Bets descubrió que eras tú porque de pronto se fijó que tenías las uñas limpias y las manos mugrientas —recordó Larry—. Esto la hizo sospechar. Siempre he creído que Bets dio muestras de mucha perspicacia en aquella ocasión.

—¡Me estáis haciendo entrar ganas de disfrazarme ahora mismo! —exclamó Fatty, con una mueca—. ¿Qué os parece si gastásemos una pequeña broma al agente Pippin[1]? ¡Vaya nombrecito! .

—Sí… y le va que ni pintado —convino Bets—. Tiene cara de manzana… exactamente igual que una camuesa redondita y madura.

Todos prorrumpieron en carcajadas.

—¿Por qué no vas a decírselo? —propuso Pip—. Preséntate ante él y suéltale: «¡Hola, simpática camuesita!». Se quedaría viendo «visiones».

—No seas bobo —protestó Bets—. ¿Crees que me prestaría a semejante cosa? Le tengo mucha simpatía.

Me gustaría que sucediese algo durante la ausencia de Goon —suspiró Fatty—. ¡Se pondría furioso por haberse perdido un misterio! Además, creo que podríamos ayudar a Pippin a las mil maravillas. Estoy seguro de que le «encantaría» contar con nuestra colaboración. No parece muy listo. Por otra parte, es posible que no sea tan eficiente como Goon, pues, al fin y al cabo, éste tiene mucha experiencia y es bastante más viejo. Pippin parece muy joven. Apuesto a que podríamos desentrañar un misterio mejor que él. Hasta ahora, hemos aclarado una porción. ¡Seis en total!

—Pero no podemos hacernos ilusiones de contar con uno «cada» vez que tenemos vacaciones —observó Larry.

—¿Por qué no ideamos uno para el agente Pippin? —propuso Bets súbitamente—. ¡Uno muy chiquirritico! ¡Con pistas y todo lo demás! ¡Se pondría excitadísimo!

Los otros la miraron asombrados.

—¡Sopla! —exclamó Fatty, sonriendo complacido—. Es una idea muy propia de Bets, ¿no os parece? Larry ha dicho con razón que no podemos hacernos ilusiones de enfrentarnos con un misterio

cada vez que tenemos vacaciones y, sea como fuere, presiento que no surgirá ninguno en las próximas tres semanas. De modo y manera que lo mejor que podemos hacer es urdir uno para que lo desentrañe ese Pippin de cara de manzana.

Todos fueron presa de gran excitación. Por fin tenían un incentivo para disfrutar de aquellas vacaciones.

—Apuesto a que tomará una porción de notas y se sentirá orgulloso de enseñárselas a Goon —exclamó Larry—. Y apuesto a que Goon comprenderá que hay gato encerrado y que es cosa nuestra. ¡Qué lío se armarán!

—La idea se me antoja realmente interesante —murmuró Fatty, complacido—. Será una excusa para que Pippin útilice su materia gris, un motivo de diversión para nosotros y una «gran» contrariedad para Goon cuando regrese, pues estoy seguro de que ha prevenido a Pippin respecto a nosotros. ¡Y se encontrará con que Pippin ha perdido el tiempo en un misterio de pega!

—¿Qué misterio podríamos inventar? —interrogó Bets, satisfecha de que su idea hubiese sido tan bien acogida por los demás—. ¡Ojalá se nos ocurra alguno original en el que Fatty pueda echar mano de sus disfraces! Me encanta verle disfrazado.

—A ver, reflexionemos —instó Fatty—. En primer lugar, debemos «despertar sospechas», es decir, hacer algo que induzca a creer a Pippin que ocurre algo anormal, a fin de que empiece a husmear por ahí y encuentre unas pocas pistas…

—Que nosotros dispondremos para él —concluyó Bets, regocijada—. ¡Oh, «sí»! Lo malo es que «a mí» no se me ocurrirá nada. ¡Vamos, daos prisa! ¡Pensad vosotros algo!

Sobrevino un silencio. Tal como había predicho, Bets no acertó a discurrir ninguna idea.

—Bien, ¿alguien tiene algo que decir? —inquirió Fatty, al fin—. Vamos a ver, Daisy.

—He pensado algo, pero resulta un poco inconsistente —declaró la muchacha—. ¿Qué os parece si enviásemos a Pippin una carta misteriosa por correo?

—Ni hablar —repuso Fatty—. Sospecharía de nosotros inmediatamente. Y tú, Larry, ¿has pensado algo?

—Bien, ¿y si hiciéramos unos ruidos misteriosos en el jardín

trasero de Pippin en plena noche? —propuso Larry—. Comprendo que también se trata de una idea muy floja.

—Sí, un poquillo —convino Fatty—. No conduce a nada. Necesitamos algo que estimule a Pippin y le induzca a creer que se las ha de ver con algo realmente importante.

—A mí tampoco se me ocurre nada a propósito —lamentóse Pip —. He pensado que podríamos escondernos de noche en un jardín en espera de que pasara Pippin y entonces ponernos a cuchichear y desaparecer en la oscuridad para que el hombre sospechase que maquinamos una travesura.

Pues no me parece «mala» idea —profirió Fatty, reflexionando sobre ello—. Eso podría conducir a otra cosa. Veamos. Dejadme recapacitar.

Todos guardaron un respetuoso silencio, en tanto Fatty fruncía los labios y arrugaba el ceño, entregado a sus reflexiones. ¡Aquel cerebro privilegiado hallábase en plenas funciones!

Por último, Fatty declaró:

—Creo que ya lo tengo. Haremos lo siguiente: Me disfrazaré de bergante y prestaré a Larry otro disfraz. Averiguaremos por dónde efectúa Pippin su ronda nocturna, adonde va y a qué hora, y Larry y yo nos esconderemos en el jardín de alguna casa deshabitada en espera de que pase por allí.

Y tras una pausa para pensar, el chico dio un cabezazo de asentimiento y prosiguió su razonamiento, diciendo:

—Sí, señor, y en cuanto oigamos que se acerca Pippin, empezaremos a cuchichear en voz alta para que nos oiga y nos llame la atención. Entonces echaremos a correr como si le tuviésemos miedo y no quisiéramos ser vistos.

—¿Pero a qué conducirá todo esto? —objetó Larry.

—Aguarda un poco y verás —respondió Fatty, gozando de lo lindo—. Como iba diciendo, nos escaparemos… ¿Y qué hará Pippin entonces? Como es natural, entrará en el jardín, paseara su linterna por los alrededores… ¡y encontrará una nota rasgada!

—¡Oh, sí! —exclamó Bets, emocionada—. ¿Y qué dirá esa nota?

—En ella figurará el nombre de un lugar para una futura entrevista —explicó Fatty—. Ya pensaremos algún punto a propósito. ¡Y cuando nuestra preciosa Camuesa se presente en el

futuro lugar de reunión, encontrará varias magníficas pistas!

—¡Que nosotros habremos dejado allí! —coligió Pip, sonriendo—. Sí, Fatty, es una idea excelente. Obligaremos a Pippin a remontar el sendero del jardín.

—Las pistas conducirán a otro lugar —prosiguió Fatty, radiante de satisfacción—. De hecho, será una gran aventura para Pippin. Le encantará. ¿Os imagináis la cara que pondrá Goon cuando se entere? En seguida comprenderá que es cosa nuestra.

—¿Cuándo empezaremos? ¡Oh, Fatty, que sea pronto! —suplicó Bets—. ¿Por qué no os ponéis de acuerdo con Larry para esta noche?

—No —replicó Fatty—. Primero tenemos que averiguar el recorrido nocturno de Pippin y buscar una casa deshabitada dentro de esa zona. Lo mejor será que le sigamos esta noche, Larry, para ver a donde va. Goon suele ponerse en marcha a eso de las siete y media. ¿Podrías arreglártelas para venir a mi casa a esa hora?

—Creo que sí —contestó Larry—. Cenamos a las siete. Puedo darme un poco de prisa y reunirme contigo a la hora convenida.

Así, pues, Larry y Fatty resolvieron seguir al agente Pippin aquella noche para saber exactamente el recorrido que efectuaba en su ronda, con el fin de prepararle una pequeña sorpresa en el curso de la noche siguiente. Bets sentíase vivamente emocionada. Le encantaba una aventura como aquella, exenta de la inquieta excitación de un misterio de verdad, pues la cosa estaba bajo su control y nada horrible podía acontecerles, como no fuera una regañina de Goon.

Larry presentóse en casa de Fatty a las siete y veinticinco de la tarde. Era casi de noche. No les dio, pues, tiempo de disfrazarse. Ambos chicos salieron furtivamente de casa de Fatty y se encaminaron a la casa donde vivía el señor Goon, convertida, naturalmente, en el domicilio del agente Pippin.

Los muchachos oyeron el timbre del teléfono en la sala anterior de la casa y a Pippin atendiendo a la llamada. Luego, el agente colgó el receptor y apagó la luz de la estancia.

¡Ahora saldrá! —cuchicheó Fatty—. Arrímate más a los arbustos, Larry.

El agente Pippin dirigióse al portillo anterior. Como llevaba

botas con suela de goma, apenas hacía ruido. Los chicos le vieron desaparecer por la esquina de la calle.

—Vamos —susurró Fatty—. Ahora se dispone a hacer su ronda. Es cuestión de averiguar su recorrido.

Ambos siguiéronle cautelosamente. El policía recorrió la calle Mayor, comprobando muy a conciencia si las puertas y los escaparates de las tiendas estaban debidamente cerrados. Los chicos tuvieron que hacer acopio de paciencia ante aquella minuciosa inspección. Cada vez que Pippin se detenía, debían hacerlo ellos, a su vez, y esconderse en algún sitio.

Al cabo de una hora, poco más o menos, el agente alejóse del lugar, convencido de que, cuando menos aquella noche, no podrían entrar ladrones en ninguna tienda de la calle Mayor. Tras apagar su linterna, dobló la esquina de una calle lateral. Los chicos le siguieron de puntillas.

Pippin recorrió la calle quedamente y, en un momento dado, acercóse a examinar la cerradura de la puerta de un garaje.

—¿Por qué no sigue adelante? —gruñó Larry por lo bajo. ¡Es una lata que se detenga a mirar cada dos por tres!

Pippin reanudó la marcha. Al parecer, el agente tenía un método muy sistemático, consistente en recorrer un lado de la calle y a continuación la otra acera, a fin de meterse luego en la siguiente bocacalle y repetir la misma operación. Si hacía lo propio cada noche, resultaría muy fácil acechar su paso en cualquier escondrijo.

—Son las nueve —musitó Fatty, al oír las sonoras campanadas del reloj de la iglesia—. Y estamos en la calle del Sauce. En la otra acera hay una casa deshabitada, Larry. Mañana por la noche, podríamos escondernos allí, en el jardín, poco antes de las nueve, en espera de que pase Pippin para asustarle. Fíjate… Ahora está paseando su linterna por el portillo. Sí, eso es, nos esconderemos en ese jardín.

—Perfectamente —suspiró Larry, aliviado—. Ya empiezo a estar cansado de seguirle. Además, hace un viento muy frío. Anda, vámonos a casa. Mañana nos reuniremos en casa de Pip para decir a los demás lo que hemos decidido y hacer planes.

—De acuerdo —convino Fatty, muy satisfecho, asimismo, de que la tediosa tarea de seguir a Pippin hubiese tocado a su fin—. Te

veré mañana. ¡Chitón! Ahí viene Pippin otra vez.

Ambos arrimáronse al seto y lanzaron un suspiro de alivio cuando los pasos del policía se alejaron.

—¡Cáscaras! —cuchicheó Larry—. He estado a punto de estornudar en el momento que pasaba junto a nosotros. Vamos, estoy helado.

Los muchachos regresaron a sus respectivas casas con mucha precaución. Larry explicó a su hermana, Daisy, que habían encontrado un magnífico escondrijo para la noche siguiente. Por su parte, Fatty procedió a preparar sus disfraces no bien llegó a su domicilio. Tras sacar unos vestidos viejos del armario, los contempló, diciéndose:

«¡Prepárate, agente Pippin! ¡Te aguarda una pequeña sorpresa!».

Capítulo III

Dos facinerosos… y el agente Pippin

Al día siguiente, los cinco chavales discutieron su plan con extraordinario interés. «Buster» permanecía sentado junto a ellos, escuchándoles con las orejas erguidas.

—Lo siento, amigo —murmuró Fatty, acariciando al pequeño «scottie»—, pero me temo que tú no vas a poder intervenir en esto. Tendré que amarrarte en casa. No podemos exponernos a que nos sigas y te pongas a ladrar a Pippin cuando se acerque a nuestro escondrijo.

—¡Guau! —protestó «Buster», tristemente.

Y acto seguido, tumbóse en el suelo, como si no tuviera ya interés en el asunto.

—¡Pobre «Buster»! —compadecióle Bets, pasándole suavemente el pie por el lomo—. No te gusta que te excluyan de nuestras cosas, ¿verdad? Pero ten en cuenta que esta vez no se trata de un «verdadero» misterio, «Buster». Todo es una broma.

Los muchachos decidieron que sería preferible que Larry y Fatty se disfrazasen en casa del primero, por hallarse ésta más cerca del jardín donde debían esconderse. De esta suerte, podrían correr a refugiarse en casa de Larry sin mucha dificultad.

—Traeré los trajes en una maleta después de cenar —declaró Fatty—. ¿Crees que podríamos esconderla en algún rincón de tu jardín, Larry? En un cobertizo, por ejemplo. Las personas mayores suelen ser muy recelosas y, si me presento en tu casa cargado con una maleta, tu madre querrá saber qué llevo en ella.

—Sí, hay un pequeño cobertizo en el jardín —asintió Larry—, donde guarda sus aperos el jardinero. Me reuniré allí contigo a la

hora que tú digas. Es un buen sitio para cambiarse de ropa, Fatty. Nadie nos sorprenderá. ¿Qué vamos a ponernos?

—¿«Podemos» venir a ver cómo os disfrazáis? —preguntó Bets, deseosa de no perderse el más mínimo detalle—. ¡Por favor, dejadnos ir! Pip y yo podríamos salir de casa sin ser vistos después de cenar, a la hora de la lectura.

—Mamá piensa ir a ver la función del Pequeño Teatro esta noche —recordó Pip—. Por consiguiente, no tendremos dificultad en venir a ver cómo os disfrazáis.

Total que, a las ocho de la tarde, Fatty, Larry, Daisy, Pip y Bets reuniéronse todos en el interior del pequeño cuarto de los aperos. Fatty dispuso un saco sobre la ventanita para evitar que se viera luz desde el exterior. Después, él y Larry procedieron a disfrazarse.

—Lo mejor es que nos confiramos un aspecto muy siniestro —aconsejó Fatty—. Apuesto a que Pippin nos enfocará con su linterna, y es preciso que le permitamos echar una buena ojeada a nuestras perversas caras. Tú, Larry, te pondrás este horrible mostacho y esta peluca pelirroja bajo una gorra vieja. Dará miedo verte.



Bets contemplaba a los dos chicos, fascinada. Fatty era extremadamente hábil en el arte de la caracterización.

Tenía muchos libros sobre el particular y estaba muy enterado de todos los trucos. Además, poseía una estupenda colección de cejas, bigotes y barbas postizas, y una serie de dentaduras de celuloide con horribles dientes muy prominentes.

Por su parte, se puso una áspera barba enmarañada. Luego, contrajo la cara y aplicóse una grasa pintura negra en las arrugas.

Acto seguido, pegóse un par de pobladas cejas, que inmediatamente modificaron su apariencia impidiendo toda identificación.

—¡Estás horrible, Fatty! —comentó Bets, lanzando un grito—. No te reconozco. No puedo soportar tu vista.

—Pues no me mires —mascullo Fatty, con una mueca que dejó al descubierto una dentadura incompleta.

—¡Fatty! —exclamó Bets, horrorizada—. ¿Dónde están tus dientes? ¡Te faltan dos!

—Me los he pintado de negro —respondió Fatty, con otra espantosa sonrisa—. Eso es todo. Con esta luz parece que me falten, ¿verdad?

Al tiempo que hablaba, el muchacho se puso una peluca de pelo ralo que se desparramó bajo su gorra. Contrayendo el rostro, Fatty apuntó la barba hacia Daisy y Bets.

—Estás horroroso —murmuró Daisy—. Da miedo verte. Me alegro de que no exista la menor posibilidad de que tenga que tropezarme contigo esta noche. Se me helaría la sangre en las venas. ¡Fíjate en Larry, Bets! ¡Da casi tanto miedo como Fatty! ¡No te pongas bizco, Larry!

Larry bizqueaba con mucho realismo y mantenía la boca torcida con el consiguiente desplazamiento del bigote a un lado de su rostro.

—No exageres la nota —reconvino Fatty—. Pareces un imbécil… Claro está que tú ya tienes un poco de cara de tonto de natural…

Larry propinóle una puñada en la espalda.

—¡Cuidado con lo que dices! —refunfuñó, con voz cavernosa—. ¡Soy un mal sujeto!

—¡No cabe duda de que lo pareces! —profirió Daisy—. Estáis los dos francamente detestables. Pippin no os tomará por seres reales cuando os vea.

—¿Según eso, crees que nos identificará? —inquirió Fatty muy ansiosamente—. ¿Opinas que nos hemos extralimitado?

—No, no es eso —replicó Daisy—. Quiero decir que supongo que un policía está acostumbrado a ver infinidad de bergantes y bribones con una facha espantosa. Pero vosotros dais miedo de veras. ¡Uf! ¡Creo que esta noche voy a soñar con vosotros!

—Vamos, no nos entretengáis más —aconsejó Pip, de pronto,

consultando su reloj—. Se está haciendo tarde.

Hasta entonces, el chico había permanecido silencioso y también un poco mohíno por no poder ir con los otros dos, ya que, según Fatty, no era lo bastante alto para pasar por un hombre. En cambio, él y Larry tenían la estatura adecuada, sobre todo Fatty, a la sazón muy corpulento.

—De acuerdo, en marcha —convino Fatty.

Larry abrió cautelosamente la puerta del cobertizo.

—Tendremos que pasar por delante de la puerta de la cocina —masculló—. Pero no importa. Nadie nos oirá.

Los dos horribles personajes recorrieron el sendero de puntillas en dirección a la puerta de la cocina. En el preciso momento en que pasaban por allí, abrióse la puerta y un brillante haz de luz cayó sobre ellos. Al punto, alguien lanzó un tremendo chillido al tiempo que cerraba la puerta de golpe.

—¡Atiza! —cuchicheó Daisy—. Era Janet, nuestra cocinera. Se habrá llevado un susto de muerte al veros. ¡De prisa, marchaos de aquí antes de que se lo diga a papá!

Ambos chicos echaron a correr hacia la calle. Bets regresó a casa con Pip. Daisy entró en la casa por la puerta del jardín y oyó a Janet contar a su padre, con voz excitadísima, que acababa de ver dos horribles individuos en el jardín.

—¡Unos verdaderos hombretones! —exclamaba—. ¡Por lo menos medían un metro ochenta! ¡Me han echado una mirada asesina y gruñían como perros!

Daisy subió furtivamente por la escalera, ahogando una risita. No le sorprendía en absoluto el horror de Janet. Lo cierto es que los dos chicos tenían un aspecto funesto espantoso.

Entretanto, Fatty y Larry encamináronse cautelosamente a la casa deshabitada, procurando agazaparse cada vez que oían pasos por las oscuras calles. Afortunadamente, nadie les vio. De lo contrario, lo lógico es que alguien hubiera dado el grito de alarma a la vista de semejantes vagabundos.

Por fin, llegaron a la casa deshabitada. Extremando las precauciones, entraron en el jardín por el portillo anterior. Además, había un segundo portillo lateral.

—En cuanto se acerque Pippin, nos pondremos a cuchichear

aquí, rebajo de este arbusto —musitó Fatty—. Y en cuanto entre por el portillo anterior a echar una ojeada, nosotros huiremos por el portillo lateral. Antes, le permitiremos enfocarnos con su linterna, porque no hay peligro de que nos reconozca con estos horribles disfraces.

—De acuerdo —asintió Larry—. ¿Llevas la nota rasgada, Fatty?

Éste anduvo rebuscando en su bolsillo. Por fin, sacó de él un sobre en cuyo interior había un papel sucio, roto en seis u ocho pedazos, en el cual Fatty había escrito un mensaje secreto:

«Detrás del Pequeño Teatro, el viernes a las diez de la noche».

El chico no pudo menos de sonreír al sacar los pedacitos de papel contenedores de este mensaje.

—Cuando Pippin se dé una vuelta por detrás del Pequeño Teatro el viernes por la noche, procuraremos que encuentre un buen surtido de pistas —dijo a Larry.

Luego, esparció los pedazos de papel por el suelo, debajo del arbusto que los protegía, con objeto de que más tarde los recogiera el desprevenido Pippin.

—¡Silencio! —susurró Larry, bruscamente—. Ahí viene. No oigo sus pasos, pero reconozco su curiosa tosecita. ¡Ahora… por fin percibo sus pisadas!

Los muchachos aguardaron en silencio hasta que el agente Pippin llegó a las inmediaciones del jardín. Entonces, Fatty dijo algo con un sibilante cuchicheo. Por su parte, Larry sacudió el arbusto. Fatty exclamó: ¡Pst!

Y el agente Pippin encendió al punto su linterna.

—¡Eh! —gritó éste con voz severa y penetrante—. ¿Quién está ahí? ¡Salgan de ahí inmediatamente!

—No corras aún —cuchicheó Fatty a su compañero—. Aguarda a que nos eche un vistazo.

Larry volvió a menear el arbusto. Pippin enfocó inmediatamente su linterna en aquella dirección y quedóse horrorizado al ver aquellas caras tan patibularias, atisbándole. ¡Qué par de facinerosos! ¡«A buen seguro», no tramaban nada bueno!

—¡Ahora, rápido! —ordenó Fatty, al tiempo que el policía abría el portillo anterior.

Sin perder un segundo, los dos chicos echaron a correr calle

abajo, seguidos por un veloz Pippin.

—¡Eh! —vociferaba el policía—. ¡Deténganse! ¡Deténganse ahora mismo!

Aquello era más de lo que ambos chicos se atrevían a esperar. ¿Qué pasaría si alguien les «detenía»? ¡En valiente lío veríanse metidos!

Por fortuna, nadie les detuvo, a pesar de que el carnicero del pueblo, que se hallaba paseando con su mujer en la hermosa noche primaveral, hizo ademán de agarrarles a su paso. Pero cuando vio la horrible cara de Fatty a la luz del farol, lo pensó mejor, y los chicos pudieron huir sin dificultad.

Con inmenso alivio, alcanzaron el portillo del jardín de Larry. Una vez en el pequeño cobertizo, se dejaron caer en el suelo, jadeantes.

—¡Buena faena, Larry! —resolló Fatty, sonriendo—. Ahora Pippin volverá por allí y reconocerá el lugar con su linterna hasta dar con los pedacitos de papel. Ni que decir tiene que el viernes comparecerá en busca de más pistas. Lo he pasado muy bien. ¿Y tú?

—Lo mismo te digo —asintió Larry—. Lo único que siento es tener que quitarme este magnífico disfraz. ¿No podríamos darnos una vueltecita por el pueblo para que nos vieran otras personas?

—Es preferible que no —repuso Fatty—. Vamos, despojémonos de estos chismes. ¡Qué lástima! ¡Hubiera dado cualquier cosa porque nuestro descubridor hubiera sido el viejo Goon! ¡Menudo susto se habría llevado!

Entre tanto, Pippin había retrocedido al jardín donde un momento antes se escondían los bergantes. Estaba excitadísimo. No esperaba que sucediera nada en ausencia del señor Goon. Y he aquí que acababa de sorprender a dos horribles bellacos ocultos en el jardín de una casa deshabitada, planeando, sin duda, algún robo.

El agente Pippin paseó su linterna por debajo del arbusto encubridor, en espera de encontrar alguna huella de pisadas. ¡Ajá! ¡No se equivocaba! ¡Las había en abundancia… y además, unos pedazos de papel! ¿Los habrían echado aquellos individuos?

El señor Pippin sacó la libreta de notas del bolsillo y guardó cuidadosamente los pedacitos de papel en el compartimiento de detrás. ¡Sumaban ocho en total y sobre ellos figuraba algo escrito!

El agente prometióse examinarlos detenidamente en su domicilio. Después, sacó una regla plegable y midió cuidadosamente las pisadas visibles sobre la tierra blanda. Buscó también colillas de cigarro u otras pistas, pero, aparte de los pedazos de papel, no pudo hallar nada más.

Pippin estuvo levantado hasta más de la medianoche uniendo los fragmentos de papel, descifrando el emocionante mensaje, anotando la descripción de los dos hombres y tratando de dibujar las pisadas según las medidas tomadas. Sentíase muy importante y satisfecho. Era su primer «caso». Sin duda, lo resolvería a maravilla. Iría a aquel Pequeño Teatro el viernes por la noche, bastante antes de las diez, a ver qué descubría por allí. Todo aquello prometía ser «muy interesante».

Capítulo IV

¡Profusión de cabezas pelirrojas… y pistas a granel!

Los cinco chicos regocijáronse de la broma gastada al confiado Pippin. Larry le encontró a la mañana siguiente y se detuvo a cambiar unas palabras con él.

Recordando las advertencias del señor Goon respecto a los muchachos, el agente Pippin le miró con recelo, sin bien consolóle la circunstancia de no habérselas con el más peligroso de la pandilla, esto es, con el gordito.

—Buenos días, señor Pippin —saludó Larry, cortésmente—. ¿Ya está usted instalado?

—Completamente —asintió el agente—. Peterswood es un lugar muy bonito. Siempre me ha gustado. Y tú, ¿has venido a pasar las vacaciones de Pascua?

—Sí —respondió Larry—. A… a propósito: ¿tiene usted ya algún misterio en perspectiva, señor Pippin?

—Aunque así fuera, no te lo diría —repuso Pippin, sonriéndole—. Me han prevenido contra vosotros, ¿sabes?

—Sí, ya nos lo figuramos —suplicó Larry—. De todos modos, ahí va eso: anoche, nuestra cocinera se llevó un gran susto. Dijo haber visto dos facinerosos en nuestro jardín trasero.

—¿De veras? —exclamó el señor Pippin, aguzando al punto los oídos—. ¿Qué aspecto tenían?

—Bien —empezó Larry—. La cocinera aseguró que uno de ellos era pelirrojo. De todos modos es preferible que la interpele usted directamente si quiere más detalles. ¿Usted también los ha visto?

—Podría ser que sí y podría ser que no —gruñó Pippin, algo molesto.

Y tras dirigir una leve inclinación de cabeza a Larry, prosiguió su camino. El agente quedóse pensativo. Ahora resultaba que la cocinera de Larry también había visto al vagabundo pelirrojo, sin duda el mismo que él sorprendiera la noche anterior en un jardín. ¿Qué propósito abrigaban aquellos individuos? Pippin decidió interpelar a la cocinera de Larry, y así lo hizo, pero salió de la entrevista con un fantástico relato sobre dos gigantones de un metro ochenta de estatura, por lo menos, emitiendo alaridos y gruñidos, bizqueando y haciendo visajes.

Uno de ellos era, efectivamente, pelirrojo. En vista de ello, el señor Pippin procedió a buscar gente pelirroja. Y cuando vio al señor Kerry, el zapatero remendón, poseedor de una flamante cabellera rojiza, le miró con tal recelo que el hombre sintióse realmente alarmado.

El agente Pippin tropezó también con el hermano del vicario, un amable e inofensivo ciclista, que solía dar tres vueltas alrededor del pueblo en su triciclo cada mañana con el exclusivo fin de hacer ejercicio. Cuando el señor Pippin le vio por tercera vez y se puso a escudriñarle atentamente con aire misterioso, el hermano del vicario comenzó a sospechar que ocurría algo anormal. El señor Pippin estaba también muy sorprendido: ¿cuántas veces había visto ya a aquel ciclista pelirrojo? ¿Debería vigilarlo?

Cuando Larry contó a sus amigos que había encontrado a Pippin y aprovechado la ocasión para decirle que la cocinera había visto un hombre pelirrojo, y Fatty supo por la propia Janet que el policía había ido a interpelarla, el gordito dijo a los demás cloqueando:

—Creo que no vendría mal una buena tanda de disfraces. Unos pocos tipos pelirrojos despertarían extraordinariamente el interés de nuestra redonda camuesita.

En efecto, hacia mediodía apareció un chico pelirrojo repartidor de telegramas, silbando fuertemente en su bicicleta. Al ver al señor Pippin, se detuvo a preguntarle por unas señas ignoradas. El policía le miró, intrigado. ¡Otro individuo pelirrojo! Al parecer, abundaban como las setas en Peterswood.

A la una y media apareció otro tipo pelirrojo ante el sorprendido

Pippin. Esta vez tratábase de un hombre cargado con un cesto. Tenía las cejas negras, en extraño contraste con su cabello rojo, y ostentaba una espantosa dentadura conejuna que, sin duda, era la causante de que su propietario hablase con semejante dificultad.

—«Dizcúlpeme» —ceceó el individuo—. ¿Por favor, podría «uzted» decirme dónde está la «eztafeta» de Correos?

Al principio, el agente Pippin creyó que el desconocido hablaba en una lengua extranjera, pero, al fin, descubrió que se trataba de un mero ceceo. El policía le observó atentamente. ¡«Otro» tipo pelirrojo! ¡Qué raro! Sin embargo, ninguno de ellos se parecía al facineroso sorprendido la noche anterior.

A las dos y media, otro individuo pelirrojo llamó a la puerta del agente Pippin para entregarle un periódico que, según él, el repartidor había echado en otra casa por equivocación. Pippin supuso que era el que recibía diariamente el señor Goon, y dio las gracias al desconocido, mirándole con expresión pensativa. ¿Pero cuántos pelirrojos había en aquel pueblo? Fatty sostuvo su mirada sin pestañear.

Algo incómodo, aunque sin explicarse por qué el agente Pippin cerró la puerta y volvió a la sala de estar, diciéndose que, si durante aquel día volvía a ver a algún otro pelirrojo, iría al oculista para comprobar si tenía la vista conforme.

Y a las cinco y media, al disponerse a ir al correo, ¡vio un viejo caminando trabajosamente apoyado en un bastón, con unos lustrosos mechones pelirrojos sobresaliendo bajo su gorra!

«¡Estoy viendo visiones! —pensó el pobre señor Pippin—. ¡Ya veo gente pelirroja hasta en la sopa!».

De pronto, le asaltó un recuerdo.

—¡Es verdad! ¿Qué me dijo el señor Goon? ¡Me previno contra todos los tipos pelirrojos que merodeasen por el lugar! ¿Por qué? ¿A quién se refería?… ¡Ah, sí! ¡El señor Goon dijo que Fatty solía disfrazarse con esa peluca roja! ¡Pero «no es posible» que ese chico posea semejante habilidad!

El señor Pippin pasó revista a todos los pelirrojos que había visto aquel día, recordando con particular recelo al tipo que había visto tres veces montado en un triciclo.

«¡Pobre del próximo pelirrojo que se ponga ante mi vista! —se

dijo el señor Pippin, sombríamente—. ¡Yo “también” sé gastar bromas cuando conviene! ¡Voy a dar un “susto” de muerte al primer pelirrojo que se cruce en mi camino!».

Pero sucedió que el siguiente que encontró era el hermano del vicario, dirigiéndose a toda marcha a la estafeta en su triciclo para alcanzar el último correo. El señor Pippin bajó a la calzada para cortarle el paso.

El hermano del vicario tocó el timbre repetidamente, pero el señor Pippin no se apartó. En consecuencia, el ciclista tuvo que dar tal frenazo que por poco salió disparado del vehículo.

—¿Qué sucede, señor agente? —profirió el hermano del vicario, estupefacto—. Por poco le atropello.

—Su nombre y sus señas, por favor —ordenó el señor Pippin, sacándose su libreta de notas.

—Me llamo Teodoro Twit y vivo en la vicaría —declaró el señor Twit con mucha dignidad.

—¿«Conque» en la vicaría, eh? —masculló el señor Pippin—. ¡Es «inútil»! ¡No creas que vas a despistarme!

El señor Twit empezaba a creer que el policía se había vuelto loco y le miró ansioso. El señor Pippin, tomando su ansiedad por miedo, agarróle bruscamente por su abundante cabellera pelirroja.

—¡Huy! —gimió el señor Twit, perdiendo casi el equilibrio—. ¡Agente! ¿Qué significa esto?

El señor Pippin tenía la absoluta certeza de que aquel pelo rojo se le quedaría en la mano en forma de peluca, pero, al ver que no cedía, quedóse horrorizado, contemplando al señor Twit en tanto su rosada tez se trocaba en un rojo escarlata.

—¿Está usted en sus cabales, agente? —balbuceó el señor Twit, frotándose la resentida cabeza—. No le comprendo. ¡Oh, gracias a Dios! Ahí viene mi hermana. ¡Oye, Muriel, ven acá a decirle al agente quién soy! Al parecer, no quiere creerme.

El señor Pippin vio acercarse a una gruesa dama de aspecto muy resuelto.

—¿Qué ocurre, Teodoro? —inquirió la dama con voz recia y agresiva.

El señor Pippin echó una furtiva mirada a Muriel y, tras murmurar unas breves palabras de abochornada disculpa, tomó las

de Villadiego, dejando tras sí un par de personas profundamente desconcertadas.

—Loco, lo que se dice loco de atar —comentó Muriel con su brusca voz—. Goon también está chiflado, pero nunca ha llegado al extremo de tirarte de los pelos como este tipo. No cabe duda que este mundo está dando las boqueadas, Teodoro.

Sucedió que aquella tarde la señorita Twit fue a visitar a la madre de Fatty y, cuando éste oyó su relato de cómo aquel extraordinario señor Pippin había intentado arrancarle el pelirrojo cabello al querido Teodoro, le acometió tal acceso de risa entrecortada, que su madre hubo de despacharle de la sala, acusándole de malos modales. Fatty siguió riendo solo, ante la inquisitiva mirada del sorprendido «Buster».

«¿Conque el amigo Pippin ya está enterado del truco, eh? —pensó Fatty—. Bien. Tendremos que dejarlo de lado. No obstante, confío en que no me asocie con el facineroso pelirrojo que vio anoche. Si sospecha que es una broma, no comparecerá por el Pequeño Teatro en busca de sus preciosas pistas».

Los cinco muchachos habían celebrado una entrevista aquel día, que era jueves, para decidir qué pistas dispondrían para Pippin en la parte posterior del Pequeño Teatro, donde había una especie de pórtico cubierto muy a propósito para el caso.

—Podemos esparcir colillas de cigarro —propuso Fatty— para inducir a creer a Pippin que se han celebrado otras reuniones allí.

—Sí… y cerillas —convino Larry—. ¿Qué os parece si pusiéramos también un pañuelo con una inicial? Resulta siempre un detalle muy útil cuando uno desea encontrar pistas.

—¡Ya lo creo! —exclamó Daisy—. Tengo un pañuelo muy viejo y raído y, si queréis, bordaré en él una inicial. ¿Qué letra os parece que ponga?

—Una «Z» —apresuróse a responder Fatty—. Así Pippin tendrá motivos para devanarse un poco los sesos.

—¿Una «Z»? —intervino Bets—. ¡Pero si no hay ningún nombre que empiece con «Z»!

—Sí; hay varios —tranquilizóla Fatty, sonriendo—. Por ejemplo, Zebedio o Zacarías. ¡En cuanto se entere nuestro amigo Pippin, le faltará tiempo para salir a la caza de Zebedios, por todo el lugar!

—De acuerdo —asintió Daisy—, bordaré una «Z» en el pañuelo. Ahora iré a por la aguja y el hilo. ¿Qué otras pistas se os ocurren?

—Una página de un libro —propuso Pip—, de una guía de ferrocarril, por ejemplo.

—Buena idea —aprobó Fatty—. ¿Algo más?

—¿Qué otras cosas se les suele caer a la gente por casualidad? —preguntóse Daisy—. ¡Ah! ¡Ya sé lo que podríamos hacer! Si hay un clavo o algo parecido por el lugar, podemos prender en él un retacito de tela, como si alguien se hubiese enganchado la chaqueta en un clavo. Eso constituye siempre un buen indicio en las investigaciones de verdad.

—En efecto —accedió Fatty—. Además, llevaremos un lápiz y le sacaremos punta allí, para dejar raspaduras por todo el lugar. ¡Cáscaras! ¡Qué magnífica colección de pistas vamos a tener!

—Por otra parte, hemos de procurar dejar algo que induzca a Pippin a proseguir la persecución en otra parte —dijo Larry.

—Sí —convino Pip—. ¿Qué os parece si subrayásemos un tren en la página de la guía que pensamos echar allí? Si subrayamos determinado tren, por ejemplo uno del domingo, el amigo Pippin también tomará nota del particular.

Todos se rieron.

—Y Fatty podría disfrazarse de algo y deslizar un mensaje en la mano de Pippin para sugerir un nuevo lugar adonde ir —bromeó Daisy—. ¡Podríamos obligarle a recorrer media Inglaterra con este sistema!

—Veréis cuando Goon reciba un informe de todo esto —cloqueó Fatty, alborozado—. Lo comprenderá en seguida y se pondrá hecho un basilisco.

A poco, todos los indicios quedaron listos, incluso las raspaduras de lápiz, metidas en un sobre.

—¿Dónde pondremos las pistas? —preguntó Bets—. ¿Puedo ir yo también?

—Sí —accedió Fatty—. Iremos todos. No hay inconveniente. No tiene nada de particular que vayamos juntos. Podemos hacerlo en nuestras bicicletas y dejarlas en el parque de estacionamiento que hay detrás del Pequeño Teatro. Mientras fingimos mirar los carteles, uno de nosotros se escabullirá para ir al pórtico y disponer las pistas

en él. En menos de un minuto, estará todo listo.

—¿Cuándo iremos? —repitió Bets, deseosa como siempre, de hacerlo todo inmediatamente.

—Hoy no —objetó Fatty—. Hace un poco de viento y no es cuestión de que los indicios desaparezcan del pórtico. Puede que mañana haya cesado el viento. Iremos mañana.

En efecto, al día siguiente, a las seis menos diez, salieron los cinco, con «Buster» instalado, como de costumbre, en la cesta de la bicicleta de Fatty. Contornearon el Pequeño Teatro y al fin llegaron al estacionamiento de la parte posterior del edificio, donde había otros muchos chicos recogiendo sus bicicletas.

—¡Vaya! —exclamó Fatty, sorprendido—. ¿Ha habido función esta tarde?

—Sí —afirmó un muchacho que andaba por allí cerca—. Una función especial para nosotros, los niños del Asilo Farleigh. Hemos entrado de balde. Ha sido estupenda. Lo que más me ha gustado ha sido el gato.

—¿El gato? ¡Ah, sí! ¿Te refieres al gato de Dick Whittington, verdad? —inquirió Fatty, recordando que la función de aquella semana era una comedia burlesca sobre la pantomima de Dick Whittington—. ¿No es un gato de veras, eh?

—¡Naturalmente que no! —respondió el chico.

Daisy, que había visto ya la comedia, explicó a Fatty:

—Es un hombre con piel de gato, bobo. Sin duda se trata de un individuo muy bajito, o tal vez de un niño. Estaba muy gracioso.

—Mirad —les dijo una niña, señalando una puerta lateral—. Allí están los actores. Aquella linda muchacha es Dick Whittington. ¿Por qué ponen siempre una chica para hacer el papel de chico en las pantomimas? Y aquélla es Margot, que hace de novia de Dick en la comedia. Y aquél, el patrón de Dick. Y aquélla, su madre, que, como veis, es un hombre, en realidad. Y aquél, el capitán del barco de Dick, ¿verdad que es guapo? Y aquél, el jefe de las islas visitadas por Dick, sólo que en la comedia va pintado de negro, como es natural.

Los cinco muchachos contemplaron a los actores mientras éstos salían por la puerta lateral del Pequeño Teatro. Todos tenían un aspecto perfectamente corriente.

—¿Dónde está el gato? —preguntó Bets.

—Me parece que no ha salido con los demás —contestó la pequeña espectadora—. De todos modos, no le reconocería porque siempre llevaba puesta la piel. Es un actor estupendo. Me gustó horrores.

Un maestro llamó a grandes voces:

—¡Irene! ¡Donald! ¡Os estamos esperando! ¡Venid inmediatamente!

El parque de estacionamiento quedóse vacío. Fatty echó una mirada circular y dijo:

—¡Ahora! ¡Vamos! ¡Aprovechemos que ya no hay moros en lo costa! Acerquémonos a mirar esos carteles charlando unos con otros, y cuando nadie nos observe, me deslizaré al pórtico y dispondré las pistas.

No obstante, la cosa resultó muy enojosa, porque invariablemente acudía alguien al parque de estacionamiento y lo atravesaba por alguna razón desconocida. Por último, Fatty descubrió que el lugar era el camino más corto para ir a un estanco situado en la calle inmediata.

—¡Sopla! —gruñó—. Tendremos que aguardar a que cierren esa tienda. Seguramente será pronto.

Era por demás aburrido tener que esperar tanto rato, charlando sin cesar junto a los carteles. Pero, al fin, la tienda cerró sus puertas y nadie más volvió a atravesar el estacionamiento. Estaba anocheciendo. Fatty subió los tres peldaños que conducían al pórtico.

Una vez allí, procedió a esparcir las pistas: colillas y cerillas, un pañuelo raído con la inicial «Z», raspaduras de lápiz, una página arrancada de una guía con un tren del domingo subrayado, y un retacito de tela azul marino, que el muchacho prendió en un clavo.



Luego dio media vuelta para marcharse, pero antes echó una ojeada a la ventana de enfrente y… ¡cielos! ¡Menudo susto se llevó!

Capítulo V

El agente Pippin en acción

Un enorme animal peludo hallábase detrás de la ventana, mirándole lúgubremente, con unos grandes ojos vidriosos, que daban escalofríos. Fatty retrocedió de la ventana y estuvo a punto de caerse por los escalones del pórtico.

—¿Qué ocurre? —preguntó Larry, sorprendido.

—Una cosa muy rara —farfulló Fatty—. He visto un horrible y enorme animal contemplándome desde una ventana. Lo he vislumbrado vagamente a la mortecina luz de aquel farol instalado en el parque de estacionamiento.

—¡No sigas, Fatty! —instó Bets, lanzando un pequeño chillido—. ¡Estoy muerta de miedo!

—Pero, hombre, ¿no comprendes que debía de ser la piel de gato para representar el gato de Dick Whittington? —exclamó Larry, tras unos instantes de reflexión.

Todos experimentaron un gran alivio.

—Tienes razón —balbuceó Fatty, algo avergonzado—. No se me ocurrió tal cosa. ¡Parecía tan real! No creo que fuera meramente una «piel». Estoy seguro de que el actor que hace de gato se ocultaba aún bajo ella.

—¡Válgame Dios! —suspiró Daisy—. Según eso, cabe suponer que «se pasa la vida» con ella puesta. Vamos a ver si sigue allí, mirando por la ventana.

—Yo no quiero ir —apresuróse a replicar Bets.

—Y, en realidad, creo que yo tampoco —convino la pequeña Daisy.

—Iremos nosotros —decidió Larry—. Vamos, Fatty; vamos, Pip.

Los tres chicos subieron quedamente los peldaños del pórtico y, una vez en él, acercáronse a mirar el interior de la ventana. El gato ya no estaba allí, pero mientras los muchachos seguían atisbando a través de los cristales, lo vieron entrar por la puerta de la estancia y correr sobre las cuatro patas en dirección a la chimenea, en cuyo hueco había una estufa eléctrica encendida. Los chicos vieron claramente que el gato fingía lavarse la cara y frotarse las orejas con las patas, exactamente como hacen los gatos.

—¡Ahí está! —exclamó Fatty—. Toda esa comedia significa que nos ha visto. Cree que somos varios de los niños que han asistido a la función de esta tarde y por eso sigue fingiendo ser el gato de Dick Whittington. ¡Cáspita! ¡Qué susto me dio cuando lo vi en la ventana!

—¡Miau! —mayó el gato, volviéndose hacia la ventana al tiempo que agitaba una pata.

—No sé por qué será, pero todo esto no me hace ni pizca de gracia —masculló Pip—. Lo que se dice ni pizca. Sé que hay alguien metido en esa piel, y no obstante se me antojó un bicho real… ¡Vámonos!

Los tres regresaron al lado de las muchachas. Por entonces, había anochecido por completo, y apenas los chicos se decidieron a ir a por sus respectivas bicicletas, dieron las siete en el reloj de la iglesia.

—Bien, ya hemos preparado las pistas —comentó Fatty, algo más animado, mientras desataba a «Buster» del poste donde lo había amarrado—. ¡Qué suerte has tenido, «Buster», de no ver aquel gato! ¡Habrías pensado que veías visiones ante semejante bicharraco!

—¡Guau! —ladró «Buster», resentido.

Al pequeño «scottie» no le gustaba ser excluido de las andanzas de los muchachos y, a juzgar por la actitud de su amo, comprendía que algo había sucedido. Una vez el perro estuvo instalado en el cesto de Fatty, los cinco Pesquisidores emprendieron el regreso a casa en sus respectivas bicicletas.

—Daría algo por saber a qué hora irá Pippin por allí —suspiró Fatty, al parecer ante el portillo de su jardín—. Probablemente lo hará mucho antes de las diez, para poder esconderse antes de

celebrarse la reunión. ¡Pensar que ésta no se celebrará! ¡Menos mal que nuestro hombre encontrará una porción de pistas!

—¡Hasta mañana, Fatty! —le gritaron Pip y Bets—. ¡Adiós, Larry y Daisy! ¡Debemos regresar a casa cuanto antes! De lo contrario, nos regañarán.

Todos se alejaron. Fatty entró en su casa, recordando la forma en que le había mirado el gato a través de la ventana. ¡Qué sobresalto más grande!

«¡En mi lugar, Bets estaría soñando con él toda la noche! —se dijo el muchacho—. ¿Irá Pippin a esconderse en algún rincón del pórtico? Si por casualidad ve a aquel gato, se llevará un susto de muerte».

Pippin no fue al pórtico hasta las ocho y media. Deseaba estar allí a buena hora, antes de la proyectada reunión. Imposible describir la emoción experimentada por el policía al unir los pedacitos de papel y leer el mensaje anunciando una entrevista el viernes a las diez de la noche, detrás del Pequeño Teatro.

El joven Pippin estaba convencido de que Goon sentiríase muy satisfecho de él si lograba desentrañar algún misterio o maquinación. Por eso habíase propuesto hacer cuanto estuviera de su parte y así el día anterior habíase dado ya una vuelta por detrás del Pequeño Teatro, en busca de un escondrijo para la noche siguiente. Durante su inspección descubrió un agujero en el tejado del pórtico y se propuso trepar por él para sentarse en el antepecho de la ventana de la habitación de arriba y escucharlo todo desde allí.

Pippin llegó al pórtico en el momento que daban las ocho y media en el reloj de la iglesia, esto es, exactamente una hora y media después de la marcha de los Pesquisidores. El agente llevaba su linterna, pero se abstuvo de encenderla hasta cerciorarse de que no merodeaba nadie por el lugar. De la habitación situada detrás del pórtico emergía un débil resplandor. Pippin echó una ojeada al interior. El resplandor procedía de una estufa eléctrica. Ante ella, como si durmiera, yacía una especie de gato de descomunal tamaño. Pippin dio un fuerte respingo al verlo.

¿«Era» realmente un gato? No cabía duda. Bastaba ver sus orejas y su cola, recogida junto al cuerpo, sobre la alfombrilla del hogar.

A través de los cristales, Pippin clavó la vista en la peluda y enorme criatura, cuya silueta recortábase en el resplandor del fuego. ¿No sería un gorila? No, las autoridades no habrían permitido a nadie tener en casa un animal como aquél. Además, tenía todo el aspecto de un gato.

Pippin logró reprimir a tiempo una sonora exclamación. ¡Claro! Sin duda se trataba del gato de Dick Whittington, el que actuaba en la pantomima. El agente no había visto la función, pero estaba enterado del argumento. ¡Qué raro que el actor conservase puesta aquella piel tanto tiempo! ¡Lo más natural es que se la hubiese quitado en seguida, siquiera para no pasar calor!

Pippin preguntóse si se celebraría la entrevista estando aquel gato en la habitación inmediata. A lo mejor, la reunión tendría efecto en el parque de estacionamiento. En tal caso, ¿de qué le serviría encaramarse al tejado del pórtico? Desde allí, no oiría una palabra.

Pippin recapacitó. Luego, encendiendo cautamente su linterna, paseóla por el suelo del pórtico. ¡Y, ante su vista, aparecieron una serie de indicios!

Sus ojos relucieron al ver las colillas, los fósforos y las raspaduras de lápiz. Alguien había estado allí antes, ¡y muy a menudo a juzgar por el número de colillas! Sin duda, el pórtico era el punto de reunión. ¡Tal vez el gato estaba también en el ajo! ¡Era perfectamente posible que así fuera!

Cuidadosamente, Pippin recogió las colillas, los fósforos e incluso las raspaduras de lápiz, y lo metió todo en diferentes sobres. Después, encontró la hoja arrancada de una guía de ferrocarril, llevada por el viento a un rincón del pórtico, y, como es de suponer, interesóse extraordinariamente en el subrayado tren del domingo.

Prosiguiendo su inspección, halló el pañuelo con la inicial «Z». ¿No sería la letra «N» de través? Pippin no acertaba a recordar ningún nombre que empezase por «Z», ni siquiera lo que se les había ocurrido a los chicos.

Por último, descubrió el pedacito de tela azul marino prendido en un clavo. ¡Caramba! ¡Qué suerte! «Aquélla» era la pista más valiosa de todas. ¡Bastaba encontrar una persona con un agujero en una chaqueta azul marino para ponerlo todo en claro!

Pippin echó otra cautelosa ojeada al interior de la habitación situada al fondo del pórtico. El enorme gato seguía acostado ante la estufa eléctrica, cosa por demás sospechosa teniendo en cuenta que el gato en cuestión no era realmente un gato, sino un ser humano revestido de una piel de gato o de cualquier otro animal. Mientras atisbaba por los cristales, Pippin observó que el gato se meneaba un poco para ponerse más cómodo, dispuesto, al parecer, a seguir durmiendo.

«¡Qué bicho tan raro! —pensó Pippin, aún desconcertado, si bien mucho más tranquilo al ver que el gato se movía—. Presiento que si un ratón atravesara la habitación, ese gato echaría a correr tras él… ¡aun cuando me consta que no es un gato de verdad!».

A poco, decidió que ya era hora de trepar al tejado del pórtico, a través del hueco, para sentarse en el antepecho de la ventana de la habitación de arriba. Los hombres estaban al llegar y a lo mejor a alguno de ellos se le ocurría presentarse antes de la hora convenida. Era preferible no exponerse a que le vieran.

Con todas las pistas debidamente guardadas en su bolsillo, Pippin encaramóse al tejado a través del agujero y, buscando a tientas el antepecho de la ventana, instalóse en él. Estaba duro y frío, y para colmo era tan estrecho que resultaba extremadamente incómodo. Pippin resignóse a soportar una larga e intranquila espera.

Apenas llevaba allí unos segundos, percibió un ruido muy raro. Pippin se enderezó, aguzando los oídos. Parecía un débil gemido. ¿Pero de dónde procedía? La habitación a sus espaldas estaba completamente a oscuras y, que él supiera, no había nadie fuera, por allí cerca. Por otra parte, era imposible que fuese el gato instalado ante la chimenea el autor del ruido, porque, desde allí arriba, «no» se habría oído.

El gemido llegó de nuevo a oídos del joven policía, con gran desconcierto por parte de éste. ¡Qué situación la suya! ¡Sentado en aquel estrecho antepecho, entre las sombras de la noche, en espera de que se reuniesen unos picaros allí abajo, y rodeado de gemidos por todas partes! Todo aquello no le gustaba ni pizca.

Pippin escuchó, conteniendo lo respiración. Él gemido sonó por tercera vez. ¡Procedía de «detrás de él»! ¡No cabía duda! ¡Era en la

«habitación» de sus espaldas! Pippin palpó la ventana, con el propósito de abrirla. Pero estaba cerrada por dentro.

El policía recordó su linterna, y, sacándosela del cinto, la encendió y enfocó al interior de la estancia a sus espaldas. El haz de luz recorrió todos los rincones de la habitación y, por último, se posó en algo muy singular.



Un hombre hallábase sentado ante un escritorio, de bruces sobre

él, con la cabeza entre sus tendidos brazos. Junto a él había una taza, volcada en su platillo, con la cucharilla a poca distancia, sobre la mesa. Pippin contempló la escena, horrorizado.

Entonces, la luz de su linterna captó otro detalle. Apoyado en el suelo, había un gran espejo de pared, reflejando el haz de la linterna. En la pared inmediata veíase un enorme hueco, correspondiente al lugar de donde había sido retirado el espejo. Por lo visto, detrás de éste, se ocultaba una caja de caudales, pero, al presente, ésta hallábase vacía, con la portezuela abierta.

—¡Ladrones! —exclamó el agente Pippin—. ¡Un robo!

Pero, inmediatamente, reaccionó. Protegiendo su puño en varios dobleces de su descomunal pañuelo, lo asentó al cristal de la ventana. ¡El agente Pippin acababa de poner manos a la obra!

Capítulo VI

Surge un misterio

Naturalmente, los cinco muchachos ignoraban por completo la excitada noche vivida por el agente Pippin. Cuando éste rompió el cristal de la ventana de la fachada posterior del Pequeño Teatro, Pip y Bets estaba en el mejor de los sueños y Larry y Daisy escuchaban el boletín de noticias de las nueve antes de retirarse a descansar. Por su parte, Fatty hallábase en su habitación, probándose un nuevo accesorio para contribuir al buen éxito de sus disfraces, consistente en un par de pequeñas almohadillas para metérselas dentro de las mejillas y darles una apariencia gruesa.

«Las probaré mañana —pensó Fatty, con una sonrisa—. Me las pondré antes de desayunar para ver si alguien se da cuenta».

Fatty se acostó preguntándose si el agente Pippin habría encontrado las pistas esparcidas por el pórtico y haciendo cábalas sobre cuánto tiempo habría aguardado el policía para sorprender la imaginaria entrevista. ¡Pobre Pippin! ¡Qué plantón le habían dado!

De haber sabido lo que sucedía, Fatty no se hubiera acostado tan tranquilamente aquella noche. En vez de ello, habría ido a merodear por el Pequeño Teatro, en busca de «pistas de verdad». Lo cierto es que, gastando una broma a Pippin, habíanle llevado al «lugar», al mismísimo «lugar», donde acababa de perpetrarse un robo. ¡Afortunado Pippin!

Al día siguiente, a la hora del desayuno, Fatty se puso el nuevo accesorio de caracterización. Las almohadillas abultaban la parte blanda de sus mejillas, haciéndole aparecer más gordinflón que nunca. Su padre, invisible tras su periódico, no pareció notar ninguna diferencia. De hecho, siempre había opinado que Fatty

estaba demasiado rollizo. Pero su madre se desconcertó. Fatty parecía diferente. ¿Qué le daba aquel aspecto tan extraño? ¡Ah, claro! ¡Eran sus mejillas! ¿Por qué las tendría tan hinchadas?

—Federico, ¿te duelen las muelas? —preguntóle su madre, bruscamente—. Tienes las mejillas muy hinchadas.

—No, mamá —repuso Fatty—. Mis muelas están perfectamente.

—De todos modos, salta a la vista que no comes tanto como de costumbre, cosa extrañísima, y que tienes las mejillas hinchadas —insistió su madre—. Voy a telefonear al dentista para pedirle hora.

La cosa no podía ser más alarmante. A Fatty no le hacía ninguna gracia que el dentista andase hurgando sus dientes en busca de algún agujerito. Además, estaba seguro de que, aun cuando no encontrase ninguno, el dentista practicaría uno con aquel antipático instrumento llamado torno.

—Créeme, mamá —aseguró Fatty, desesperado—. No tengo ninguna caries. ¡Si lo sabré yo!

—Entonces, ¿por qué tienes las mejillas tan hinchadas? —inquirió su madre, que una vez iniciaba un tema de conversación ya no lo soltaba ni a la de tres.

Y volviéndose a su marido, le preguntó:

—¿«Crees» que Federico tiene las mejillas hinchadas?

El padre de Fatty levantó la vista del periódico y miróle distraídamente.

—Siempre ha estado demasiado gordo —masculló—. Come demasiado.

Luego, con gran alivio por parte de Fatty, continuó leyendo el periódico.

—Telefonearé al dentista inmediatamente después de desayunar —decidió la madre.

Presa de desesperación, Fatty metióse las manos en la boca y sacó de su interior las dos almohadillas. Pero, en lugar de alegrarse de que su hijo ya no tuviera las mejillas hinchadas, la dama gritó, indignada:

—¡Federico! ¿Cómo «puedes» portarte así? ¡Mira que sacarte comida de la boca con los dedos! ¿Qué te «ocurre» esta mañana? ¡Será mejor que te retires de la mesa!

Antes de que Fatty pudiera explicar lo de las almohadillas

postizas, su padre lanzó una exclamación.

—¡Vaya, vaya! Escuchad lo que dice el periódico: «Anoche descubrióse que el empresario del Pequeño Teatro de Peterswood, Bucks, había sido narcotizado en su despacho y que la caja fuerte instalada a sus espaldas había sido abierta y desvalijada. La policía ha detenido ya a un sospechoso».

Fatty se quedó tan pasmado al oír esto que, distraídamente, metióse las almohadillas en la boca, creyendo que eran pedazos de pan, y empezó a masticarlas. ¡No podía creer lo que acababa de escuchar! ¿Cómo era posible semejante cosa? ¡Él y los demás habían pasado casi toda la tarde merodeando por los alrededores del Pequeño Teatro sin ver nada en absoluto, salvo el gato pantomímico!

—¿Me dejas leer el suelto, papá? —rogó Fatty, preguntándose por qué estaría tan duro el pan que tenía en la boca.

De pronto, comprendió que no era pan. ¡Uf, qué asco! ¡Estaba masticando sus almohadillas! Lo peor era que no se atrevía a sacárselas de la boca otra vez por temor a que su madre volviera a acusarle de malos modales. ¡Qué contrariedad!

—No hables con la boca llena, Federico —reconvino su madre—. ¿Cómo se te ocurre pedir el periódico de tu padre? Ya lo leerás cuando él termine de hojearlo.

Afortunadamente, en aquel momento sonó, con gran oportunidad, el timbre del teléfono. Tras atender a la llamada, la doncella acudió en busca de la madre de Fatty, momento que Fatty aprovechó para sacarse de la boca las casi masticadas almohadillas y metérselas en el bolsillo, prometiéndose no volver a ponérselas a las horas de comer… El muchacho lanzó una anhelosa mirada al periódico de su padre. Éste habíale doblado de nuevo, y el suelto sobre el robo aparecía en el dorso, pero al revés. Fatty logró leerlo dos o tres veces. Su excitación iba en aumento.

¿Sería un «misterio»? Cabía la posibilidad de que no hubiesen echado el guante al verdadero sospechoso. En tal caso, los Cinco Pesquisidores podrían actuar por su cuenta sin demora. Comprendiendo que era incapaz de comer nada más. Fatty escabullóse discretamente de la mesa antes de que regresara su madre. Su padre ni siquiera se dio cuenta de su desaparición.

Sin pérdida de tiempo, Fatty corrió a casa de Pip. Larry y Daisy no tardarían en comparecer, pues habían acordado reunirse todos allí. Pip y Bets tenía una bella y espaciosa sala de recreo, donde nadie les estorbaba, ideal para celebrar aquellas entrevistas.

Pip y Bets no sabían una palabra de la gran noticia. Fatty les puso en antecedentes, con gran sorpresa por su parte.

—¿Qué? —exclamó Pip, excitadísimo—. ¿Que anoche se perpetró un robo en el Pequeño Teatro? ¿Sucedió mientras nosotros estábamos allí?… Ahí vienen Larry y Daisy. ¡Oye, Larry! ¿Sabéis la noticia del robo en el Pequeño Teatro?

Larry y Daisy estaban enterados de todo, incluso más que Fatty, porque Janet, su cocinera, conocía a la mujer encargada de la limpieza del Pequeño Teatro y había sabido algo a través de ella, que luego contó a sus señoritos, Larry y Daisy. Larry dijo que Janet estaba convencida de que los ladrones habían sido los dos vagabundos que había visto la otra noche al abrir la puerta de la cocina.

—¡Pensar que estuvimos todos allí anoche, papando moscas y perdiendo el tiempo miserablemente! —refunfuñó Fatty—. Y no fuimos capaces de ver nada. Estábamos tan atareados preparando pistas para el amigo Pippin que no nos dimos cuenta de que se estaba fraguando un verdadero delito en nuestras propias barbas.

—Janet asegura que la señora Trotter, la mujer que se ocupa de la limpieza del Pequeño Teatro, le ha contado que anoche la policía encontró al empresario de bruces sobre su escritorio, con la cabeza entre los brazos, dormido bajo los efectos de alguna droga… y detrás de él una caja fuerte desvalijada —explicó Larry—. Dicha caja hallábase instalada en la pared, oculta tras un espejo. La mujer agregó que, sin duda, la policía habíalo descubierto todo poco después de suceder.

—¿La policía? —exclamó Fatty—. Supongo que se trata del agente Pippin. ¡Cáscaras! ¡Pensar que le atrajimos allí, a aquel pórtico, llenando el lugar de falsas pistas, sin sospechar que le apostábamos justamente en el lugar donde iba a perpetrarse un robo! ¡Hay para volverse loco! ¡De haber merodeado un rato más por el lugar, es posible que «nosotros» mismos hubiésemos descubierto el misterio! En vez de ello, se lo hemos presentado en

bandeja a la policía, o mejor dicho al agente Pippin, y ahora se apropiará del asunto y lo resolverá como cosa suya haciéndolo valer.

Sobrevino un triste silencio. Aquello era el colmo de la mala suerte.

—Me figuro que ahora Pippin creerá que todos aquellas colillas, el pañuelo y lo demás son verdaderas pistas, pertenecientes a los verdaderos ladrones —aventuró Bets, tras una larga pausa.

—¡Atiza, tienes razón! —profirió Fatty—. ¡Y se pondrá sobre una pista falsa! Es lamentable, muy lamentable. Veréis, no me importa gastar una broma a Goon o a Pippin, pero por nada del mundo quisiera entorpecer su labor o impedirles la captura de los ladrones. ¡Y no cabe duda que esas pistas nuestras le despistarán un poco!

—¿Insinúas que empezarán a buscar gente cuyo nombre empiece con «Z» y que irán a vigilar el tren del domingo? —interrogó Daisy, preocupada.

—Ni más ni menos —confirmó Fatty—. Bien, creo que lo mejor que puedo hacer es ir a ver a Pippin y confesárselo todo. No quiero que se ponga sobre una pista falsa y pierda el tiempo tratando de resolver un misterio imaginario teniendo uno auténtico de qué ocuparse. ¡Sopla! ¡Qué difícil será tener que contarle la verdad! Además, apuesto a que no querrá facilitarme ninguna información, resentido por nuestra broma. Podríamos haberla llevado muy lejos con él. En cambio, Goon es duro de pelar.

Todos sentíanse malhumorados. ¡Pensar que habían estropeado un estupendo misterio «de verdad» forjando uno de pega!

—Iré contigo a dar explicaciones a Pippin —propuso Larry.

—No —replicó Fatty—. Asumo toda la responsabilidad de lo ocurrido. Quisiera manteneros al margen del asunto, porque si a Pippin le da por ir a quejarse de nosotros, mis padres no lo tomarán muy en cuenta y en cambio los tuyos, Larry, pondrán el grito en el cielo. Y no hablemos de los de Pip: se lo tomarían por la tremenda.

—Como siempre —gruñó Pip.

Sus padres eran muy severos con él y Bets, y habíanse enojado mucho en las tres o cuatro ocasiones que el señor Goon había ido a quejarse de los chicos.

—No quisiera que se enterasen de nada —prosiguió Pip,

cabizbajo—. El otro día mamá dijo que se alegraba de que estuviese fuera Goon, porque tal vez así no cometeríamos ninguna travesura estas vacaciones ni obligaríamos a Goon a presentar quejas contra nosotros.

—Iré a ver a Pippin ahora mismo —decidió Fatty, levantándose —. Lo mejor es quitarse de delante las cosas desagradables cuanto antes. Confío en que Pippin no se enojará mucho. Le tengo por un tipo simpático. A buen seguro, estará emocionado de enfrentarse con un caso como éste en ausencia de Goon.

El muchacho se alejó, seguido de «Buster», silbando a pleno pulmón para demostrar que no se arredraba ante nada. Pero, en realidad, Fatty estaba bastante preocupado aquella mañana. Sentíase culpable por todas aquellas pistas falsas. Se reprochaba haber perdido la oportunidad de trabajar en un caso con el agente Pippin. Éste era muy diferente de Goon. Parecía muy razonable, y Fatty estaba seguro de que habría acogido con agrado la colaboración de los muchachos.

Al llegar a la casa de Goon, donde se alojaba Pippin en ausencia del primero, Fatty observó, con sorpresa, que la puerta estaba abierta de par en par. El muchacho entró en busca de Pippin.

Procedente de la sala anterior, llegaba una recia voz. Fatty se detuvo en seco. ¡Era la voz de Goon! ¡«De Goon»! ¡Según eso, había vuelto! ¿Sería que iba a hacerse cargo del caso? ¡Cáspita!

Fatty permaneció inmóvil, indeciso sobre el partido a tomar. ¡No pensaba confesar a Pippin lo ocurrido en presencia de Goon! Hubiera sido una perfecta tontería. A lo mejor Goon le daba por ir a contárselo al inspector Jenks, el gran amigo de los muchachos, y Fatty presentía que el inspector no aprobaría la pequeña broma que habían gastado al confiado Pippin.

Saltaba a la vista que Goon estaba muy enojado. Casi a voz en grito, atacaba al pobre Pippin sin compasión. Fatty le oyó sin querer, mientras permanecía en el pasillo, indeciso entre quedarse o marcharse.

—¿Por qué no mandó usted a por mí en cuanto sorprendió a aquellos bergantes escondidos tras un arbusto? ¿Por qué no me advirtió lo de la nota rasgada? ¿No le dije que me avisara si ocurría algo? ¡Alcornoque! ¡Mastuerzo! ¡Pensar que en cuanto me voy de

vacaciones se les ocurre sustituirme por un inútil como usted, que ni siquiera tiene el buen sentido de avisar a su superior cuando sucede algo!

Fatty resolvió marcharse… pero «Buster» decidió lo contrario. Reconociendo la voz de su viejo enemigo, el perrito lanzó un gozoso ladrido y, empujando la puerta de la sala con su negro hocico, ¡colóse de un brinco en la estancia!

Capítulo VII

Goon... Pippin... y Fatty

—¿Qué Hace aquí este perro? —exclamó Goon con voz estentórea—. ¿De dónde sale? ¡Lárgate ahora mismo! ¿Cómo te atreves a morderme los tobillos?

Fatty precipitóse al punto a la sala, temeroso de que Goon lastimara a «Buster». Pippin hallábase de pie junto a la ventana, muy alicaído. Goon estaba al lado de la chimenea, dando patadas a «Buster», mientras éste brincaba alegremente alrededor de sus pies.

—¡Vaya! —gruñó Goon al ver a Fatty—. ¿Conque tú también estás aquí? ¿Por qué instigas al perro contra mí? ¡Vive Dios! ¡La verdad es que sólo por no tener que tratar con ese alcornoque aquí presente, con este perrángano, ni contigo ya vale la pena pedir la jubilación del cuerpo de policía!

Fatty vio con espanto que el hombre tomaba el atizador del fuego y lo descargaba en el lomo de «Buster». El perrito lanzó un alarido de dolor. Abalanzándose a Goon, el muchacho le arrebató el atizador de la mano, pálido de ira.

—¿Lo ve usted? —rugió Goon, volviéndose a Pippin, que también habíase quedado blanco como el papel—. ¿Se da cuenta? Conste que ha sido usted testigo de este atropello. Ese chico ha instigado a su perro contra mí y, cuando me defiendo, con todo el derecho a hacerlo, viene el chaval y me acomete. Puesto que ha sido usted testigo, Pippin, tome nota de los hechos. Vamos, de prisa. Hace tiempo que ando detrás de este barrabás y su perro y por fin lo he pescado. Usted lo ha visto todo, ¿no es eso, Pippin?

Fatty había tomado a «Buster» en sus brazos, y guardaba silencio, convencido de que era preferible no hablar. Sabía que

Goon era un hombre estúpido e ignorante, con propensión a la crueldad, pero nunca había captado su verdadero carácter tan claramente como en la presente ocasión.

Pippin tampoco pronunció una palabra. El joven seguía apostado junto a la ventana, con expresión asustada y cohibida. Después de aguantar durante más de media hora los gritos, las reconvenciones y los insultos de Goon, ahora veíase obligado a tomar su libreta de notas para escribir en ella una serie de mentiras sobre aquel simpático perro y su amo.

—¿Ha oído usted, Pippin? —bramó Goon—. ¡Haga el favor de anotar lo que le he dicho! ¡Liquidaré a este perro! ¡Obligaré a este chico a comparecer ante el juez! ¡Me quejaré a…!

«Buster» lanzó un gruñido tan fiero, que Goon se interrumpió.

—Oiga usted, Goon —profirió, al fin, Fatty—. Si de veras va usted a hacer todo esto, estoy decidido a soltar a «Buster» para que se despache a su gusto con usted. Puesto que ha de ser castigado, lo mismo da que lo sea por fas o por nefás. Usted sabe de sobras que mi perro no le ha mordido, pero si piensa usted decir que lo ha hecho, más vale que le muerda «de verdad».

Y al tiempo que hablaba, Fatty hizo ademán de dejar al bullicioso y enfurecido «Buster» en el suelo.

Goon se calmó inmediatamente, haciendo un esfuerzo por dominarse. Luego, volviéndose a Pippin con expresión grave, repitió:

—Ya le he dicho lo que tiene que hacer. ¡Vamos! ¡Muévase! ¡No se quede ahí quieto como un pasmarote!

—No pienso escribir nada salvo la verdad —fue la sorprendente contestación de Pippin—. Dio usted un mal golpe a ese perro con el atizador y por milagro no lo ha dejado usted tullido para toda la vida. No soporto este comportamiento de nadie, ni siquiera de un oficial de policía. Me gustan los perros. Jamás «me» ha atacado ninguno. Por nada del mundo quisiera perjudicar a ese animal. Y todo cuanto hizo el muchacho fue arrebatarle a usted el atizador para evitar que volviera usted a descargarlo sobre su perro. ¡Conste que el chaval hizo muy bien! Podría usted haber matado al perro con el segundo golpe y entonces, ¿cómo hubiera quedado usted? ¡Pues en una situación muy embarazosa, señor Goon! ¿Lo ha

pensado usted?

Tras este inesperado y excelente discurso, sobrevino un silencio sepulcral. Hasta «Buster» cesó de gruñir. Todos los presentes estaban sorprendidos de aquella salida del pacífico Pippin, y probablemente el propio Pippin era el más sorprendido de todos. Goon no daba crédito a sus oídos. El policía quedóse mirando a Pippin con la boca abierta y los ojos más saltones que nunca. Fatty estaba emocionado. ¡El bueno de Pippin!

Por fin, Goon recobró el habla. Con la cara colorada como un tomate, acercóse a Pippin y, agitando un grueso y sucio dedo índice bajo las narices del joven, vociferó:



—Aún no he terminado, ¿me oye? Ya he regresado y estoy al frente de Peterswood. «Yo» me encargaré de este nuevo caso y usted estará al margen de él, absolutamente al margen. Si pensaba usted distinguirse en su resolución ante el inspector, le ha salido mal la combinación, porque voy a enviar un mal informe de usted y de su comportamiento. ¡Lo que usted quería era componérselas solo, a espaldas mías, para atraerse todo el incienso!

Pippin guardó silencio, con expresión abatida. Fatty sintió

profunda compasión por él. Goon disfrutaba reprendiendo a Pippin delante de Fatty. Esto dábale una sensación de poder extremadamente agradable.

—Entrégueme usted todas las pistas —ordenó Goon—. Todas sin faltar una. ¡Ah! Me figuro que al señorito Federico Trotteville le encantaría verlas, ¿verdad? ¡Pero no las verá! ¡Nunca, jamás!

¡Pippin entregó al señor Goon todas las falsas pistas esparcidas por Fatty en el pórtico del teatro! Estaban metidas en sobres o en papel y, naturalmente, Fatty no pudo verlas, pero se las sabía de memoria. De hecho, podría haber dado a Goon toda clase de informaciones acerca de ellas. El muchacho sonrió para sus adentros. Sí. Permitiría que Goon trabajase en ellas. ¡Qué chasco se llevaría! Lo tendría bien merecido por ser tan bruto con Pippin.

—¿Ves lo que le sucede a la gente que no colabora conmigo? —dijo Goon a Fatty, con rencor—. Ahora no le permitiré intervenir en el caso, ¡ni a vosotros tampoco! Lo resolveré yo solo. Usted, Pippin, se encargará de mi trabajo de rutina durante las dos próximas semanas. Procure mantenerse al margen de todo lo demás. No necesito su ayuda. Por otra parte un mastuerzo como usted es incapaz de ayudar a un individuo como yo. No me venga a importunar con la excusa de exponerme sus estúpidas ideas. No estoy para tonterías.

Luego, tras encerrar todas las pistas en una caja, declaró:

—Ahora voy a interpelar al empresario del Pequeño Teatro. Sí, ya sé que le ha interpelado «usted» ya por su cuenta, señor sabihondo, pero no doy ni un tanto así por todo cuanto haya podido sacarle. Viniendo de usted, no puede ser nada bueno. Entretanto, haga lo que le he dicho y recuerde esto: no olvidaré su insubordinación de esta mañana a propósito de ese apestoso perro. Conste que ha sido una insubordinación por todo lo alto, como la que supone negarse a cumplir con su deber pese a la orden de un superior. ¿Entendido?

El señor Goon alejóse muy digno, dirigiéndose arrogantemente al portillo anterior de su jardín y cerrándolo tras sí con un portazo. Fatty, «Buster» y Pippin quedáronse solos en la salita. Fatty dejó a «Buster» en el suelo e, inmediatamente, el perrito corrió hacia Pippin y se puso a patearle las piernas con un impaciente gañido:

Pippin inclinóse a acariciarlo. El joven parecía tan abatido que Fatty optó por consolarle.

—«Buster» le está dando las gracias por salir en su defensa —dijo el muchacho—. Yo también se lo agradezco, señor Pippin. Ha sido usted muy bueno.

—Es un perro muy simpático —comentó Pippin—. Me gustan los perros. En mi casa tengo uno. Pero no me lo traje porque supuse que Goon no me lo habría permitido.

—Apuesto a que tiene usted de Goon el mismo concepto que yo, es decir, que todos nosotros —espetó Fatty—. Es un pedazo de bruto. Siempre ha sido igual. No tenía derecho a hablarle a usted de ese modo.

—¡Estaba tan satisfecho con mi caso! —exclamó Pippin, sentándose al tiempo que sacaba su estilográfica para escribir—. Pensaba mandar a por Goon esta mañana, pero el hombre vio la noticia en el periódico y le faltó tiempo para volver, acusándome de no haberle dicho nada. Ahora he tenido que entregarle todas mis pistas… y él se aprovechará de ellas.

Fatty consideró la situación detenidamente. ¿Y si confesara a Pippin que aquellas pistas no eran verdaderas? No. Puesto que ahora las tenía Goon, lo mejor era dejar que éste se armara un lío con ellas. Además, Fatty se dijo que a lo mejor Pippin consideraba un deber decir a Goon que eran pistas falsas caso que descubriera que lo eran, lo cual lo echaría todo a perder. Goon iría a quejarse a los padres de los chicos; entonces, muy justamente, sus padres les prohibirían intervenir en la resolución de aquel misterio; y Pippin recibiría una severa reprimenda de Goon por haber sido tan estúpido como para dejarse engañar por unas pistas de pega.

Por el contrario, sería una gran cosa que Goon se afanara tras ellas y dejase el campo libre a Fatty y los demás Pesquisidores. Pippin podría ayudarles. Sí, esta vez era la mejor solución.

—No haga el menor caso de lo que le digo el señor Goon, agente Pippin —suplicó Fatty, con gravedad—. Estoy seguro que el inspector Jenks, que es un gran amigo nuestro, no le permitiría hablarle a usted de ese modo.

—El inspector me habló de ti y tus amigos —murmuró Pippin—. Por cierto que os tiene en muy buen concepto. Me aseguró que

habéis prestado una valiosa ayuda en la aclaración de toda clase de casos misteriosos.

Fatty aprovechó la ocasión para sus fines.

—Sí, es verdad. Oiga usted, Pippin… Quiero ocuparme también de este caso y probablemente lo resolveré. Me sentiría muy orgulloso si usted se prestara a ayudarnos. Sería estupendo ofrecer al inspector otro misterio correctamente resuelto. Apuesto a que estaría encantado.

Pippin miró atentamente al formalísimo Fatty. Éste era sólo un muchacho en plena adolescencia, pero tenía algo que inducía a la gente a respetarle y a confiar en sus palabras. ¿Inteligencia? Sí. ¿Carácter? Mucho. ¿Tupé? Demasiado. ¿Valor? A carretadas. Pippin lo vio claramente mientras miraba a Fatty para clasificarle. Bien, si el inspector Jenks simpatizaba con aquel muchacho y, además, le profesaba gran admiración, ¿qué le impedía a él hacer lo propio? Tanto más cuanto Fatty no parecía dispuesto a colaborar con el señor Goon. Pippin no podía menos de pensar lo estupendo que sería ayudar a aquel muchacho a descubrir el misterio. ¡Qué desilusión para el señor Goon!

—Bien… —murmuró, indeciso—. Me gustaría ayudarte, ¿pero no crees que debería informar al señor Goon de todos nuestros posibles descubrimientos?

—¡Pero, señor Pippin! —repuso Fatty—. ¿No recuerda que acaba de decirle que no quiere su ayuda y que, por tanto, debe usted abstenerse de exponerle sus estúpidas ideas, cualesquiera que «éstas» sean? ¡Si le dijera usted algo, desobedecería sus órdenes!

Pippin se dijo que el muchacho tenía razón. Sus palabras eran muy razonables. Sí, lo cierto era que, si al presente iba a contar algo al señor Goon, éste le acusaría de desobedecer órdenes. Por otra parte, probablemente tenía el deber de trabajar en el caso si podía. ¿Por ventura no había sido él el descubridor del robo?

—Os ayudaré —dijo a Fatty, con gran satisfacción por parte del muchacho—. Supongo que si el inspector os ha permitido intervenir en otros casos, no tendría inconveniente en hacer lo propio en el de ahora. Sea como fuere, me gustaría dar a Goon su merecido por varias de las barbaridades que me ha dicho hace un momento.

—Es natural —convino Fatty, sinceramente—. Y muy humano…

Bien, Pippin: creo que ha llegado la hora de que ambos pongamos las cartas boca arriba. Yo le diré todo lo que sé, y usted me dirá todo lo que «sabe».

—¿Qué es lo que tú sabes? —inquirió Pippin, curiosamente.

—Pues verá usted. Yo y mis cuatro amigos estuvimos merodeando detrás del Pequeño Teatro ayer tarde, de cinco y media a siete —confesó Fatty—. Nos limitamos a curiosear, mirando los carteles, etc.

—¿De veras? —exclamó Pippin, incorporándose, interesado—. ¿Visteis algo interesante?

—Miré la ventana que da al pórtico —declaró Fatty—, y vi al gato pantomímico allí dentro, con aspecto de un enorme gato peludo. Se acercó a la ventana y se me quedó mirando, dándome el gran susto. Lo vi a la luz del farol. Más tarde, cuando volví a mirar con Larry y Pip, estaba sentado junto al fuego, fingiendo lavarse como hacen los gatos. Incluso nos agitó una pata.

Pippin le escuchaba con mucha seriedad.

—Esto es muy interesante —contestó el joven policía—. ¿Sabes una cosa? Al parecer, cuando se perpetró el robo, no había nadie en el Pequeño Teatro, ¡excepto el gato pantomímico! Goon quiere arrestarlo. Está convencido de que narcotizó al empresario y desvalijó la caja fuerte. ¿Es posible que fuera el gato?

Capítulo VIII

La versión de Pippin… y una entrevista

El magín de Fatty comenzó a funcionar a una velocidad vertiginosa.

—Vamos —instó—. Ahora cuénteme usted todo lo que sepa. ¿A qué hora fue por allí, señor Pippin, y qué es lo que vio? ¿Cómo descubrió el robo? ¡Cáscaras! ¡Qué suerte tuvo de estar allí entonces!

—Pues verás —empezó Pippin—. En realidad, iba tras un par de bergantes que sorprendí la otra noche, ocultos en un arbusto.

—Pensé que a lo mejor se reunían detrás del Pequeño Teatro —prosiguió el policía—, y, por si acaso, me escondí allí. Llegué a las ocho y media, y, al echar un vistazo al interior de la habitación situada al fondo del pórtico, donde viste al gato, lo vi yo también, profundamente dormido junto al fuego. Parece raro que tuviese puesta tanto rato una piel de gato, ¿verdad?

—Sí —asintió Fatty—. Debe de ser un tipo muy raro.

—Lo «es», en efecto —declaró Pippin—. Sobre todo, mentalmente. Lo he visto esta mañana, sin su piel de gato. Es un individuo más bien bajo y delgado con una enorme cabezota. Dicen que tiene unos veinticuatro años, pero, en realidad, no se ha desarrollado como una persona mayor. Anda y se comporta como un niño. Le llaman Boysie.

—Probablemente le dejaron caer cuando era niño —comentó Fatty, recordando ciertas historias que había oído sobre el particular—. Los niños así no se desarrollan normalmente, ¿verdad? Continúe, señor Pippin. Todo esto resulta muy emocionante.

—Bien —prosiguió Pippin—. Como iba diciendo, vi al gato

dormido junto al fuego, pero, cuando dieron las nueve en el reloj de la iglesia, me dije que lo mejor era esconderme ya. Para ello trepé por un agujero abierto en el tejado del pórtico y me senté en el antepecho de la ventana de la habitación de arriba, en espera de ver aparecer a los facinerosos. Entonces, oí unos gemidos.

—Continúe —rogó Fatty, al ver que Pippin hacía una pausa para recordar el curso de los acontecimientos—. ¡Caracoles! ¡Qué suerte tuvo usted de encontrarse allí!

—Paseé mi linterna por la habitación y vi al empresario de bruces sobre su escritorio y la caja fuerte vacía en la pared, a sus espaldas —explicó Pippin—. Entonces, rompí el cristal de la ventana y me colé dentro. El empresario empezaba ya a volver en sí. Estaba bajo los efectos de algún narcótico, que probablemente alguien introdujo en su taza de té. La caja estaba completamente vacía, como es de suponer. Al punto, la he mandado a un perito en huellas dactilares para su examen, al igual que la taza, por si en ella queda algún vestigio de la droga utilizada. A buen seguro, se trata de una simple dosis excesiva de algún somnífero.

—¿Quién llevó al empresario la taza de té? —preguntó Fatty, con interés.

—¡El gato pantomímico! —declaró Pippin—. La cosa no puede ser más sospechosa, ¿verdad? Sin embargo, si uno habla con Boysie, el gato, no puede menos de pensar que ese individuo no tiene nada que ver con el asunto. Es demasiado tonto, incapaz de echar un somnífero en una taza de té, ni de saber dónde estaba la caja y la llave, y menos aún de averiguar la combinación para abrir la caja, una vez en posesión de la llave.

—Es muy interesante —repitió Fatty—. ¿Quién estaba en el Pequeño Teatro entonces, además de Boyse?

—Nadie —respondió Pippin—. ¡Ni un alma! Todos los del elenco, esto es, los actores y las actrices, habíanse marchado después de la función gratuita representada para los niños del Asilo Farleigh, y podemos comprobar sus coartadas, averiguar exactamente dónde estaban entre la hora de su partida y las ocho. El hecho sucedió entre cinco y cinco y media y ocho, es decir, entre la hora en que terminó la función y la hora en que el empresario quedóse inconsciente después de beber su taza de té.

—Comprendo —masculló Fatty—. Y tuvo usted que comprobar el paradero de todas las personas que pudieron haber vuelto al teatro para perpetrar el robo. De acuerdo. ¿Pero no cabe la posibilidad de que su autor fuera un extraño? ¿Por qué había de ser forzosamente uno cualquiera de los actores?

—Porque, quienquiera que fuese el ladrón, sabía cuál era la mejor hora para llevar a cabo su fechoría —contestó Pippin—. Sabía dónde estaba la caja fuerte. Sabía que el empresario había metido en ella los ingresos el día anterior, en lugar de llevarlos al banco, como de costumbre. Sabía dónde éste guardaba la llave, en su cartera, no en su llavero, y sabía que al empresario le gustaba tomar una taza de té por la tarde. ¡Y le introdujo en ella una dosis de somnífero!

—Sí, tiene usted razón —asintió Fatty, pensativo—. Es imposible que un extraño supiera todos estos detalles. Sin duda fue uno de los miembros del elenco, un actor o una actriz. De todos modos, es raro que Boysie llevara el té, ¿no le parece? ¿Cree usted que fue cómplice del robo?

—¡Lo ignoro! —masculló Pippin—. Dice que no recuerda nada en absoluto, salvo que tenía mucho sueño y se echó a dormir ante la chimenea. Allí es, en verdad, donde «yo» le vi cuando me acerqué a mirar el interior de la habitación. Incluso afirma que no llevó la taza de té al empresario, pero eso es una necedad, porque el propio empresario asegura que así fue, y no es probable que se equivoque. En mi opinión, Boysie está asustado e insiste en que no llevó la taza de té para librarse de toda sospecha… olvidando que, con su disfraz de gato, es de todo punto inconfundible.

—En efecto —convino Fatty—. Según todos los indicios, parece ser que Boysie fue el autor de todo o bien cómplice de otra persona. Bien, muchísima gracias, Pippin. Si descubrimos algo, le pondré en antecedentes. Y recuerde: no diga nada a Goon. ¡No se lo agradecería!

—No abriré la boca —prometió Pippin—. ¡Cielos! ¡Ahí viene ya y todavía no he empezado el informe que me ha pedido! Será mejor que salga por la puerta trasera, amigo Federico.

Goon apareció ante el portillo, con aire importante. Hablaba con el vicario, en tono grave y solemne.

Fatty salió al vestíbulo y encaminóse a la cocina de puntillas, con «Buster» en brazos. Su intención era salir al jardín trasero, saltar la valla del fondo y dirigirse a casa de Pip. ¡Cuánto tenía que contar a los demás!

De pronto, llegó a sus oídos la sonora voz de Goon:

—¿Sabe usted lo que me ha dicho el vicario, Pippin? Que ayer fue usted muy rudo con su hermano, tratando de arrebatarle el sombrero o algo parecido. Creo sinceramente…

Pero Fatty no aguardó a que Goon expresara su opinión. ¡Pobre Pippin! ¡Ahora tendría que pagar cara su curiosidad respecto a la gente pelirroja! Fatty sentíase realmente consternado.

«Si hubiéramos sabido que Pippin era una persona tan honrada, jamás le habríamos gastado semejantes bromas —se dijo Fatty, mientras se dirigía a casa de Pip, donde le esperaban los otros, ansiosamente—. No obstante, tal vez podré compensarle de todo con la aclaración de este extraño misterio. ¡El Misterio del Gato Pantomímico! ¡Qué bien suena!».

Larry, Daisy, Pip y Bets aguardaban el regreso de Fatty consumidos por la impaciencia. ¡Llevaba una hora y media fuera! ¿Qué diablos estaría haciendo?

—¡Ahí viene, al fin! —exclamó Bets desde la ventana—. Ahora recorre el sendero con «Buster» con aire muy importante. Parece rebosante de satisfacción. ¡Seguramente trae muchas noticias!

Así era, en efecto. El muchacho empezó a explicarlo todo desde el principio, y cuando llegó al momento en que Goon había asestado un golpe al pobre «Buster» con un atizador, Bets, lanzando un chillido precipitóse al lado del sorprendido «scottie».

—¡«Buster»! —exclamó la niña, de rodillas junto a él—. ¿Estás herido? ¡Oh, «Buster»! ¿Es posible que haya alguien «capaz» de golpearte así? ¡Detesto a Goon! ¡Le aborrezco! Ya sé que no está bien detestar a la gente, pero aún es peor «no» detestar a las personas crueles como Goon. ¿Te ha lastimado, «Buster»?

El relato de la historia fue interrumpido por espacio de diez minutos, durante los cuelas «Buster» fue cuidadosamente examinado por todos los Pesquisidores. Fatty estaba convencido de que «Buster» no presentaba ninguna herida, pues el animal tenía un pelaje muy tupido; pero cuando vio la solicitud de los demás,

empezó a preguntarse si el pobre «Buster» no «estaría» realmente malherido. Los cinco muchachos separaran el tupido pelo a lo largo del lomo del animal y examinaron con ternura la rosada piel, milímetro a milímetro. «Buster» sentíase emocionado. El perrito permanecía acostado sobre su barriguita, meneando complacido su peluda cola ante semejante solicitud. Su emoción era tal que, sacando su roja lengua, se puso a jadear de contento.

El animal no tenía absolutamente nada, salvo una diminuta marca en un punto del lomo.

—Ahí es donde le dio —exclamó Bets, triunfalmente—. ¡De buena gana golpearía a Goon con un atizador hasta dejarle molido!

—¡Qué sanguinaria estás, Bets! —comentó Daisy, sorprendida—. ¡De todos modos, apuesto a que echarías a correr como alma que lleva el diablo al menor grito de Goon!

—No me sorprendería en absoluto que Bets «atizase» de veras a Goon si le viese dispuesto a lastimar a «Buster» —intervino Fatty—. Es posible que le tenga miedo, pero se revestiría de valor si comprendiese que iba a perjudicar a alguien. ¡Conozco a Bets!

La niña mostróse tan complacida con esta declaración de Fatty, que se ruborizó y ocultó la cara en el pescuezo de «Buster». Fatty apresuróse a darle unas palmaditas en la espalda.

—También a mí me entraron ganas de golpear a Goon en la cabeza cuando le arrebaté el atizador de la mano —confesó el muchacho—. ¡Cielos! ¡Tendríais que haber visto la cara que puso cuando vio el atizador en mi poder!

—Ahora prosigue tu relato —rogó Pip—. Cada vez se pone más interesante. ¡Cáscaras! ¡Hubiera dado cualquier cosa por encontrarme allí!

Fatty siguió el hilo de su historia. Todos prorrumpieron en carcajadas al oír que Goon había pedido todas las falsas pistas y que éstas habíanle sido solemnemente entregadas por Pippin.

—¡Irá a esperar el tren del domingo, Fatty! —cloqueó Pip—. ¿Podremos ir nosotros también?

—¡Por «favor»! —suplicó Bets—. ¡Déjanos ir! Goon se pondría hecho un basilisco al vernos allí. ¡Probablemente se figuraría que estamos en el secreto!

—¡Y no se equivocaría! —ironizó Larry—. Al fin y al cabo, todo

es obra nuestra.

—Sí, es una buena idea —convino Fatty—. Una excelente idea. No estaría mal que me disfrazase y fingiera llegar en ese tren para despertar las sospechas de Goon e inducirle a que me siguiera.

—Y nosotros iríamos todos detrás —propuso Bets con una risita—. ¡No nos lo perdamos! Es mañana, ¿verdad? ¡Oh, Fatty! ¡Qué divertido sería!

—Prosigue tu relato —instó Daisy—. Ya haremos planes cuando acabes de contárnoslo. A este paso, Fatty no terminará de explicar su aventura hasta la hora de almorzar.

Entonces, Fatty llegó al final de su historia. Todos se alegraron mucho al saber que Pippin había defendido a «Buster» y a Fatty, y convinieron en que el joven policía era una persona muy simpática. Lo del gato pantomímico les emocionó de veras, y las dos muchachas se arrepintieron profundamente de no haber tenido la valentía de ir a atisbar por la ventana del pórtico para verle la noche anterior.

—¿Crees que fue él el autor del robo, Fatty? —inquirió Bets—. Si de veras llevó el té al empresario, es posible que sea el culpable. A lo mejor es más listo de lo que creemos.

—Podría ser, Bets —murmuró Fatty—. Tendré que ir a interpelarle. De hecho, creo que podríamos ir todos, como si fuésemos chicos interesados en él. Es posible que esté en guardia con los mayores, pero no con los niños.

—Sí, es una buena idea —aprobó Larry—. ¡Atiza, qué caso más emocionante! ¡Pensar que pusimos nuestras pistas en el mismo lugar donde iba a suceder todo esto y que, además, enviamos allí un policía destinado a descubrir la fechoría! ¡Es increíble!

—Bien, ahora debemos aguzar el ingenio —aconsejó Fatty—. Sólo disponemos de un par de semanas para desentrañar este embrollo… y Goon se propone lo mismo, aunque con el impedimento de unas pistas falsas. En cambio, nosotros contamos con la ayuda de Pippin.

—¿Cómo iniciaremos nuestra tarea? —preguntó Larry.

—Primero tenemos que hacer un plan —respondió Fatty—. Un plan con todas las de la ley, como solemos en estos casos. Una lista de sospechosos, otra de pistas, etc.

—¡Oooh, «sí»! —aprobó Bets—. Empecemos ahora mismo, Fatty. En este preciso instante. ¿Tienes un cuaderno de notas?

—Naturalmente —asintió Fatty, sacándose una voluminosa agenda y una hermosa estilográfica.

Y tras trazar unas pocas líneas muy pulcramente, profirió:

—Veamos. Primero los «sospechosos».

Procedente del vestíbulo llegó el fuerte tañido de una campana.

—¡Sopla! —refunfuñó Bets—. ¿Ya es hora de comer? Oye, Fatty, ¿vendrás esta tarde, verdad?

—De acuerdo —convino el muchacho—. A las dos y media, todos aquí. ¡A ver si aguzáis el ingenio! ¡Éste es el mejor misterio con que nos hemos enfrentado!

Capítulo IX

Pippin colabora

Fatty estuvo reflexionando durante todo el almuerzo. Al verle tan silencioso, su madre comenzó a preguntarse de nuevo si no le dolerían las muelas. La señora Trotteville miró atentamente a su hijo. Sus mejillas parecían haberse deshinchado, cobrando una vez más su volumen habitual… ¡que ya se las traía!

—¿Qué tal tu muela, Federico? —preguntó la dama de repente.

Fatty miró a su madre con desconcierto. ¿A qué venía aquella pregunta?

—¿Mi muela? —repitió el chico—. ¿Qué muela, mamá?

—Vamos, Federico, no seas bobo —le reconvino su madre—. Sabes perfectamente que esta mañana tenías la cara hinchada. Te he preguntado por la muela porque, a juzgar por lo hinchadísima que tenías la cara, te habrá dolido lo suyo. Creo que será mejor pedir hora al dentista a pesar de esa aparente «mejora».

—¡Pero, mamá! —repuso Fatty desesperadamente—. No era dolor de muelas… Eran unas almohadillas postizas para abultar las mejillas.

Esta vez fue su madre la desconcertada.

—¿Qué almohadillas? —farfulló—. ¿De «qué» estás hablando, Federico?

—Son unos postizos para alterar el aspecto de la cara —explicó Fatty, arrepentido de haber probado su eficacia en presencia de su madre—. Una… una especie de disfraz, mamá.

—¡Qué ocurrencia! —exclamó su madre, disgustada—. No me gusta que hagas esas cosas, Federico. Ahora comprendo por qué estabas tan horroroso.

—Lo siento, mamá —disculpóse Fatty, con la esperanza de que cambiara de tema.

Y así fue, en efecto. La señora Trotteville pasó a comentar la curiosa conducta de Pippin, que, según sus informes, había tirado del pelo o del sombrero al señor Twit, no sabía exactamente cuál de las dos cosas. Agregó que el vicario habíase quejado de ello al señor Goon, de regreso ya de sus vacaciones para hacerse cargo de aquel nuevo caso del robo en el Pequeño Teatro.

—Y espero, Federico —concluyó su madre—, «espero» que no tratarás de inmiscuirte en «este» caso. Al parecer, el señor Goon está en vías de ponerlo en claro y se halla en posesión de una magnífica colección de pistas. «No» me gusta ese hombre, pero, según todos los indicios, esta vez se ha mostrado muy diligente: le ha faltado tiempo para regresar de sus vacaciones, ya está sobre la pista del ladrón.

—No lo creas —murmuró Fatty, en voz baja.

—¿Qué dices, Federico? —profirió su madre—. No me gusta que murmures. Bien, me figuro que no sabes una palabra de este caso. Conque mantente al margen y no molestes al señor Goon.

Fatty se abstuvo de contestar. Sabía una infinidad de cosas del caso, proponíase intervenir en él con todas las de la ley y no pensaba desperdiciar la menor ocasión de fastidiar al señor Goon. Pero, claro está, no podía decir todo esto a su madre y, en vista de ello, optó por encerrarse de nuevo en su mutismo, aprovechando la ocasión para recapacitar en lo tocante a todos los sospechosos.

Lo primero que debía hacer era averiguar sus nombres, quiénes eran y dónde vivían. Saltaba a la vista que el delito sólo podía haber sido cometido por un miembro del personal del teatro. Dicho individuo había regresado al teatro aquella noche, entrado en él subrepticiamente y perpetrado el hecho. ¿Pero cuál era su identidad?

Fatty decidió ir a ver al señor Pippin inmediatamente después de almorzar para pedirle la lista de nombres y direcciones. Así, pues, a las dos menos cuarto, cuando se levantó de la mesa, dirigióse presurosamente al domicilio de Pippin para ver si el joven estaba disponible. Si Goon se hallaba en casa, tendría que desistir de su empeño, ante la imposibilidad de interrogar a Pippin en su

presencia.

El muchacho pasó ante la ventana de la salita de la pequeña villa de una planta donde vivía el señor Goon. Pippin estaba dentro, de cara a la ventana. Goon hallábase también presente, escribiendo en la mesa, de espaldas a la ventana. Fatty acercóse a ésta de puntillas y trató de atraer la atención de Pippin. El joven policía levantó la vista, asombrado de ver a Fatty haciendo guiños y señas desde el exterior. Cautelosamente, Pippin dio media vuelta para comprobar si el señor Goon seguía ajeno al hecho.

Cuando se volvió de nuevo a la ventana, vio sobre el cristal un papel en el cual Fatty había escrito: «Reúnase conmigo en la calle Mayor dentro de unos diez minutos, aproximadamente».

Pippin asintió en silencio con una sonrisa. Fatty desapareció. Al oír el rumor del portillo, Goon volvióse a preguntar:

—¿Quién viene?

—Nadie —respondió Pippin, sin faltar a la verdad.

—En este caso, ¿quién sale? —insistió Goon.

—No veo a nadie —declaró Pippin.

—¡Bah! —gruñó Goon, que había comido demasiado a la hora del almuerzo y estaba de un humor de perros—. ¿Se tiene usted por un policía y ni siquiera es capaz de ver quién abre un portillo en sus propias barbas?

Pippin no se dio por aludido. Empezaba a acostumbrarse a las impertinencias de Goon.

Una vez el joven hubo terminado lo que tenía entre manos, levantóse para marcharse.

—¿A dónde va? —inquirió Goon.

—A correos —contestó Pippin—. Como usted sabe, señor Goon, en este momento estoy libre de servicio. De modo que, si hay algo por hacer, lo haré a mi regreso.

Y a pesar del resoplido de Goon, Pippin salió de la casa en dirección a la estafeta. Una vez echada su carta, el joven buscó a Fatty con la mirada. El chico le aguardaba sentado en un banco de madera. Pippin fue a reunirse con él. Ambos cambiaron una sonrisa y «Buster» refregóse a los pantalones del recién llegado.

—Vamos a tomar una gaseosa a aquella tienda —propuso Fatty —. No quisiera que Goon nos sorprendiese departiendo

amigablemente.

Ambos entraron en la tiendecita y, una vez instalados, Fatty pidió unas gaseosas. Luego, en voz baja, el chico expuso a Pippin el motivo de la entrevista.

—¿Sabe usted los nombres y señas de los actores y actrices del Pequeño Teatro? —inquirió.

—Sí —apresuróse a responder Pippin—. Anoche los anoté todos. Aguarda un momento. Creo que están en mi libreta. Me parece que no se los di al señor Goon. Éste ha ido a interpelar a todo el elenco y me figuro que el empresario le facilitó los nombres, lo mismo que a mí.

—¿De modo que ya los ha interpelado? —exclamó Fatty—. ¡Menuda prisa se da cuando le conviene!

—¡Ya lo creo! —gruñó Pippin—. Ha averiguado que el nombre de uno de ellos empieza con «Z», detalle muy interesante, puesto que una de las pistas consistía en un viejo pañuelo con la inicial «Z». En efecto, mira esto —agregó Pippin, señalando uno de los nombres de la lista—: La muchacha que interpreta el papel del protagonista, Dick Whittington, se llama Zoe Markham. Al parecer, Zoe estuvo en el pórtico por un motivo u otro, tal vez para asistir a una entrevista de los ladrones.

Fatty quedóse horrorizado. ¡Pensar que ahora resultaba que había alguien cuyo nombre empezaba por «Z»! ¿Quién iba a suponerlo? El muchacho estaba mudo de asombro. Tendría que sacar a Zoe de aquel lío a toda costa. Por centésima vez, Fatty arrepintióse de todo corazón de haber maquinado un falso misterio para embaucar a Pippin, con las correspondientes pistas de pega.

—¿Tiene Zoe una coartada… alguien que asegure que la muchacha estaba en otro lugar entre cinco y media y ocho? —preguntó Fatty, con expresión preocupada.

—Desde luego —afirmó Pippin—. Todos ellos tienen coartadas. Anoche les interpelé personalmente, y esta mañana el señor Goon ha vuelto a interrogarles. Todas las coartadas son perfectas.

—¿Curioso, eh? —comentó Fatty, tras una pausa—. Y el caso es que el autor del hecho fue, «sin duda», uno de los empleados del teatro. Nadie más podía estar tan enterado de la vida de allí dentro como para servir una taza de té al empresario y luego retirar el

espejo, encontrar la llave, marcar la combinación y abrir la caja fuerte.

—No olvides que el que llevó lo taza de té fue el gato pantomímico —recordóle Pippin.

—Sí, y eso resulta más raro aún —murmuró Fatty—. Todo el mundo le consideraría culpable.

—Goon está convencido de ello —dijo Pippin—. Opina que toda la actitud del gato diciendo que no comprende, que no recuerda, y echándose a llorar, es fingida, una pura comedia.

—¿Y «usted» qué opina? —interrogó Fatty.

Pippin reflexionó unos instantes.

—Ya te lo dije antes. Creo que Boysie está algo mal de la cabeza. El pobre es un retrasado mental. ¿Sabes? Yo tengo un primo como él, y te aseguro que es incapaz de matar una mosca. Por eso no me cabe en la cabeza que Boysie hiciera todo eso. Siento que el señor Goon se haya empeñado en que él es el culpable porque lo asustará de mala manera.

—Sin embargo, es perfectamente posible que alguien estuviese escondido en la cocina mientras Boysie preparaba el té, y echase algo en la taza aprovechando una distracción del pobre gato —observó Fatty.

—Sí, cabe esa posibilidad —convino Pippin—. Pero volvemos a lo mismo: sólo pudo haberlo hecho alguien perteneciente al personal del teatro, muy familiarizado con todo lo relativo al ambiente de éste. ¡Y el caso es que todos los empleados tienen coartadas! ¡Éste es el problema!

—¿Tiene usted inconveniente en facilitarme sus nombres y direcciones? —preguntó Fatty—. Voy a copiarlos.

Pippin tendióle su libreta. Fatty la hojeó con interés.

—¿Son éstas sus notas sobre los lugares donde aseguraron estar entre cinco y media y ocho de la tarde de ayer?

—En efecto. Puedes llevártela, si quieres. ¡Te evitarás mucho trabajo! Todos ellos han sido interpelados dos veces. De modo que puedes estar seguro de que su versión no variaría en lo más mínimo la tercera vez… Te lo digo por si pensabas interrogarles por tu cuenta, amigo Federico.

—Estamos ideando un plan —declaró Fatty, metiéndose las

notas en el bolsillo—, pero todavía no sé exactamente en qué consistirá. Le pondré en antecedente en cuanto sepamos los detalles. Muchísimas gracias por todo, señor Pippin.

—Si ves algún vagabundo pelirrojo de aspecto sospechoso, no te olvides de decírmelo, ¿oyes? —instó Pippin—. Como andas tanto en tu bicicleta por el pueblo es posible que tropieces con él… o con su compinche. Me refiero a los facinerosos que vi la otra noche en la calle del Sauce, ocultos bajo un arbusto.

—Pues… sí… ya sé a quiénes se refiere —barbotó Fatty, experimentando un profundo sentimiento de culpabilidad ante esa mención del bergante pelirrojo—. Descuide, si le veo, se lo diré a usted. Pero lo cierto es que no creo que ese tipo tuviera nada que ver con el robo del teatro.

—¡Quién sabe! —exclamó Pippin, terminándose la gaseosa y disponiéndose a partir—. En mi vida había visto una cara tan perversa como la de aquel individuo pelirrojo. Me gustaría habérmelas «con él». Te acompañaré un rato, amigo Federico. Hace un día muy precioso. ¿Ya está bien tu perro?

—Perfectamente, gracias —respondió Fatty—. ¡Es muy difícil lastimar a un «scottie» de pelaje tan tupido como el de «Buster»!

—Eso fue precisamente lo que me impulsó a desafiar al señor Goon —gruñó Pippin, mientras ambos recorrían la calle Mayor…

Y al doblar una esquina, ¡tropezaron de manos a boca con el señor Goon! El hombre les miró con mirada incendiaria, en tanto «Buster» correteaba a su alrededor, alborozado.

—Ven acá, «Buster» —ordenó Fatty, en tono tan severo que «Buster» sintióse compelido a obedecer.

Y bajando la cola, el animal deslizóse detrás de Fatty, sin cesar de gruñir.

—Cuidado con las compañías que escoge, Pippin —anotó el señor Goon—. Le previne contra ese chico, ¿no es eso? ¡Es un entrometido y un lioso! Afortunadamente, en «este» caso no tiene gran cosa que hacer. ¡Es insondable! Además, dentro de poco voy a proceder a una detención.

Dicho esto, el señor Goon prosiguió su camino. Pippin y Fatty se miraron, arqueando las cejas.

—Apuesto a que piensa detener al gato pantomímico —coligió

Pippin—. ¡Lo he leído en sus ojos! ¡Y antes de dar la puntilla a ese pobre gato le obligará a confesar lo que no hizo! ¡Como si lo viera!

—En tal caso tendré que procurar pararle los pies —decidió Fatty—. ¡Será cuestión de poner en funcionamiento mi vieja materia gris «sin pérdida de tiempo»!

Capítulo X

Los sospechosos y sus coartadas

A las dos y media en punto, Fatty entró en la calzada del jardín de Pip por segunda vez aquel día. Bets dióle la bienvenida desde lo alto de la ventana abierta.

—¡Date prisa, Fatty! ¡Queremos preparar nuestro plan!

Fatty obedeció, sonriendo ante la impaciencia de Bets. Tras subir los peldaños de dos en dos, encontró a sus cuatro amigos aguardándole alrededor de la mesa.

—¡Vaya! —exclamó Fatty—. ¿Estamos de conferencia? Bien… aquí tengo cierta información. Primero la estudiaremos juntos y luego pondremos la cosa en marcha.

Brevemente, contó a los chicos lo que Pippin le había dicho. Después, sacóse del bolsillo la libreta con los nombres, dirección y detalles de las coartadas. Bets no había oído nunca la palabra «coartada» y hubo que explicársela.

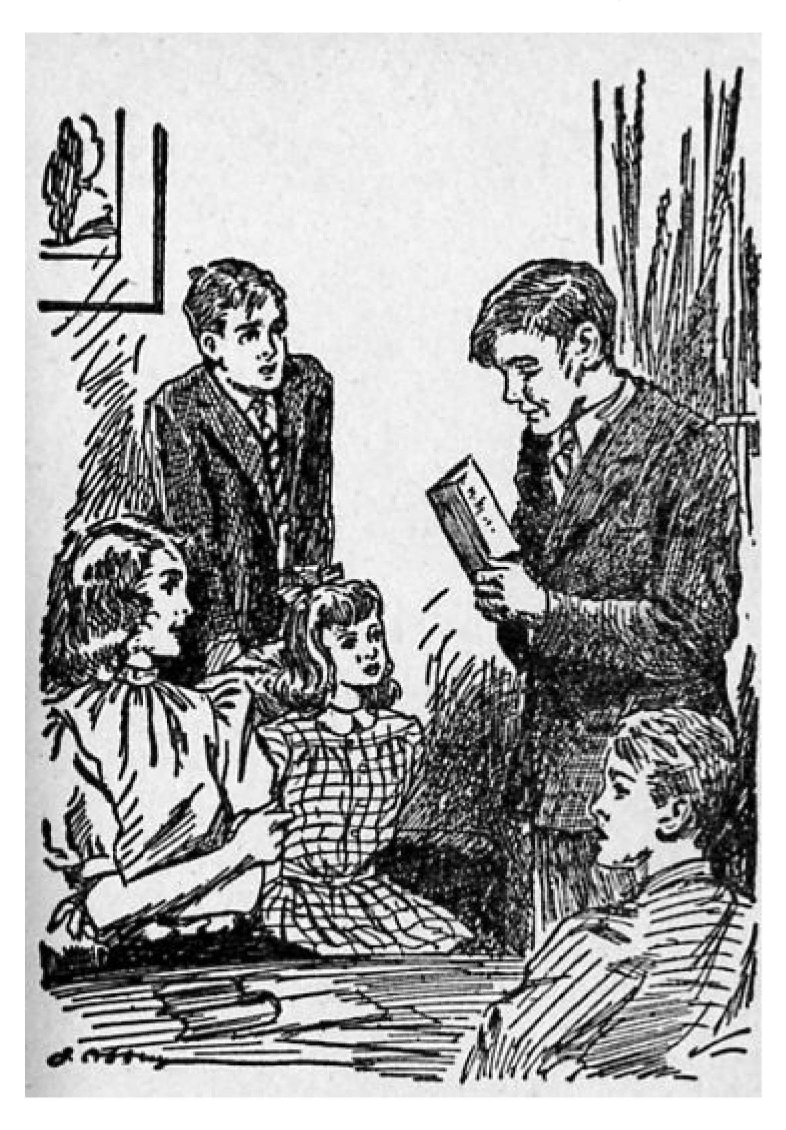
—¿Tiene algo que ver con «tostada»? —inquirió la niña.

Todos se echaron a reír.

—No, Bets —repuso Fatty—. Verás, voy a contarte lo que es una coartada y comprenderás perfectamente de qué se trata. Supón que alguien rompiese el cristal de esta ventana y tu madre pensase que el responsable de la rotura era Pip. Ahora imagínate que Pip le replicase que estaba conmigo a la hora de ocurrir el percance y que yo lo confirmara. Entonces yo sería la «coartada» de Pip, porque podría atestiguar que él estaba conmigo cuando se rompió el cristal.

—Comprendo —suspiró Bets—. Por ejemplo, si alguien pretendiese que en este preciso momento tú habías golpeado la cabeza del señor Goon, y nosotros lo negásemos, afirmando que

estabas con nosotros, seríamos «todos» coartadas tuyas.



—En efecto, Bets —sonrió Fatty—. Has captado la idea. Bien, aquí tengo la lista de coartadas de todos los sospechosos, que no dudo nos será de gran utilidad. Atended: primero os leeré los nombres de los sospechosos y, a continuación, os diré sus coartadas y cuanto sabemos acerca de ellas.

Y Fatty pasó a leer las siguientes notas de Pippin:

SOSPECHOSOS

N.º 1. «Gato pantomímico», esto es, Boysie Summers. Hallábase en el teatro a la hora en cuestión. Llevó una taza de té al empresario antes de las ocho. Él lo niega, pero admite haber tomado una taza de té personalmente y asegura que estuvo durmiendo casi toda la tarde.

N.º 2. «Zoe Markham», que interpreta el papel de Dick Whittington. Dice que salió del teatro con los demás miembros del elenco y que fue a casa de su hermana, donde jugó con las niñas y ayudó a acostarlas. Su hermana es la señora Thomas, y vive en la Casa Verde, de la calle Hemal.

—¡Ya la conozco! —profirió Daisy—. Es simpatiquísima. Tiene dos niños muy monos. Una de ellas celebrará pronto su cumpleaños.

—¡Caramba! —exclamó Larry, bruscamente—. ¡«Zoe Markham»! Supongo que a Goon no se le ocurrirá relacionar la «Z» de Zoe con la del viejo pañuelo de Daisy, el que utilizamos para facilitar a Pippin una pista falsa.

—Pues creo que ya se le ha ocurrido —refunfuñó Fatty—. A ser posible, tendremos que hacer algo para remediarlo. Bien, prosigamos…

N.º3. «Lucy White», que interpreta el papel de Margot, la novia de Dick Whittington. Afirma que fue a visitar a la señorita Adams, una anciana pensionada que está enferma, domiciliada en la calle Mark, 11. Estuvo con ella hasta las nueve y la ayudó a hacer calceta.

—La señorita Adams es amiga de nuestra cocinera —declaró Larry—. Solía venir a casa a coser. Es una anciana muy agradable.

N.º 4. «Peter Watting», que interpreta el papel de patrón de Dick —prosiguió Fatty—. De edad madura y algo evasivo. Contestó a las preguntas a regañadientes. Manifestó que, al ocurrir el hecho, estaba dando un paseo con el sospechoso número 5.

N.º 5. «William Orr», que interpreta el papel del capitán del barco de Dick. Joven afable y con deseos de colaborar. Declaró que,

por entonces, se hallaba paseando con Peter Watting.

—Según esto, los dos últimos se han facilitado mutuas coartadas —comentó Larry con interés—. ¿Qué «les» impedía volver al teatro y perpetrar el robo? Con ponerse de acuerdo sobre la coartada lo tenían todo resuelto.

—Tu observación es muy atinada, Larry —ensalzó Fatty—. Atinadísima. Al parecer, Pippin no ha caído en ello. Un momento… Aquí hay otra nota sobre el particular. «Además, los sospechosos 4 y 5 (Peter Watting y William Orr) manifestaron que fueron a dar un paseo por la orilla del río y entraron en una cafetería llamada “La Torrecilla” a tomar unos sándwiches y una taza de café. No recordaban la hora exacta».

—Un poco sospechoso, ¿eh? —masculló Pip—. Requiere una revisión.

N.º 6. «Alee Grant», que interpreta el papel de madre de Dick. Por lo regular representa papeles femeninos con gran eficiencia. Pasa por ser un buen pantomimo y excelente actor. Alega que aquella tarde, de seis a diez, estuvo trabajando en una función representada en Hetton Hall, Sheepridge, en la que interpretó varios papeles femeninos ante un centenar de espectadores.

—Eso «le» exime de toda sospecha —observó Larry—. No tiene una coartada, sino cien.

—En efecto —corroboró Fatty—. Queda al margen de toda duda. Bien, ahí va el último sospechoso.

N.º 7. «John James», que interpreta el papel de rey negro en la comedia. Afirma que fue al cine y que pasó allí toda la tarde, viendo la película titulada: «Ya sabes lo que son las cosas».

—Lo cual tampoco resulta una coartada muy satisfactoria —comentó Pip—. Dispuso de tiempo suficiente para entrar en el cine, salir del local, e incluso volver por segunda vez después de perpetrado el robo. Repito que, en mi opinión, no es una buena coartada.

—Me figuro que Goon procederá a comprobarlas todas —dijo

Fatty—. Eso si no lo ha hecho ya. Pero es tan zote que supongo que pasará por alto algún detalle importante que «a nosotros» no se nos escaparía. De modo que yo voto porque todos nosotros procedamos a comprobar personalmente las citadas coartadas.

Sobrevino un profundo silencio. Ninguno sentíase capaz de hacer tal cosa. Interpelar a la gente ya era toda una empresa, pero aún resultaba peor comprobar una coartada.

—No puedo, Fatty —musitó Bets al fin—. Sé que soy una Pesquisidora y que debería hacer lo que me mandas, pero «no me siento» con fuerzas de comprobar una co… coartada. Eso ya es cosa de un detective «de verdad».

—Bien, el que seamos chicos no obsta para que podamos comportarnos como estupendos detectives —le replicó Fatty—. ¡Basta recordar todos los misterios que hemos desentrañado ya! Claro está que el que nos ocupa resulta un poco más «complicado».

—Terriblemente complicado —gruñó Larry—. Al igual que Bets, lo considero superior a mis fuerzas.

—No renunciéis antes de empezar —reconvino Fatty—. Ahora os diré lo que propongo hacer.

—¿Qué? —preguntaron todos a una.

Por su parte, «Buster» dio un coletazo en el suelo, como si él también tuviese gran interés en la pregunta.

—Debemos hacer tres cosas —empezó Fatty—. Ante todo, interpelar a Boysie todos en comisión, como sugerimos antes, y ver qué «pensamos» de él.

—De acuerdo —convino Larry—. ¿Y después?

—Veremos a los demás sospechosos —insistió Fatty.

Todos pusieron el grito en el cielo.

—¡«Ni» pensarlo, Fatty! —protestó Daisy—. Es imposible. Son seis… y todos personas mayores. Ni siquiera encontraríamos un pretexto para verlos.

—¡Ya lo creo, un magnífico pretexto! —repuso Fatty—. Todo cuanto tenemos que hacer es buscar nuestros álbumes de autógrafos y, con la excusa de pedirles el suyo, formularles unas preguntas al desgaire.

—Es una idea «excelente», Fatty, realmente excelente —elogió Pip—. Reconozco que tienes ideas geniales.

—Veréis —murmuró Fatty modestamente—, tengo bastante materia gris. De hecho…

—¡«No» nos salgas con la enumeración de las proezas que hiciste en el colegio el último trimestre! —le suplicó Pip—. ¡Vamos, sigue exponiendo tu plan!

—De acuerdo —gruñó Fatty, algo malhumorado—. La tercera cosa que debemos hacer es, como dije antes, comprobar las coartadas, cosa que no resultará tan enormemente difícil como parece si nos tomamos la molestia de reflexionar un poco. Por ejemplo, Daisy dice que conoce a la hermana de Zoe Markham, la cual vive cerca de la casa, y añade que una de las niñas, la chiquitina, celebrará pronto su cumpleaños. Pues bien, Daisy: ¿qué tendría de particular que tú y Bets llevaseis un regalito a la chiquilla y, con esta excusa, entablaseis conversación con la madre y averiguaseis si Zoe «estuvo» allí toda la tarde del viernes? La hermana de Zoe no sospecharía de dos niñas que acuden a llevar un obsequio a su hijita.

—De acuerdo, Fatty —accedió Daisy—. Lo haré. Tú vendrás conmigo, ¿verdad, Bets?

—Sí —asintió la pequeña—. Pero con la condición de que tú formules las preguntas.

—¡Tú tendrás que ayudar! —protestó Daisy—. ¡No voy a hacerlo todo yo!

—Ahora pasemos al siguiente sospechoso, esto es, Lucy White, la que fue a visitar a la anciana señorita Adams —prosiguió Fatty—. Oye, Larry: dijiste que esa señorita era amiga de vuestra cocinera y que solía ir a coser a vuestra casa, ¿no es eso? Tú y Daisy, ¿no podríais llevarle alguna labor para pedirle consejo y, con este pretexto, formularle unas pocas preguntas sobre Lucy White?

—Sí, no hay inconveniente —accedió Daisy—. Diré que quiero dar una sorpresa a mamá para Pascua y le enseñaré un cojín que pienso bordar para ella o algo por el estilo. He estado allí antes, y Mary Adams me conoce.

—Estupendo —celebró Fatty—. Ya tenemos dos coartadas relativamente fáciles de comprobar. Ahora vamos por la siguiente, mejor dicho, las dos siguientes, porque, en realidad, son coartadas mutuas. Me refiero a las de Peter Watting y William Orr. Según

parece, ambos fueron a un establecimiento llamado «La Torrecilla» y allí tomaron unos sándwiches y café. Atiende, Pip: tú y yo iremos allí mañana por la mañana y pediremos también café y unos sándwiches.

—¡Mañana es domingo y tengo que ir a la iglesia! —objetó Pip.

—¡Ah, sí! Olvidaba que mañana es domingo. Bien, lo dejaremos para el lunes o el martes por la mañana. Pasemos al sospechoso número 6, Alee Grant, que, al parecer, estuvo actuando en Hetton Hall ante un centenar de personas. Resulta casi innecesario comprobar esta particular coartada.

—En este caso, dejémoslo —propuso Larry.

—El caso es que un buen detective debe comprobarlo «todo» —recapacitó Fatty—, aun cuando no lo considere necesario. Por consiguiente, opino que es preferible que también en este caso procedamos a la debida comprobación. Tú, Bets, me acompañarás. Buscaremos a algún espectador de la función y le preguntaremos si de veras Alee Grant tomó parte en la representación.

—De acuerdo —accedió Bets, siempre dispuesta a ir con Fatty.

Sentíase segura en su compañía, casi tanto como con una persona mayor.

—Y ya no resta más que una coartada —prosiguió Fatty, consultado la lista—. La de John James, que afirma haber ido al cine aquella tarde.

—Eso es —murmuró Pip—. Y por cierto que la hemos calificado de inconsistente. ¿Quién se encargará de comprobarla?

—Pues creo que Larry y yo, o bien tú y Larry —respondió Fatty.

—¿Pero, cómo? —inquirió Larry.

—Tendremos que pensar algo —contestó Fatty—. ¡Bien, Pesquisidores! ¡Ya veis el panorama! ¡Tenemos una porción de cosas que averiguar! Primero iremos a ver a Boysie, luego a pedir autógrafos a todos los actores (y con esta excusa ver qué pinta tienen) y, por último, nos dedicaremos a comprobar todas las coartadas. ¿Qué trabajo, eh?

—¡Y «además», Fatty, tenemos que ir a esperar a aquel tren mañana y dar un buen paseo al viejo Goon! —recordóle Bets—. ¡No olvidemos eso!

—¡Descuida! —sonrió Fatty—. No lo olvidaremos. Precisamente

pensaba estrenar mis almohadillas para el caso.

—¿Qué almohadillas? —inquirió Bets, asombrada.

¡Qué risa le entró cuando Fatty se lo contó!

—¡Oh, sí! ¡Póntelas! Procuraré contenerme la risa cuando te vea.

—Confío en que lo conseguirás, pequeña Bets —murmuró Fatty, tirándole suavemente de la nariz—. Vamos a ver, ¿a qué hora pasa el tren que subrayamos?

—Mañana a las tres y media de la tarde —dijo Pip—. Estaremos todos allí, Fatty. ¿Y «tú», qué piensas hacer? ¿Ir a la estación anterior, tomar el tren allí, y presentarte aquí a las 3,30?

—Ni más ni menos —confirmó Fatty—. A ver si me reconocéis. ¡Hasta la vista! ¡Ahora recuerdo que mi madre me dijo que estuviera en casa hace una hora para saludar a mi tía abuela! ¡«Qué» memoria la mía!

Capítulo XI

Jugarreta al señor Goon

Aquella tarde, Fatty procuró ajustar el plan a un programa para ponerlo en práctica cuanto antes. Lo cierto era que, al día siguiente, domingo, no podrían hacer gran cosa. Lo mejor sería que Daisy comprase un regalo para la sobrinita de Zoe el lunes, y se lo llevase, en compañía de Bets. Así el martes, Daisy y Larry podrían ir a ver a la señorita Adams y comprobar la coartada de Lucy White.

Fatty y Larry irían a «La Torrecilla» el lunes, a tomar café y sándwiches y ver si lograban averiguar algo acerca de Peter Watting y Williams Orr. Dejarían a Alee Grant para más tarde, pues, en realidad, su coartada parecía indisputable y podían confirmarla cien personas. A buen seguro, el actor en cuestión no se hubiera atrevido a presentar semejante coartada de no haber contado con ella de verdad.

—No se me ocurre nada para comprobar la coartada del último individuo… ¿cómo se llama? ¡Ah, sí! ¡John James! —se dijo Fatty —. ¡Imposible formular preguntas a un cine! Con todo, procuraré pensar algo.

El chico hizo uno pausa y miróse en el espejo. ¿De qué se disfrazaría al día siguiente? Debía ser algo perfectamente razonable, pero, al propio tiempo, peculiar y con intervención de la peluca pelirroja, para llamar la atención de Goon. Además, se pondría gafas oscuras y fingiría ser corto de vista. Esto despertaría la hilaridad de sus amigos.

«Iremos a ver a Boysie, ¡vaya nombre!, el lunes por la mañana —pensó Fatty, trazando una línea alrededor de las ventanas de su nariz para ver qué efecto hacía—. ¡Atiza! ¡Qué cara de mal genio!

¡Grrrrr! ¡Muuuuuuu!».

Tras quitarse las rayas de la nariz, probóse varias cejas, sin cesar de pensar en su plan.

«El lunes, después de la función de la tarde, iremos a pedir autógrafos al Pequeño Teatro. ¡Es verdad! ¿Y por qué no "asistir" a la representación y ver a todos los actores en escena? ¡A lo mejor no sacamos nada en limpio! ¿Pero, y si captásemos algún detalle? ¡Qué buena idea! Bien… ya estoy viendo que el lunes va a ser un día muy agitado, con tantos interrogatorios, peticiones de autógrafos y comprobaciones de coartadas. Vamos a ver, ¿qué partido tomar con lo del tren de mañana? ¿Dirigiré la palabra a Goon o cerraré el pico? ¡Ya está! ¡Le rogaré que me indique el camino a algún sitio!».

Con miras a ello, el chico procedió a ensayar varias voces. Primero sacó una muy cavernosa, imitando la de un predicador que había ido un domingo a predicar a su colegio y que fue la admiración de todos por su profunda voz de bajo.

Probó, asimismo, una atiplada voz de falsete, pero no le satisfizo. En cambio, el siguiente experimento, a base de una voz extranjera, le pareció de perlas.

—¡Por «favorr, señor»! ¿«Tendrría» la bondad de «desirme» dónde «eztá» la «caye» HoffleFoffle? —empezó Fatty—. ¿Cómo «dise, señorr»? No le «comprendo». Le he «prreguntado» el camino para «irr» a la «caye» HoffleFoffle. «¡HoffleFoffle!».

En aquel momento, alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¡Oye, Federico! ¿Estás ahí con Pip y los demás? Ya sabes que no me gusta que tus amigos anden por aquí a estas horas de la noche.

—Pues no, mamá —repuso Fatty, abriendo la puerta, sorprendido—. No están. ¡Estoy yo solo!

Al verle, su madre lanzó una exclamación de asombro.

—¡Pero, Federico! ¿Qué te has hecho en las cejas? ¡Las tienes completamente oblicuas! ¿Y qué tienes alrededor de los ojos?

—¡Nada! —repuso Fatty, apresurándose a restregárselos—. Una simple arruga que he trazado en ellos para hacer una prueba. Además, mamá, no debes preocuparte por mis cejas. En realidad, no son oblicuas. Mira.

Y quitándose las cejas postizas, mostró a su madre las suyas

propias, perfectamente normales.

—Bien, Federico —murmuró su madre, algo enojada—. ¿Y ahora qué piensas hacer? He venido a decirte que tu padre quiere que escuches con él el programa que van a dar por la radio: es sobre una región de China que él conoce palmo a palmo. ¿Estás «seguro» de que no hay nadie más aquí contigo? He oído una porción de voces mientras subía la escalera.

—Si quieres, mamá, puedes mirar debajo de la cama, detrás de las cortinas y hasta dentro del armario —propuso Fatty, generosamente.

Pero, como es natural, su madre negóse a hacer tal cosa y procedió a bajar la escalera. Mas he ahí que, apenas hubo descendido un par de peldaños, se detuvo en seco al oír una voz de falsete que decía:

—¿Ya se ha ido? ¿Puedo salir de aquí?

La señora Trotteville volvióse al punto, enojada. ¿De modo que, después de tanto hablar, resultaba que había realmente alguien en la habitación de su hijo? Pero al ver la sonriente cara de Fatty, no pudo menos de echarse a reír, a su vez.

—¡Ah, vaya! —exclamó—. Una de tus voces. Debería habérmelo figurado. No comprendo, Federico, cómo puedes tener siempre tan buenos informes en el colegio. No puedo creer que te portes bien allí.

—Verás, mamá —explicó Fatty, adoptando su tono de voz más modesto—. Es que «hay» talento, ¿sabes? Tengo la suerte de tener mucho talento…

—¡Silencio! —exclamó su padre, en tanto madre e hijo entraban en la sala—. La charla ha comenzado.

Así era, en efecto, y resultó aburrida como pocas. Versaba sobre una región de China muy poco conocida, en la cual Fatty esperaba no tener que poner nunca los pies. El muchacho estuvo toda aquella tediosa media hora discurriendo más planes. Su padre estaba satisfechísimo de ver la atenta expresión reflejada en el rostro de Fatty.

Entre tanto, como siempre que se avecinaba algún acontecimiento excitante, los Pesquisidores aguardaban impacientes; el paso de las horas se les antojaba una eternidad. Bets

no tenía espera. ¿De qué se disfrazaría Fatty? ¿Qué diría? ¿Les guiñaría el ojo?

Por fin, a las tres y veinticinco minutos de la tarde, Larry, Daisy, Pip y Bets procedían a pasearse tranquilamente por el andén. A poco, presentóse Goon, un poco jadeante, porque acababa de sostener una discusión con el agente Pippin y, a última hora, había tenido que correr. Al ver a los chicos, les preguntó, echándoles una mala mirada:

—¿A qué habéis venido?

—Me figuro que por lo mismo que usted —respondió Pip—. A recibir a una persona.

—Esperamos a Fatty —murmuró Bets, con su atiplada vocecita.

Y ante el codazo de Larry, la pequeña cuchicheó:

—No pasa nada. En realidad, no he cometido ninguna indiscreción. Goon no reconocerá a Fatty cuando le vea. Lo sabes perfectamente.

Por fin llegó el fragoroso tren y, apenas se detuvo, se apearon de él muchos viajeros. El señor Goon observólos atentamente, apostado junto a la puerta del andén, por donde todos tenían que pasar para entregar sus billetes. Los cuatro chicos andaban por allí cerca, acechando a su amigo Fatty.

A poco, Bets tocó con el codo a Pip. Una voluminosa anciana recorría el andén, con un velo flotando tras sí al soplo de la brisa. Pip meneó la cabeza. No. Era imposible que Fatty hubiese conseguido aquella magnífica caracterización de imperiosa dama a pesar de su extraordinaria pericia en disfrazarse.

En aquel momento, acercóse un hombre cojeando, apoyado en un bastón, con un sombrero echado sobre los ojos y una amplia capa impermeable en los hombros. Llevaba un gran mostacho y una ridícula barbita. El hecho de que, por añadidura, tuviese el pelo algo rojizo, indujo a Goon a echarle una curiosa mirada.

Pero Bets sabía que no era Fatty. Aquel hombre tenía la nariz ganchuda y era imposible que Fatty pudiese imitar una cosa así.

Por un momento, pareció que Goon iba a seguir a aquél hombre, pero sin duda desistió al ver a otro individuo «mucho» más sospechoso y con el pelo «mucho» más rojizo.

Tenía todo el aspecto de ser extranjero. Sobre su bien cepillado

cabello pelirrojo, lucía un raro sombrero. Sobre los hombros, llevaba una capa de aspecto exótico, e iba calzado con unos bruñidos zapatos de forma puntiaguda.

Por algún motivo especial llevaba las orillas de los pantalones recogidos con pinzas de ciclista, lo cual conferíale un aspecto si cabe más extranjero, aunque Bets no acertaba a explicarse el porqué. El desconocido, protegido con gafas oscuras, tenía las mejillas muy prominentes y llevaba un bigotito rojizo. Además, era muy pecoso. Bets preguntóse, admirada, cómo se las habría arreglado Fatty para conferir aquel aspecto a su tez.

Porque la pequeña estaba convencida de que aquel individuo era Fatty, al igual que sus compañeros, aunque, de no haber andado buscándole, hubieran tenido todos sus dudas sobre el particular. Por otra parte, los garbosos andares del desconocido y su modo de mirar apenas daban lugar a dudas respecto a su identidad.

Al dirigirse a la salida, el extranjero rozó a Bets y dióle ligeramente con el codo. La pequeña tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse la risa.

—Su billete, señor —solicitó el empleado, al ver que el hombre parecía haber olvidado este detalle.

Fatty procedió a palparse todos los bolsillos, uno tras otro, exclamando con contrariedad:

—¡Ese «biyete»! ¡Lo tenía, me consta que lo tenía! Era «verrde».

El señor, Goon no le perdía de vista, dispuesto a detenerle si no exhibía su billete. De pronto, el extranjero agachóse a los pies de Goon y, apartando uno de ellos con la mano, tomó algo de debajo.

—¡Eh, oiga! —protestó Goon, fulminándole con la mirada—. ¿Qué hace usted?

—¡Mil «perrdones»! —disculpóse el desconocido, agitando su billete ante la cara de Goon, tan cerca, que por poco le salta la piel de la punta de su enorme nariz—. ¡Ya lo tengo! ¡Estaba en el suelo y usted le había puesto sus «grrandes pieses ensima»!

Dicho esto, Fatty tendió el billete al asombrado empleado y, apenas hubo pasado junto al policía, se detuvo tan bruscamente que Goon dio un respingo.

—¡Ah! ¿Es usted el «guarrdia», no? —inquirió Fatty, escrutando a Goon a través de sus gafas ahumadas, como lo hubiera hecho una

persona muy corta de vista—. «Prrimero» creí que «erra» usted un maquinista, pero «ahorra» veo que es un «polisía».

—Sí, soy un policía —refunfuñó Goon, cada vez más receloso ante semejante comportamiento—. ¿A dónde quiere ir? Supongo que es usted forastero aquí.

—¡Oh, sí, «porr desgrrasia»! —asintió Fatty—. Deseo «saberr» el camino para «irr» a un sitio. ¿Querrá usted «indicárrmelo»?

—Con mucho gusto —accedió Goon, interesado.

—Es… es la casa HoffleFoffle, en la calle del «Sause» —explicó Fatty, fingiendo gran dificultad en la pronunciación de la palabra HoffleFoffle.

Goon le miró, desconcertado.

—No conozco ninguna casa llamada… como usted ha dicho —balbuceó.

—He dicho HoffleFoffle… —repitió Fatty—. ¿Cómo puede «ser» que no sepa usted dónde está?

Al propio tiempo, el chico salió a la calle precipitadamente, con Goon pisándole los talones. De pronto, Fatty se detuvo tan bruscamente, que Goon dio de narices contra él. Por entonces, Bets era presa de tales convulsiones de risa, que no tuvo más remedio que rezagarse.

—«No hay» ninguna casa de ese nombre —repitió Goon, exasperado—. ¿A quién desea usted ver?

—Eso es cosa mía… una cosa de mi única «incumbensia» —barbotó Fatty—. ¿Dónde está esa calle del «Sause»? Una «ves» allí, encontraré la casa HoffleFoffle yo solo.

Goon indicóle el camino. Fatty volvió a echar a andar a carrera tendida y Goon siguióle, jadeando. Los cuatro muchachos siguiéronles, a su vez, tratando de contener la risa. Naturalmente, la casa HoffleFoffle no existía.

—«Explorrarré» todo el pueblo hasta «encontrrarr» ese sitio —dijo Fatty al señor Goon, muy formalmente—. No «hase» falta que me acompañe, «señorr polisía».

Y apretando el paso, Fatty dejó muy atrás al señor Goon, que al ver que los cuatro chavales continuaban siguiéndole, no pudo menos de enfurruñarse. ¡Qué plaga de chicos! ¿Es que no podía seguir a nadie sin que ellos aparecieran también, como por arte de

birlibirloque?

—¡Largaos de aquí! —les gritó—. ¿No me oís? ¡Vamos, largaos!

—¿Es que ni siquiera podemos ir a dar un paseo, señor Goon? —lamentóse Daisy, patéticamente.

Con un resoplido, el señor Goon apresuróse a seguir a «aquel fastidioso extranjero», que, por entonces habíase casi evaporado.

De hecho, el señor Goon estuvo a punto de perderlo de vista. Fatty empezaba a cansarse de aquel largo paseo y quería despistar a su perseguidor y volver a casa para reírse con los demás. Pero el policía continuó su esforzada persecución. En vista de ello, Fatty fingió examinar los nombres de muchas casas, a través de los oscuros cristales de sus lentes. A la sazón, hallábase ya muy cerca de su casa.

Por fin, el chico alcanzó el portillo y, una vez dentro del jardín, echó a correr al cobertizo del fondo y, tras cerrar la puerta con llave, procedió a despojarse de su disfraz todo lo aprisa que pudo. Después, libre ya de los afeites, las cejas y la peluca postiza, y las almohadillas para las mejillas, Fatty aventuróse al exterior, arreglándose la corbata.

Sus cuatro amigos estaban al otro lado del seto, acechando ansiosamente el jardín.

—Goon ha entrado a hablar con tu madre —cuchicheó Larry—. Cree que el extranjero sospechoso se oculta en algún rincón del jardín y desea obtener permiso para registrarlo.

—Pues que lo haga —sonrió Fatty—. ¡Cielos! ¡Qué risa me está entrando! ¡Silencio! Ahí viene Goon con mi madre.

Entonces, acercándose a ambos, Fatty saludó al policía, exclamando:

—¡Qué agradable sorpresa, señor Goon! ¿Usted por aquí?

—Creí que esos amigos tuyos habían ido a esperarte a la estación —gruñó el señor Goon, receloso.

—En efecto —asintió Fatty, cortésmente—. Vinieron a recibirme. Ahí los tiene usted.

Los otros cuatro habían entrado en el jardín por el portillo trasero y, a la sazón, recorrían lentamente el sendero, a espaldas de Fatty.

Goon se los quedó mirando como aquel que ve visiones.

—Pero… ¡si han estado «siguiéndome» toda la tarde! —exclamó el hombre—. Además, no te he visto en la estación.

—No obstante, el señor Goon, nuestro amigo «estaba» allí —aseguró Larry, formalmente—. Tal vez no le reconoció usted. A veces, Fatty cambia mucho de aspecto, ¿sabe usted?

—Oiga usted, señor Goon —interrumpió la señora Trotteville, impacientemente—. Ha dicho usted que deseaba buscar un intruso en mi jardín. Hágalo pronto porque es domingo por la tarde y debo volver al lado de mi marido. Deje ya de discutir con los chicos.

—Sí, pero… —empezó el señor Goon, tratando en vano de ordenar sus ideas.

¿Cómo era «posible» que aquellos chavales hubiesen recibido a Fatty, siendo así que éste no estaba en la estación? ¿Cómo se atreverían a decir que de veras lo habían recibido cuando sabían de sobra que lo único que habían hecho era seguirle a él toda la tarde? Aquello resultaba más que misterioso.

—Bien, señor Goon —decidió la señora Trotteville—. Ahí le dejo. No dudo que los niños le ayudarán a buscar a su sospechoso vagabundo.

Dicho esto, la dama desapareció en el interior de la casa. Entonces los chicos procedieron a explorar todos los rincones con tal entusiasmo que el señor Goon renunció a la empresa, convencido de que nunca más volvería a ver a aquel extranjero pelirrojo. ¿No «habría» sido Fatty disfrazado? ¡No! ¡Imposible! Nadie hubiese tenido la desfachatez de obligarle a una persecución tan sin ton ni son como aquélla. ¡Lo malo era que no había aclarado el misterio de quién llegaba en aquel tren de las 3.30! Lanzando un resoplido, el hombre salió a la calle por el portillo anterior, con expresión enojada.

Entonces, los chicos, arrojándose al húmedo suelo, rieron hasta saltárseles las lágrimas. Rieron tanto que no vieron la desconcertada cara del señor Goon mirándoles por encima de seto. ¿«A qué» venían aquellas carcajadas? ¡Malditos chicos! ¡Pensar que siempre se escurrían como anguilas! ¡No eran en absoluto de fiar!

El señor Goon regresó a su casa, fatigado y contrariado.

—¡Entorpeciendo la Ley! —refunfuñó, ante el sorprendido Pippin—. ¡Siempre entorpeciendo la labor de la Ley! ¡Un día les

retorceré el pescuezo y se les acabarán para siempre las ganas de reír!

Capítulo XII

Zoe, la primera de la lista de sospechosos

Al día siguiente, o sea el lunes, los Cinco Pesquisidores aplicáronse a trabajar en serio. Como de costumbre, se reunieron todos en casa de Pip. Era muy temprano, las nueve y media de la mañana, pero, según observación de Fatty, la prontitud no estaba de más, pues tenían muchísimo que hacer.

—Tú y Bets —dijo a Daisy— tenéis que ir a comprar un regalo de cumpleaños para esa chiquilla, la sobrina de Zoe Markham. ¿Tenéis dinero?

—Ni un solo penique —repuso Bets—. Presté a Pip tres chelines con tres peniques para que se comprase una pistola de agua y me he quedado sin blanca.

—Yo tengo cosa de un chelín —dijo Daisy.

Fatty sacóse unas monedas del bolsillo. Al parecer, siempre disponía de mucho dinero. Tenía una porción de tíos y tías obsequiosos, y gastaba como una persona mayor.

—Aquí tienes, Daisy —murmuró, entregando a la muchacha una moneda de dos chelines y otra de seis peniques—. Con esta media corona podréis comprar cualquier chuchería. ¿Cuándo es el cumpleaños de la niña?

—Mañana —contestó Daisy—. Ayer encontré a su hermanita y se lo pregunté.

—Magnífico —celebró Fatty—. La cosa va viento en popa. Ahora id a comprar algo, poned un mensaje dentro, y entregadlo a la señora Thomas, la hermana de Zoe. Al propio tiempo, procurad trabar conversación con ella, a fin de averiguar exactamente a qué hora fue a verla Zoe el viernes por la tarde y a qué hora se marchó.

—¿Pero, cómo la sonsacaremos? —interrogó Daisy, empezando a ponerse nerviosa.

Fatty la miró severamente.

—¡Supongo que no pretenderás que improvise también vuestra conversación! Eso es cosa tuya, Daisy. Echa mano de tu sentido común. Pregúntale qué piensa regalar a su hija, por ejemplo, y apuesto a que os llevará a ver el obsequio que le tiene preparado.

—¡Oh, sí! —convino Daisy, animándose—. Es una buena idea. Vamos, Bets. Hemos de comprar el regalo cuanto antes.

—Yo voy a ver a Pippin un momento, si puedo —anunció Fatty —. Quiero averiguar una o dos cosas antes de hacer más proyectos.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Larry, interesado.

—Pues si hay alguna huella digital en el espejo de pared que hubo de ser retirado para abrir la caja fuerte instalada detrás —respondió Fatty—. También es posible que las haya en la caja. En tal caso y teniendo en cuenta que la faena fue obra de uno los actores o actrices, nuestras investigaciones ya no tendrían objeto, pues con sólo tomar huellas dactilares de todos los sospechosos y compararlas con las del espejo o la caja, Goon encontraría al ladrón inmediatamente.

—¡Ojalá no sea así! —suspiró Bets, consternada—. Quiero seguir indagando este misterio y que seamos «nosotros» los descubridores en lugar de Goon. Me encanta desentrañar misterios.

—No te preocupes —tranquilizóla Fatty, sonriendo—. ¡Estoy seguro de que el ladrón procuró no dejar huellas tras sí! Quienquiera que fuese, era muy astuto.

—¿Crees que «fue» Boysie, el gato pantomímico? —interrogó Daisy.

—No —repuso Fatty—, al menos, por ahora. Veremos si cambio de opinión después de haberle interpelado. ¡Ah, Larry! ¿Podréis ir tú y Pip al teatro esta mañana a comprar entradas para la función de esta tarde? Ahí va el dinero.

Y, una vez más, sacóse del bolsillo un puñado de monedas.

—¡Es una suerte que seas tan «rico», Fatty! —exclamó Bets—. En caso contrario, no te resultaría tan fácil hacer de detective.

—Bien, vamos a ver —masculló Fatty—. Todos tenemos algo que hacer esta mañana, ¿no es eso? Volveremos a reunimos aquí

para informarnos del resultado de nuestras pesquisas a las doce del mediodía, aproximadamente. Ahora me marcho a ver a Pippin. Ojalá le encuentre solo. ¡Vamos, «Buster»! ¡Despierta! ¡Voy a instalarte en el cesto de la bicicleta!

«Buster» abrió los ojos, levantóse de la alfombrilla del hogar y bostezó, meneando la cola. Luego, siguió a Fatty, muy formalito. Bets fue a ponerse el abrigo y el sombrero, dispuesta a acompañar a Daisy a comprar el regalo de cumpleaños. Por su parte, Pip y Larry fueron a por sus bicicletas con objeto de dirigirse al Pequeño Teatro a buscar las entradas.

Al tiempo que Fatty salía en su bicicleta del cobertizo de Pip, gritó a sus dos amigos:

—¡Pip! ¡Larry! No os limitéis a comprar las entradas. ¡Interrogad a todos los empleados que podáis, por si acaso averiguáis algo!

—¡De acuerdo, jefe! —bromeó Larry—. ¡Haremos lo que podamos!

Total que los Cinco Pesquisidores y el perro salieron todos dispuestos a efectuar una buena labor «detectivesca» en el curso de aquella mañana. Bets y Daisy fueron andando, pues la «bici» de Bets tenía un pinchazo. No obstante, a poco llegaron al centro de la población, y una vez allí, se encaminaron a una conocida juguetería.

—Jane sólo tiene cuatro añitos —recordó Daisy—. No le gustará nada complicado. No vale la pena comprarle un juego o un rompecabezas. Lo mejor será llevarle un juguetito.

Pero no había ninguno bonito por media corona. Todos eran mucho más caros. De pronto, Bets descubrió un juego de muebles para una casa de muñecas.

—¡Mira, qué lindo! Compremos esto, Daisy. Hay dos sillitas, una mesa y un sofá. ¡Es precioso! Estoy segura de que a Jane le encantará.

—¿Cuánto vale? —preguntó Daisy, mirando la etiqueta—. Dos chelines con nueve peniques y medio. Bien, añadiré tres peniques y medio de mi bolsillo a la media corona de Fatty.

—Cuando junte algún dinero, ya te daré un poco —prometió Bets—. ¡Qué monas son estas sillitas!

Daisy compró el juego de muebles y el dependiente se lo

envolvió primorosamente.

—Ahora iremos a casa a escribir unas letras de felicitación en una tarjeta y luego se lo llevaremos a la madre de Jane —resolvió Daisy.

Y, en efecto, las dos niñas escribieron en una tarjetita: «Muchas felicidades a Jane, con el afecto de Daisy y Bets».

Inmediatamente, volvieron a salir en dirección al domicilio de la señora Thomas, la hermana de Zoe. Era una casita muy linda, algo apartada de la calle. Ambas muchachas se detuvieron ante el portillo.

—¿Qué haremos si la señora Thomas no está en casa? —preguntó Daisy, muy nerviosa.

—Diremos que ya volveremos —apresuróse a aconsejar Bets—. Pero no temas: verás como sí estará. ¿Oyes a Jane y Dora jugando en el jardín?

—¿Qué diremos cuando nos abran la puerta? —farfulló Daisy, aún nerviosa.

—Pues diremos que traemos un obsequio para la pequeña Jane y aguardaremos a ver qué dice la señora Thomas —propuso Bets, sorprendida al observar el nerviosismo de Daisy—. Si no te sientes capaz de llevar la conversación, «yo» me encargaré de ello, Daisy.

¡Esta salida bastó para disipar todos los nervios de Daisy!

—Gracias, Bets, ya me apañaré —replicó la muchacha, algo enojada—. ¡Vamos!

Ambas se dirigieron a la puerta principal y llamaron al timbre. A poco, acudió a abrir la propia señora Thomas.

—¡Hola, Daisy! —exclamó la dueña de la casa—. ¿Quién es esa niña que te acompaña? ¡Ah, sí! Elizabeth Hilton, ¿verdad?

—Sí, señora —confirmó Bets, cuyo verdadero nombre era Elizabeth.

—Pues verá usted, señora Thomas —empezó Daisy—. Como mañana es el cumpleaños de Jane, le traemos un pequeño obsequio.

—¡Qué amables sois! —agradeció la señora Thomas—. ¿Qué es?

—Unos mueblecitos de juguete —explicó Daisy, tendiéndole el paquete—. ¿Tiene Jane una casa de muñecas?

—¡Pero qué casualidad! —exclamó la señora Thomas—. Precisamente su papá y yo pensamos regalarle una casa de muñecas

mañana. ¡Estos muebles irán que «ni pintados»!

—¡Oh, por favor! —intervino Bets, entreviendo una magnífica oportunidad de introducirse en la casa y proseguir la conversación —. ¿«Podríamos» ver la casa de muñecas?

—No faltaba más —accedió la señora Thomas—. Pasad.

A poco, ambas niñas admiraron una linda casita de muñecas en una habitación del piso. Daisy sacó a relucir el Pequeño Teatro.

—Su hermana, Zoe Summers, trabaja en el Pequeño Teatro, ¿verdad? —preguntó, inocentemente.

—Sí —respondió la señora Thomas—. ¿Habéis visto alguna de las funciones?

—Pensamos ir esta tarde —dijo Bets—. Estoy deseando ver al gato pantomímico.

—¡Pobrecito! —suspiró la señora Thomas—. ¡Pobre Boysie! Está atribuladísimo por culpa de ese horrible policía. Supongo que estáis enteradas. Ese hombre cree que Boysie fue el autor del robo.

En aquel preciso momento entró en la estancia una linda y esbelta joven.

—¡Hola! —aaludó—. He oído voces desde abajo. ¿Quién son estas amigas tuyas, Helen?

—Ésta es Daisy y ésta, Elisabeth, o Bets, ¿no es así como te llaman? —inquirió la señora Thomas, volviéndose a Bets—. Os presento a mi hermana Zoe, la que actúa en las representaciones del Pequeño Teatro.

Daisy y Bets contemplaron a Zoe con admiración. ¡Qué suerte de encontrarla! Al punto simpatizaron con ella. ¡Qué linda era y qué expresión más risueña tenía!

—¿Hablabais del pobre Boysie? —preguntó Zoe, sentándose junto a la casa de muñecas para poner en orden los muebles dispuestos en el interior—. ¡Qué vergüenza! ¡Cómo si Boysie hubiera podido hacer semejante cosa el viernes por la tarde! ¡Es imposible! El infeliz no es capaz de tramar una cosa así, ni siquiera de vengarse del empresario por su severidad.

—¿De modo que el empresario es severo con Boysie? —profirió Bets.

—Sí —afirmó Zoe—. Se muestra muy impaciente con él. Boysie es bastante lento y sólo le dan papeles tontos como el de gato de

Dick Whittington o el de ganso de Madre Gansa y otros por el estilo. Y el empresario le grita siempre, hasta que el pobre Boysie se atolondra y lo hace peor que nunca. El viernes por la mañana tuvimos un ensayo y no pude soportarlo. ¡Me encolericé y le dije al director lo que pensaba de él!

—¿De veras? —exclamó Daisy—. ¿Y se enfadó mucho?

—Muchísimo —asintió Zoe—. Los dos nos pusimos a vociferar y al fin me dijo que me marchara a fines de la presente semana.

—¡Cielos! —lamentó Daisy—. ¿De modo que ha perdido usted el empleo?

—Sí, pero no me importa. Estoy muy fatigada y necesito descansar. Vendré aquí a pasar unos días con mi hermana. A las dos nos encanta estar juntas.

—Me figuro que pensó usted que le estaba muy bien empleado al director que le narcotizasen y robasen aquella noche —coligió Daisy—. ¿Dónde estaba usted cuando sucedió el hecho?

—Salí del teatro a las cinco y media con los demás —explicó Zoe —, y me vine para acá. ¡Creo que el viejo Goon supone que yo fui la ladrona, y que lo hice en combinación con Boysie!

—¿Pero cómo puede pensar semejante cosa sabiendo que estuvo usted aquí toda la tarde? —saltó Bets, al punto—. ¿No le ha dicho su hermana al señor Goon que se hallaba usted aquí con ella?

—Sí, pero desgraciadamente, a las siete menos cuarto, después de acostar a las niñas, salí para ir a correos. ¡Y mi hermana no me oyó regresar diez minutos más tarde! Subí a mi habitación y allí estuve hasta las ocho menos cuarto en que volví a bajar. De modo que ya veis: según el señor Goon, tuve tiempo de volver al Pequeño Teatro, echar una dosis de somnífero en la taza de té del director, retirar el espejo, abrir la caja fuerte y robar el dinero, ¡todo con ayuda del pobre Boysie! «Para colmo», Goon encontró un pañuelo, que, por cierto, no es mío, con la inicial «Z», en el pórtico posterior del teatro, y asegura que se me cayó cuando Boysie me abrió la puerta la tarde en cuestión. ¿«Qué» os parece?

Capítulo XIII

Larry y Pip en acción

Las dos niñas quedáronse horrorizadas, sobre todo al oír lo de aquel aciago pañuelo. Daisy se puso como la grana al recordar la «Z» que había bordado en un ángulo del mismo, sin sospechar que pudiera haber ninguna persona llamada Zoe.

Ambas miraron a la pobre Zoe de hito en hito, y Bets estaba a punto de llorar. Daisy ardía en deseos de explicar lo sucedido con el pañuelo, pero se contuvo a tiempo. Primero, debía pedir permiso a Fatty.

—El señor Goon estuvo muy descortés —declaró la señora Thomas—. ¡No tuvo inconveniente en acribillarme a preguntas hasta dejarme rendida de cansancio! Por añadidura, quiso ver todas las chaquetas azul marino que hay en la casa, ¡sabe Dios con qué fin!

¡Las dos muchachas lo sabían perfectamente! ¡Goon tenía en su poder aquel retacito de tela azul marino que Fatty había prendido en un clavo para engañar a Pippin, y ahora buscaba una chaqueta con un agujerito por si casaba en él el pedacito! ¡Cielos! ¡La cosa se estaba poniendo cada vez peor!

—También quiso saber qué marca de cigarrillos fumábamos —prosiguió Zoe— y pareció muy satisfecho cuando le mostramos una cajetilla de «Player's».

Al oír esto, a Bets y a Daisy se les oprimió aún más el corazón, porque las colillas esparcidas por Fatty en el pórtico, ¡eran de cigarrillos «Player's»! ¡Quién iba a suponer que sus inofensivas pistas falsas iban a concordar tan bien con aquel caso, para desgracia de la pobre Zoe!

Bets parpadeó para contenerse las lágrimas. Estaba asustada y consternada. Al ver su desesperada mirada, Daisy comprendió que la pequeña quería marcharse. En el fondo, también ella lo deseaba, ya que, al igual que Bets, sentíase francamente alarmada y preocupada. Era preciso contar todo aquello a Fatty cuanto antes y él decidiría lo que se había de hacer.

Así, pues, ambas muchachas, se levantaron para despedirse.

—Nos veremos esta tarde —dijo Daisy a Zoe—. Pensamos asistir a la representación. ¿Podría usted firmarnos un autógrafo a los cinco si la aguardamos en la puerta del escenario?

—Naturalmente —accedió Zoe—. ¿Dices que sois cinco? De acuerdo. Si queréis, se lo diré a mis compañeros y así os darán sus autógrafos también. ¿A ver si me aplaudís mucho esta tarde, eh?

—¡Ya lo creo, lo haremos con mucho gusto! —prometió Bets, con vehemencia—. Supongo que no la detendrá ese Goon, ¿verdad?

—Pues claro que no —rióse Zoe—. Yo no perpetré el robo, y el pobre Boyse tampoco tiene nada que ver con él. Estoy segurísima de ello. En realidad, no le tengo miedo a ese perverso señor Goon. ¡No os preocupéis!

Sin embargo, ambas niñas se marcharon realmente preocupadas y deseosas de que fueran las doce para poder contar a Fatty y a los demás todo cuanto habían averiguado.

—Nuestra visita ha ido de perlas —comentó Daisy, cuando ambas llegaron a la sala de recreo de Bets—. Lo malo es que hemos averiguado cosas muy desagradables. ¡Mira que lo de ese «pañuelo», Bets! Me siento culpable. Jamás volveré a hacer nada semejante.

Larry y Pip regresaron a eso de las doce menos diez, al parecer muy satisfechos de sí mismos.

—¡Hola, muchachas! —saludó Pip—. ¿Cómo os ha ido? ¡Nosotros hemos tenido mucha suerte!

Así era, en efecto. Ambos habíanse dirigido en sus respectivas bicicletas al Pequeño Teatro y, una vez allí, acudieron a la taquilla a reservar las butacas para la función de la tarde. Pero, desgraciadamente, la taquilla estaba cerrada.

—Vamos a dar una vuelta —propuso Pip—. Si alguien nos pregunta algo, podemos contestar que hemos venido a comprar entradas y que esperamos que alguien nos indique dónde podemos

obtenerlas.

Así, pues, alejáronse de la fachada del teatro para encaminarse a la parte trasera, probando de abrir varias puertas a su paso. Pero éstas estaban todas cerradas con llave.

Por fin, llegaron al parque de estacionamiento posterior. En él había un hombre limpiando una motocicleta. Los chicos no tenían idea de su identidad.

—¡Qué moto más bonita! —dijo Pip a Larry.

Al oír sus voces, el desconocido les miró. Era un hombre de edad madura, muy fornido, de labios delgados y expresión ceñuda.



—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Hemos venido a comprar entradas para la función de esta tarde —explicó Larry—. Pero la taquilla está cerrada.

—Por supuesto —dijo el hombre, frotando vigorosamente los relucientes guardabarros de la motocicleta—. Lo mejor que podéis hacer es comprar las entradas cuando vengáis esta tarde. Sólo abrimos la taquilla los sábados por la mañana, cuando esperamos mucha afluencia de público. Ahora, marchaos. No me gusta ver

gente vagando por aquí. ¡Después del robo del viernes no tolero que nadie ande merodeando por los alrededores de mi teatro!

—¡Ah! —apresuróse a exclamar Larry—. ¿Es usted el empresario, por casualidad?

—El mismo —refunfuñó el hombre—. ¡El que sale en todos los periódicos! ¡El individuo que fue narcotizado y robado el pasado viernes! ¡Si pudiera echar el guante al que hizo la faena…!

—¿Tiene usted idea de quién fue? —inquirió Pip.

—En absoluto. En realidad, no creo que fuese ese imbécil de Boysie. Es incapaz de maquinar nada parecido. Además, me tiene mucho miedo y no creo que se atreva a gastarme bromas de esta índole. Lo que sí es posible es que fuera cómplice de alguien. ¡A buen seguro dejó entrar al ladrón aquella noche, cuando el teatro estaba vacío!

Los muchachos escuchaban, emocionados, aquella información de primera mano.

—El periódico decía que Boysie, el gato pantomímico, le llevó a usted la taza de té con la droga dentro —aventuró Larry—. ¿Es cierto eso, señor?

—Efectivamente, él fue el que me trajo el té —corroboró el empresario—. Yo estaba muy ocupado y sólo eché una ojeada al que me lo tendía, pero no cabe duda que se trataba de Boysie. Llevaba aún puesta la piel de gato, de modo que era imposible confundirle. Es un perezoso. A veces, se acuesta con ella encima. De todos modos, es igual que un chiquillo y no creo que fuera capaz de cometer esta fechoría por sí solo. Lo que sí es perfectamente posible es que tuviera algo que ver con ella, porque es muy manejable.

—Según eso —coligió Larry—, cabe la posibilidad de que Boysie dejara entrar al ladrón aquella tarde, de que éste echase la droga en el té y mandase a Boysie con él, como de costumbre, para que usted no sospechara nada. Luego, en cuanto comprendió que estaba usted dormido, el ladrón subió a su despacho, retiró el espejo, se apoderó de la llave, abrió la caja y se marchó antes de que usted se despertase.

—Seguramente fue así —asintió el empresario, incorporándose para bruñir el manillar—. Y lo que es más, sin duda, el ladrón fue un miembro del elenco, porque nadie sabe lo que ellos. De otro

modo, ¿cómo se explica que el autor del hecho supiera que no llevo la llave de la caja en mi llavero, sino que siempre la guardo en el departamento secreto de mi cartera? ¡Y sólo los actores sabían que, por una vez en la vida, no había ingresado en el banco el efectivo del jueves, porque me vieron regresar con él, malhumorado, tras comprobar que el banco estaba cerrado ya!

Los chicos procuraron grabar todo esto en su mente. Algunos detalles ya los sabían, pero la cosa resultaba mucho más excitante y real de labios del empresario en persona. Éste no les gustó desde el principio. Parecía irascible y mezquino. Con semejante carácter no era de extrañar que tuviera muchos enemigos dispuestos a vengarse de él por alguna ofensa de palabra o de obra.

—Supongo que la policía trabaja en el asunto —dijo Pip, tomando una gamuza para bruñir los rayos de las ruedas.

—Desde luego. Ese policía llamado Goon «ha pasado» prácticamente el fin de semana aquí, interpelando a todo el mundo. Ha metido tal miedo al pobre Boysie que, en realidad, éste ya no sabe lo que dice. En cuanto oye los gritos del otro, se echa a llorar.

—¡Bruto! —murmuró Pip.

El empresario miróle, sorprendido, replicando:

—Yo no diría tanto. Si Boysie es culpable, el hombre tiene que sacárselo como sea. Por otra parte, los gritos no le hacen ningún daño. ¡A veces son el único medio de meterle las cosas en la cabezota!

Por entonces, la motocicleta estaba limpia ya, bruñida y reluciente.

—Bien, ya está lista —suspiró el empresario, colocándola bajo un cobertizo—. Siento no poder daros las entradas ahora. De todos modos, esta tarde no tendréis dificultad en obtenerlas. No suele haber mucha gente los lunes.

Los muchachos se despidieron, satisfechos de la información obtenida. Había sido una gran cosa oír toda la historia de labios del propio empresario. ¡Ahora sabían tanto como Goon! El caso era, en verdad, muy misterioso. El gato pantomímico «había» llevado la narcotizada taza de té al empresario y, aun suponiendo que no hubiese introducido en ella el somnífero, a buen seguro sabía quién lo había hecho e incluso era posible que hubiese dejado entrar al

ladrón en el teatro. Cabía, asimismo, la posibilidad de que hubiera observado al malhechor en el acto de retirar el espejo y desvalijar la caja fuerte. Boysie hallábase, pues, en una situación muy comprometida. Larry y Pip se imaginaban las voces que habría tenido que soportar de Goon, a buen seguro empeñado en obligarle a confesar el nombre del ladrón.

—Vamos —instó Pip, deseoso de informar a los demás—. Son las doce menos cuarto. ¿Cómo le habrá ido a las chicas? En realidad, su misión era muy sencilla. Lo mismo digo de Fatty: todo cuanto tenía que hacer era sonsacar a Pippin.

—Me gusta hacer pesquisas, ¿y a ti? —comentó Larry, mientras ambos pedaleaban calle arriba—. Claro está que a nosotros nos resulta más difícil que a Goon o Pippin. Todo cuanto tienen que hacer ellos es ir a formular preguntas a los sospechosos, sabedores de que la gente está «obligada» a responder a la policía. Además, pueden meterse en todas las casas a curiosear. En cambio, nosotros no tenemos esas prerrogativas.

—Ni por asomo —convino Pip—. No obstante, a veces nos enteramos de algún detalle que la gente se guarda mucho de contar a Goon. ¡Mira! ¡Ahí viene nuestro hombre!

Así era, en efecto. Ante ellos apareció un arrogante y ceñudo Goon, montado en su bicicleta con aire muy importante. Al llegar a la altura de los chicos, les gritó:

—¿Dónde está el gordinflón? Decidle de mi parte que, si vuelvo a verle esta mañana, iré a quejarme a sus padres. ¡Así aprenderá a no meterse en lo que no le importa! ¿Dónde está?

—No lo sabemos —respondieron Pip y Larry, los dos a una, preguntándose, sonriente, qué estaría haciendo Fatty a la sazón.

—¿Que no lo sabéis? ¡Bah! ¡Cuentos! Apuesto a que sabéis dónde se oculta, dispuesto a sonsacar a Pippin otra vez. ¿Qué se ha creído? ¿Que también va a poder meter las narices en este caso? ¡Ya podéis decirle que ni lo sueñe! ¡«Yo soy» el único responsable!

Y dicho esto, el señor Goon reanudó la marcha, dejando a Larry y Pip muertos de curiosidad por saber qué diablos habría estado haciendo Fatty aquella mañana.

Capítulo XIV

Más noticias… y una cara mofletuda

Fatty había pasado una mañana muy agitada. Primero, dirigióse en su bicicleta a la calle donde vivía Goon y, al pasar ante la casa, miró al interior de la sala de estar. Afortunadamente, Pippin estaba solo.

Fatty dejó su bicicleta apoyada en una pequeña tapia, frente a la casa, con «Buster» de guardia. Luego, recorrió el senderuelo del jardín y llamó a la ventana de la estancia donde estaba instalado Pippin, ocupado en redactar informes sobre varios asuntos.

Al ver a Fatty, el joven sonrió complacido. Al punto, fue a abrirle la puerta y le hizo pasar a la sala.

—¿Alguna novedad? —inquirió Fatty.

—Un informe sobre las posibles huellas de la caja y el espejo. ¡No hay el menor vestigio de ellas!

—Esto significa que el autor del hecho era un tipo muy astuto —infirió Fatty—. Al mismo tiempo, ese detalle descarta al gato pantomímico.

En el momento en que Pippin se disponía a contestar, ambos oyeron ladrar a «Buster». A través de los cristales de la ventana, vieron apearse a Goon de su bicicleta, con cara de pocos amigos. «Buster» apostóse en medio del portillo, ladrando furiosamente, como diciendo:

«—¡No, no te dejaré pasar! ¡Fuera, fuera! ¡Cerrado el paso!».

—Será mejor que te marches —aconsejó Pippin, atropelladamente—. Tengo otras cosas que contarte, pero ahora debes irte.

Como, al presente, «Buster» amenazaba con atacar a Goon, Fatty

apresuróse a salir de la casa y, precipitándose al portillo anterior, tomó a «Buster» en sus brazos y lo metió en la cesta de su bicicleta.

—¿Qué haces aquí? —rugió Goon—. He prevenido a Pippin contra ti, señor entrometido. ¡No conseguirás «sacarle» nada! Como no trabaja en este caso, no sabe una palabra del asunto, y aun en caso de que así fuera, no te lo diría. ¡Lárgate! ¡Estoy harto de ver tu cara gordinflona!

—No sea usted grosero, señor Goon —reconvino Fatty, con dignidad.

No podía soportar que alguien le echase en cara su gordura.

—¿Grosero? —exclamó el señor Goon, acercándose al portillo—. ¡Nada de eso, me limito a decir la verdad! Te repito que no quiero volver a ver tu cara gordinflona en todo el día. Soy una persona muy atareada, con infinidad de cosas que hacer, y no consentiré que andes husmeando en mis asuntos.

Y dicho esto, entró en la casa, satisfecho de pensar que Pippin habíale oído tratar a aquel gordinflón como se merecía. ¡Qué dicha pensar que estaba a punto de aclarar aquel dificilísimo caso! Lo tenía ya casi resuelto, y, por una vez en la vida, Federico Algernon Trotteville se quedaría con un palmo de narices.

Recreándose en estos agradables pensamientos, el señor Goon entró en la sala dispuesto a espetar unos cuantos exabruptos a Pippin. Entre tanto, Fatty, deseoso de cambiar más impresiones con Pippin, alejóse unos metros de la casa y, apoyando la bicicleta en un árbol, ocultóse al otro lado del tronco para observar la marcha de Goon sin ser visto. El policía había dejado la bicicleta junto a la pared de su villa, como si se propusiera volver a salir al cabo de un rato.

Durante su espera, Fatty reflexionó sobre los groseros comentarios de Goon respecto a la gordura de su cara. ¿De modo que Goon le acusaba de cara gordinflona, eh? Muy bien, ¡le mostraría una, mofletuda de verdad! Metiéndose la mano en el bolsillo, Fatty extrajo de su interior un par de gruesas almohadillas nuevas. Inmediatamente, se las introdujo en ambas mejillas, entre los dientes y la parte carnosa de los carrillos, cobrando al punto una apariencia espantosamente mofletuda.

A los pocos minutos, Goon salió de su casa y, montando en su

bicicleta, pedaleó lentamente calle arriba, Fatty salió de su escondrijo para que le viera.

—¿Otra vez aquí? —exclamó Goon, tartamudeando de ira—. Eres un…

Entonces se fijó en los enormes mofletes del chico. Tras un parpadeo, su mirada volvió a posarse en ellos. Fatty sonrió, confiriendo a sus mejillas un aspecto de globos a punto de estallar.

El señor Goon apeóse de su bicicleta, sin dar crédito a sus ojos. Pero Fatty saltó a la suya y dirigióse a una calle lateral, en espera de que se alejara Goon. Por fin, volvió junto a Pippin.

—Ya está fuera —anunció el joven policía, desde la ventana—. Ha ido a poner un telegrama y después piensa ir a darse otra vuelta por el parque de estacionamiento del teatro. Luego tiene que ir a Loo Farm por cuestión de un perro. De modo que no regresará en un buen rato.

Al presente, Fatty habíase despojado ya de las almohadillas y presentaba su aspecto normal.

—No le entretendré mucho —dijo a Pippin—. Sé que está usted muy ocupado. ¿Qué otra cosa tenía que decirme?

—Pues que, «en efecto», la taza en cuestión contenía una dosis de somnífero, inofensivo pero fuerte —declaró Pippin—. En el laboratorio han encontrado vestigios de la droga en el interior del recipiente. Por consiguiente, se trata de un hecho comprobado.

—¿Algo más? —inquirió Fatty—. ¿Se sabe algo del dinero?

—No, ni se sabrá —repuso Pippin—. Eran todo billetes de diez chelines o una libra, y monedas sueltas.

—¿Tienen ustedes idea de quién fue el autor del robo? —preguntó Fatty.

—He visto las notas de Goon y, de hecho, todos los miembros de la compañía podrían haberlo perpetrado si partimos de la base que el ladrón obró impulsado por un «móvil», qué en este caso podría haber sido el rencor. Como sabes, el señor Goon no pensaba decirme nada, pero está tan orgulloso de sí mismo por sus múltiples averiguaciones, que me dio a leer sus notas, alegando que me resultaría muy provechoso ver la actuación de una persona experimentada en un caso como éste.

—Sí, son palabras muy «propias» de él —comentó Fatty,

sonriendo—. ¿Pero es verdad eso de que toda la compañía estaba resentida con el empresario?

—El señor Goon interpeló al empresario y le sacó una porción de cosas —prosiguió Pippin—. Por ejemplo, la señorita Zoe Markham sostuvo un altercado con él aquella mañana y fue despedida. Lucy White le pidió un anticipo por enfermedad de su madre y él se negó a dárselo, hecho un basilisco. En cuanto a Peter Watting y William Orr, propusiéronle poner en escena una serie de obras de más envergadura que las que ahora representan, a lo cual el director, echándose a reír, les replicó que no se hicieran ilusiones porque sólo eran actores aptos para representar comedias de tercera categoría. Y no contento con esto, agregó que la gente de tercera categoría debe conformarse con obras de tercera categoría.

—Supongo que se enfadaron —coligió Fatty.

—Naturalmente. Al parecer, se pusieron furiosos y casi vinieron a las manos, amenazándole con darle una paliza si volvía a llamarles «gente de tercera categoría». En realidad, son muy buenos actores, particularmente William Orr.

—Prosiga usted —instó Fatty—. Todo esto es muy interesante. ¿Quién más tenía cargos contra él?

—John James deseaba un aumento de sueldo —manifestó Pippin—. Parece ser que el empresario habíaselo prometido al término de seis meses de actuación. Transcurrido el plazo, el hombre lo reclamó, sin resultado. El empresario afirma que jamás le prometió tal cosa.

—¡Valiente tipo, ese empresario! —sonrió Fatty—. ¿Siempre «dispuesto» a ayudar, eh? ¡Vaya modo de dirigir una compañía! A buen seguro, todos le detestan.

—¡Ni más ni menos! —confirmó Pippin—. Incluso el pobre Boysie, el gato pantomímico… Vamos a ver, ¿ya están todos? No, falta Alee Grant. Éste pidió permiso para actuar en otro espectáculo los días que no trabaja aquí, pero el empresario negóse a darle permiso para ello. Al parecer, ambos sostuvieron una violenta discusión. De modo que ya ves: hay infinidad de gente susceptible de haberse vengado del director por su mal carácter e incomprensión.

—¿Qué hay de sus coartadas? —interrogó Fatty, tras una pausa

para asimilar todo esto.

—Ya están todas comprobadas —respondió Pippin—. Resultan todas muy verosímiles, excepto la de Zoe Markham, porque ésta salió de casa de su hermana aquella tarde y nadie la vio volver. Ella afirma que subió directamente a su habitación. De resultas de todo ello, unido al hecho de que en el pórtico fue hallado un pañuelo con la inicial «Z», Goon la considera, juntamente con Boysie, la sospechosa número uno.

A Fatty todo esto se le antojó muy desagradable.

—Bien —concluyó Pippin, inclinándose hacia sus papeles—, eso es todo cuanto puedo decirte de momento. ¡Que no se te escape nada! Ahora, vete y, si «tienes» algo interesante que decirme, no te olvides de comunicármelo.

—Por ahora, no hay nada nuevo —limitóse a replicar Fatty—, como no sea que supongo que el señor Goon estaba muy cansado anoche después de su caminata de primera hora de la tarde.

—¿Qué? —exclamó Pippin, al punto—. ¿Por seguir a aquel extranjero pelirrojo? ¿Insinúas que aquel tipo y tú «erais» la misma persona?

—Bien —suspiró Fatty—, me dije que, después de todo, valía la pena que el señor Goon encontrase a «alguien» en el tren de las tres y media. Era de esperar que, a estas alturas, el hombre estuviese un poquillo escamado de la gente pelirroja, ¿no le parece, Pippin?

Y dicho esto, Fatty alejóse silbando en su bicicleta, sin cesar de discurrir. De pronto, le asaltó una idea. Tras ponerse las almohadillas postizas en los mofletes, dirigióse a la estafeta de correos. Probablemente, Goon aún estaría allí.

Así era, en efecto. En el momento en que el hombre salía de la estafeta, Fatty metióse en la cabina telefónica inmediata. Al ver que alguien le hacía muecas desde allí, el policía se detuvo, comprobando con horror que los mofletes de Fatty aparecían tan enormes como un momento atrás.

Fatty dirigióle una afable sonrisa. Goon prosiguió su camino, desconcertado. ¿Qué le pasaría a aquel chico? Tenía la cara más gorda que nunca, y era imposible que se la hinchase con el aliento porque esbozaba una sonrisa. ¡Sin duda padecía alguna enfermedad!

Fatty salió disparado en su bicicleta, dirigiéndose por un atajo al estacionamiento de coches situado detrás del teatro. Una vez allí llevó su bicicleta al cobertizo e inclinóse a examinarla. Al poco rato, apareció Goon en «su» bicicleta y, tras apearse de ella, llevóla también al cobertizo. Allí vio a un muchacho, pero no le prestó atención… hasta que Fatty volvióse a mirarle, obsequiándole con otra sonrisa mofletuda.

Goon se sobresaltó y, mirando atentamente a Fatty, le preguntó:

—¿Tienes dolor de muelas? ¡Qué carota se te ha puesto!

El policía desapareció en el interior del teatro, y Fatty dirigióse a Loo Farm, donde aguardó unos diez minutos, sentado en su bicicleta, detrás de una tapia. Al ver llegar al señor Goon, salió bruscamente de su escondrijo, montado en la bicicleta, sonriendo una vez más a su enemigo con su carota de luna llena.

—¡Vamos, lárgate ya! —le gritó el policía—. ¿Dónde se ha visto seguirme así, mofletudo? ¡Anda, ve a ver al dentista! ¿Te crees muy gracioso por seguirme así con esa cara?

—¡Pero, señor Goon! —protestó Fatty—. ¡El que parece «seguirme» es usted! Voy a telefonear, y aparece usted junto a la cabina. Voy al parque de estacionamiento, y se presenta usted allí también. Ahora vengo a Loo Farm y, en menos que canta un gallo, comparece usted por aquí. ¿Por qué «me» sigue usted? ¿Acaso se figura que «yo» fui el autor del robo del Pequeño Teatro?

Goon miró con evidente desagrado la gruesa carota de Fatty. No acertaba a comprenderlo. ¿Cómo era posible que a una persona se le hinchase la cara de aquel modo tan repentinamente? ¿No sería su vista? A lo mejor, lo veía todo doble.

El hombre decidió no efectuar su visita a Loo Farm mientras merodease por los alrededores aquel chico con cara de luna llena y, dando media vuelta, dirigióse calle abajo, derrotado.

«¡Qué pesadilla de chico! —murmuró para sus adentros—. ¡No hay solución con él! Afortunadamente, no sabe lo bien que marcha este caso. ¡Menuda sorpresa se llevará cuando descubra que ya está todo desentrañado y que los culpables ya han dado con los huesos en la cárcel! ¡Qué envidia le dará ver al inspector felicitándome con palmadas en la espalda! ¡A paseo él y su carota!».

Fatty consultó su reloj. Eran cerca de las doce. Debía regresar

para reunirse con los demás. ¿Habrían logrado obtener alguna información?

El muchacho dirigióse a casa de Pip. Todos le aguardaban allí.

—¡Date «prisa», Fatty! —le gritó Bets agitándole la mano desde la ventana—. ¡Tenemos una porción de noticias que darte! ¡Creíamos que «ya no» volvías!

Capítulo XV

En la función… y después

Los Pesquisidores tomaron asiento en la espaciosa sala de recreo de Pip, con una bolsa de bombones, obsequio de Larry, al alcance de la mano.

—Bien —empezó Fatty—. Al parecer, todos tenemos algo que contar. Primero, las chicas. ¿Qué tal os ha ido, Daisy y Bets?

Ora una, ora otra, Bets y Daisy procedieron a relatar su aventura.

—¿No os parece que fue una «suerte» ver a Zoe personalmente? —comentó Daisy—. Es muy cariñosa. ¡Es imposible que sea la ladrona, Fatty!

—¡Lo más horrible es lo del pañuelo con la inicial «Z»! —profirió Bets—. Para colmo, Zoe fuma la misma marca de cigarrillos que los de nuestras colillas, ¡«Player's»!

—No hay que preocuparse por eso —tranquilizóla Fatty—. Probablemente, Goon descubrirá que la mayoría de los demás sospechosos fuman los mismos pitillos. Lo que siento es lo del pañuelo. ¿«Por qué» se nos ocurriría bordarle una «Z»?

—¿No crees que deberíamos decir a Goon que es una pista falsa ideada por nosotros? —propuso Daisy, ansiosamente—. No puedo soportar la idea de que Goon acuse a la pobre Zoe por culpa nuestra. La pobrecilla está pasando muy mal rato.

—Nuestro hombre no puede «probar» nada a base de ese pañuelo —declaró Fatty, reflexionando—. Caso de haber «pertenecido» a Zoe, podría habérsele caído en cualquier otra ocasión, y no precisamente aquella tarde. De modo que Goon no podrá «probar» nada.

—Lo mismo creo yo —convino Larry—. Lo confesaremos todo cuando se aclare el misterio, pero no veo la necesidad de que desperdiciemos la ocasión de desentrañarlo por nuestra cuenta contándoselo todo a Goon.

—De acuerdo —suspiró Daisy—. De todos modos, me «horroriza» pensarlo.

—Conste que las dos os habéis portado muy bien —ensalzó Fatty —. Vuestra información es francamente interesante. Ahora explicaos vosotros, Larry y Pip.

Éstos dieron cuenta de su encuentro con el empresario y explicaron con todo lujo de detalles lo que el hombre les había dicho. Fatty escuchaba atentamente. ¡Qué exitazo!

—¡Buena faena! —exclamó cuando ambos chicos terminaron su relato—. Ahora tengo la convicción de que fue Boysie el que llevó al director el té narcotizado. Por consiguiente, tanto si fue culpable como cómplice, lo cierto es que demostró estar complicado en el robo llevando el té al empresario. Me figuro que no cayó en la cuenta de que subsistirían vestigios de la droga en los residuos del té. Se comprende que un mastuerzo como Boysie olvidara un detalle como éste.

—Bien, esta tarde le veremos —recordó Daisy—. Hemos acordado con Zoe que, después de la función de esta tarde, iremos a pedir autógrafos a todos los actores que intervienen en la obra. De modo que veremos a Boysie también.

—Magnífico —celebró Fatty, complacido—. Todos os habéis portado maravillosamente. No cabe duda que os tengo muy bien enseñados.

El comentario le valió una serie de puñadas. Una vez restablecida la paz, Larry preguntóle por «sus» andanzas, y Fatty pasó a referir todo cuanto Pippin habíale contado.

—Qué raro que todos los miembros del elenco estuvieran resentidos con el empresario, ¿verdad? —comentó el muchacho—. Debe de ser un pedazo de bruto. Todos tenían móviles para vengarse.

—¿Qué son móviles? —inquirió Bets.

—Motivos para hacer algo —le explicó Fatty—. ¿Comprendes? Todos los actores tenían buenos motivos para detestar a su

empresario, móviles para vengarse de su rudeza.

—Es un misterio muy interesante —suspiró Larry—. Hay siete personas sospechosas, todas ellas con motivos para desear dar su merecido al empresario, y todas, excepto Boysie, y tal vez Zoe, con excelentes coartadas. Y el caso es que no creemos en la culpabilidad de ninguno de estos dos. Al parecer, Zoe es una muchacha simpatiquísima.

—Estoy de acuerdo contigo —convino Fatty—. Es un supermisterio. Un verdadero enigma. Bien, y ahora ¿qué hacemos?

—Pues nada —respondió Larry—. Esta tarde iremos todos al teatro, veremos la función y después pasaremos a recoger los autógrafos y a charlar con todos los actores, procurando fijarnos particularmente en Boysie.

—Me parece muy bien —aprobó Fatty—. Y mañana comprobaremos el resto de las coartadas. Larry y Daisy irán a ver a Mary Adams, con objeto de averiguar si la coartada de Lucy White es conforme. Y Pip y yo veremos si podemos probar la de Peter Watting y William Orr. Además, tendremos que pensar algo para comprobar la de John James, que, según dice, pasó toda aquella tarde metido en el cine.

—Sí —asintió Daisy—, y también la de Alee Grant, el que fue Sheepridge y actuó allí por su cuenta.

—En realidad, no vale la pena comprobar eso —replicó Pip—. Le vio actuar una porción de gente. De todos modos, no cuesta nada preguntarlo.

—¡La campana del almuerzo! —exclamó Pip—. Debo ir a lavarme las manos. ¿A qué hora nos encontraremos esta tarde y dónde? ¿En el teatro?

—Eso es —asintió Fatty—. Estad allí a las tres menos cuarto. La función empieza a las tres. ¡Hasta luego!

Todos comieron vorazmente. ¡Al parecer, la labor de detective despertaba el apetito! Después de almorzar, Fatty pasó un buen rato anotando todo cuanto sabía del misterio. El informe resultaba muy interesante. Fatty lo leyó detenidamente y, tras la lectura, quedóse desconcertado. Con tantos sospechosos, tantos móviles y tantas coartadas, ¿cómo diablos pondrían en claro la cuestión?

A las tres menos cuarto todos los Pesquisidores se reunieron en

el Pequeño Teatro. En la taquilla les proporcionó las entradas un chico de aspecto desaliñado. Una vez en la sala, buscaron sus butacas. Habíanlas pedido lo más cerca posible a fin de poder observar atentamente a todos los actores.

Sus butacas estaban en muy buen sitio, en el centro de la segunda fila. Alguien tocaba el piano muy quedamente, pues, como se trataba de una función de poca monta, no había orquesta. El telón del escenario meneábase levemente bajo el soplo de las corrientes de aire producidas cada vez que alguien abría la puerta de la sala. Los Pesquisidores contemplaban, admirados, la maravillosa puesta de sol representada en el gran lienzo.

La función comenzó puntualmente. El telón levantóse a las tres en punto, con la natural expectación del público.

El programa consistía en dos comedietas y un cuadro de la Pantomima de Dick Whittington. En las dos primeras, Boysie no tenía papel, pero por fin apareció en la última, con gran regocijo por parte de los pequeños espectadores, que gritaban alborozados al verle caminar sobre las cuatro patas, revestido con la gruesa y peluda piel con que le habían visto los muchachos el viernes por la tarde, a través de los cristales de la ventana.

Boysie era muy gracioso. Agitaba la patita a los niños lo mismo que a Fatty, Larry y Pip en la tarde del viernes, hacía cabriolas, abrazaba a Zoe Markhan (muy linda en su caracterización de Dick Whittington) y, en conjunto obtuvo un gran éxito.

—Zoe está muy bonita —cuchicheó Larry.

—Sí, pero ¿por qué «siempre» ponen chicas para representar los primeros papeles masculinos? —lamentóse Daisy, aprovechando el intervalo de un cambio de decorado—. ¿Os acordáis? En «Aladino» hacía el papel de Aladino una muchacha, y en «La Cenicienta» otra se encargaba del de Príncipe.

—¡Silencio! —impuso Bets—. Ya vuelve a levantarse el telón. ¡Mirad! ¡Ahí está el gato! ¡Fijaos! ¡Se le ha rajado la piel por el lado de la cola!

Así era, en efecto. Consciente de ello, el gato palpábase constantemente el agujero con una de las patas delanteras.

Casi parecía un gato de verdad. Pero estaba consternado por lo de la rasgadura de su piel.

—Ojalá no se le acabe de rajar hasta abajo —murmuró Bets—. Apuesto a que, si tuviera esa desgracia, el cascarrabias del empresario le pondría como un trapo. ¡Qué gracioso es! ¡Ahora finge correr detrás de un ratón! ¿«Es» un ratón de verdad?

—No, es mecánico —repuso Daisy—. Bien, es posible que Boysie esté mal de la cabeza, pero opino que es muy hábil en la escena.

Fatty opinaba lo mismo. Preguntábase si una persona tan inteligente en la escena podía ser tan necia como decía la gente en la vida real. Y prometióse hablar con Boysie después de la función para saber a qué atenerse.

A poco, terminó la representación. Bajó el telón y, tras volver a levantarse una vez, cayó definitivamente. Tras los aplausos de rigor, todo el mundo se levantó para marcharse. Eran las cinco en punto.

—Ahora vayamos corriendo a la puerta del escenario —ordenó Fatty—. ¡De prisa!

Y con los álbumes de autógrafos en la mano, los Cinco Pesquisidores precipitáronse a la puerta del escenario, deseosos de alcanzar a todos los actores y actrices antes de que abandonasen el lugar.

Tras una espera de cinco minutos, vieron aparecer a Zoe en la puerta, con su bello rostro embadurnado aún con parte del maquillaje. No obstante, habíase cambiado de vestido y parecía otra persona.

—Entrad y conoceréis a los otros —invitó la joven—. Aún tardarán unos minutos en salir y ahí fuera hace mucho fresco.

Así, pues, los Cinco Pesquisidores siguieron a Zoe, algo nerviosos, a una gran estancia, donde uno o dos de los actores reponían las fuerzas apurando tazas de té.

Eran Peter Watting y William Orr, uno de edad madura y aspecto desabrido, y el otro joven y de expresión algo cuitada. Distaban mucho de presentar la apostura que les caracterizaba en la escena, en que Peter interpretaba el papel de patrón de Dick y William el de arrojado capitán cantando una alegre canción marinera sobre el mar azul.

—¡Hola, muchachos! —exclamaron ambos, saludando a los Pesquisidores con una leve inclinación—. ¿A la caza de autógrafos? ¡Nos sentimos muy halagados! A ver esos álbumes.

Los dos hombres garabatearon sus firmas en cada álbum. Luego, Zoe les presentó a Lucy White, una esbelta y grácil jovencita que hacía el papel de novia de Dick Whittington en la función. En escena estaba francamente preciosa, con una abundante cabellera peinada con tirabuzones rubios como el oro, que había sido la admiración de los Pesquisidores. Pero, al presente, la hermosa cabellera permanecía sobre una mesita, convertida en una espléndida peluca, y Lucy habíase convertido en una reposada muchacha de cabello castaño y expresión algo preocupada.

La joven firmó, asimismo, los autógrafos. Luego apareció John James, un hombretón corpulento, serio y arrogante, como correspondía al papel de rey negro que interpretaba en la obra.

—¡Hola, amigos! —saludó—. ¿Es posible que alguien desee nuestros autógrafos? ¡Vaya, vaya! ¡Ahora resulta que somos famosos sin saberlo!

También él firmó los álbumes. Fatty trabó conversación con William y Peter, en tanto Larry intentaba hacerlo con John James. Pip dio una mirada circular. A buen seguro, quedaba aún alguien a quien solicitar un autógrafo.

Así era, efectivamente. En aquel momento apareció un hombre de baja estatura, muy vivaracho, que en la escena había interpretado el papel de madre de Dick, con gran acierto y dinamismo, valiéndose de una divertida voz de falsete y cantando incluso dos o tres canciones con una voz femenina muy bien imitada.

—¿Tiene la bondad de firmarnos su autógrafo? —rogó Fatty, acercándose a él—. Me ha gustado mucho su actuación. ¡Parecía usted una mujer de verdad! ¡Incluso su voz!

—Sí —convino Zoe—. Hoy Alee ha estado magnífico en sus intervenciones musicales. Ha conseguido unas notas agudas maravillosas. Tendríais que verle imitándonos a Lucy y a mí. Lo hace tan bien, que apenas conoceríais que no somos nosotras. Siempre le decimos que está perdiendo el tiempo en esta pequeña compañía. ¡Debería actuar en el West End[2]!.

—Él también está convencido de ello, ¿verdad, Alee? —intervino John James, con voz ligeramente burlona—. Pero el empresario no está de acuerdo con él.

—No me lo «nombres» —gruñó Alee—. Todos detestamos a ese individuo. ¡Aquí tenéis, chavales! ¡Tomad! ¡Espero que podréis leer mi firma!

Y les echó sus álbumes al vuelo. Fatty abrió el suyo: en él figuraba un ilegible garabato que a duras penas reproducía el nombre de «Alee Grant».

—¡Siempre escribe así! —exclamó Zoe, riendo—. Nadie entiende su escritura. A veces le digo que lo mismo daría que escribiera «Patatas calientes» que «Caramelos de menta», nadie notaría la diferencia. Estoy segura de que tu madre no puede leer tus cartas, Alee.

—Pues no te equivocas —asintió éste—. Aguarda a que yo regrese a casa para que se las lea. ¡Y entonces no las entiendo yo!

Todos se rieron.

—Bien, hasta otro rato —despidióse Alee, arrollándose una bufanda amarilla alrededor del cuello—. Mañana será otro día. ¡Ah, y un consejo! ¡Procurad no dar un mamporro al empresario esta noche!

Capítulo XVI

El gato pantomímico ofrece una taza de té

Entonces, los Pesquisidores juzgaron llegada la hora de partir a su vez. Fatty tenía la sensación de que llevaban demasiado tiempo allí. De pronto, recordó algo.

—A propósito, ¿y el gato pantomímico? Todavía no tenemos su autógrafo. ¿Dónde está?

—Me figuro que limpiando el escenario —dijo Zoe—. Es una de sus tareas. Pero no hace falta que le esperéis para que firme vuestros álbumes. El pobre Boysie no sabe escribir.

—¿«Es posible»? —exclamó Bets, asombrada—. ¡Yo creía que era muy mayor!

—Sí, tiene veinticuatro años —explicó Zoe—, pero es como un niño de seis. Además, apenas sabe leer. Pero es un buen muchacho. Voy a por él.

Pero en el momento que la joven se disponía a ir a buscarlo, el gato pantomímico entró en el aposento, caminando sobre las patas traseras, con la peluda cabeza pendiendo en la espalda como una grotesca capucha.

Boysie tenía la cabeza muy grande, los ojos pequeños y muy juntos, los dientes prominentes como los de un conejo y la cara muy asustada.

Tras acercarse a Zoe, el infeliz dijo, poniendo la mano en la suya como un niño:

—Zoe debe ayudar a Boysie.

—¿Qué ocurre, Boysie? —preguntó Zoe, tratándole como a un niño—. Vamos, cuéntaselo a Zoe.

—Mira —dijo Boysie, volviéndose tristemente.

Todos miraron hacia donde el gato señalaba… y vieron un gran rasgón en la piel del pobre Boysie, cerca de la cola, que aparecía ya mucho más grande que cuando Bets habíalo visto por primera vez.

—Y mira —añadió Boysie, señalando otra rasgadura en el estómago de la piel gatuna—. ¿Puede Zoe cosérselo a Boysie?

—Naturalmente que sí —accedió Zoe, amablemente, en tanto el gato deslizaba de nuevo la mano en la suya, mirándola con una sonrisa.

Tenía que levantar los ojos para hacerlo, porque sólo llegaba al hombro de la muchacha.

—Estás engordando, Boysie —comentó Zoe—. Comes demasiado y, claro, luego revientas la piel.

Entonces Boysie, reparando por vez primera en los muchachos, sonrióles con verdadera complacencia.

—Niños —profirió, señalándoles con el dedo—. ¿Por qué están aquí?

—Han venido a charlar con nosotros, Boysie —explicó Zoe.

Luego la joven cuchicheó a Fatty:

—No me comprendería si le dijera que habéis venido a pedir autógrafos.

Peter Watting y William Orr, ambos muy altos y delgados, se despidieron. Lucy White se marchó también, dejando tras sí su peluca de tirabuzones dorados. Boysie se la puso y empezó a correr por toda la habitación, sonriente. El pobre estaba sencillamente espantoso.

—¿Veis? —suspiró Zoe—. Es igual que un chiquillo de seis años. Pero ¡es tan bueno! Nos ayuda en todo lo que puede. Tiene mucha habilidad manual. Sabe trabajar la madera maravillosamente. Mirad: aquí tengo varias cosas talladas por él.

Les mostró una hilera de animalitos de madera, primorosamente tallados. Boysie, luciendo aun la dorada peluca, acercóse a ellos, sonriendo satisfecho.

—¡Pero qué «preciosos» son, Boysie! —ensalzó Bets, con sincera admiración—. ¿«Cómo» te las arreglas para tallar la madera con tanta perfección? ¡«Fijaos» en este corderito! ¡Es perfecto!

De improviso, Boysie salió corriendo de la habitación y, a poco, reapareció con otro corderito, parecido al que tanta admiración

había despertado en Bets y, con los ojuelos llenos de lágrimas y una necia sonrisa en los labios, lo introdujo en la mano de la niña.

—Puedes quedártelo —dijo—. Me eres muy simpática.

Bets volvióse a mirarle. La pequeña no vio la fea cara, los ojos juntos, ni los grandes dientes. Sólo vio la medrosa dulzura que se ocultaba tras aquel rostro y, bruscamente, la chiquilla le abrazó, como si fuera un niño mucho más pequeño que ella.

—¿Ves qué contenta se ha puesto tu amiguita? —exclamó Zoe—. Has sido muy amable, Boysie.

Volviéndose a los demás, la joven agregó:

—Él es siempre igual. Daría hasta la camisa si pudiera. Uno no puede menos de quererle, ¿verdad?

—¡Desde luego! —convinieron todos.

Decían la verdad. Boysie era algo bobo y feo, pero, en compensación, sincero y humilde, y tenía un gran sentido del humor. Resultaba «imposible» no quererle de veras.

—No puedo soportar que la gente le trate mal —prosiguió Zoe —. A veces, el empresario es muy duro con él. Eso me saca de mis casillas. ¿Recuerdas el viernes, Boysie?

Boysie asintió en silencio. Una sombra de tristeza pasó por su semblante.

—No debes marcharte —dijo a Zoe, poniendo su mano en la suya—. No debes dejar a Boysie.

—Dice esto porque el director me despidió el viernes —explicó Zoe—. Boysie teme que me vaya. Pero no lo haré. En realidad, el empresario no quiere prescindir de mi colaboración, aunque lo cierto es que necesito una temporada de descanso. Esta tarde me ha dicho que el viernes no habló en serio. Tiene un carácter muy raro. Nadie simpatiza con él, desde luego.

—Bien, creo que debemos irnos ya —decidió Fatty—. ¿Viene usted, Zoe? Es decir… ¿nos permite llamarla Zoe?

—¡Pues no faltaba más! —accedió la muchacha—. No, todavía no puedo marcharme. Primero, tengo que coser la piel de Boysie. Creo que me quedaré a tomar el té con él. Oye, Boysie, ¿te parece bien que invitemos a estos simpáticos niños a tomar una taza de té con nosotros?

Boysie estaba emocionado. Acariciaba el brazo de Zoe y

tomando la mano de Bets, murmuró:

—Boysie preparará el té. Vosotros sentaos.

—¿No vas a quitarte la piel, Boysie? —inquirió Zoe—. Tendrás mucho calor y a lo mejor aún te la rasgas más.

Sin prestarle atención, Boysie entró en una especie de pequeña alacena y todos los presentes le oyeron llenar una marmita.

—Nos «encantará» acompañarles —aceptó Fatty, diciéndose que Zoe era la persona más buena y más simpática que había conocido —. Esto es, si no molestamos. ¿Le parece bien que vaya a comprar unos bollos?

—¡Me parece una gran idea! —asintió Zoe, complacida—. ¿Dónde está mi portamonedas? Te daré el dinero.

—No, gracias —apresuróse a replicar Fatty—. Tengo de sobra. ¡Volveré en seguida! ¿Vienes, Larry?

Los dos muchachos desaparecieron. Boysie esperaba que hirviera el agua de la marmita. No tuvo que aguardar mucho. En el momento que apagaba el gas, regresaron Fatty y Larry cargados con una serie de bollos rellenos de confitura, pastelillos de chocolate y galletas de jengibre.

—En la alacena hay un plato grande —dijo Zoe—. ¡Cielos! ¡Qué banquete!

Fatty entró en el pequeño recinto en forma de alacena y observó a Boysie con interés. El diminuto actor, revestido aún de la piel de gato, había caldeado la oscura tetera con un poco de agua caliente y, a la sazón, procedía a vaciarla y a echar en ella un poco de té.

—¿Cuántas cucharaditas, Zoe? —preguntó en voz alta.

—Creo que con cuatro habrá bastante —contestó Zoe—. ¿Quieres contárselas tú? —añadió, dirigiéndose a Fatty—. Nuestro amigo no sabe contar muy bien.

Total que, en lugar de cuatro, echó cinco cucharillas de té en la tetera. Luego vertió agua hirviendo en su interior y puso la tapadera.

—¿Preparas el té todas las tardes? —preguntó Fatty.

Boysie asintió en silencio.

—Sí —corroboró Zoe, al tiempo que Boysie llevaba la tetera a la sala y la depositaba sobre la mesa—. Boysie sabe hacer muy bien el té. Generalmente, nos lo prepara así que termina la función y luego,

más tarde, hace un poco para el empresario, ¿verdad, Boysie?

De improviso, Boysie prorrumpió en sollozos, con gran sorpresa por parte de los chicos.

—Yo no le llevé el té —gimió el infeliz—. Yo no se lo llevé.

—Se refiere a lo del viernes —explicó Zoe, acariciando a Boysie para tranquilizarle—. Ese policía está todo el día importunándole, tratando de obligarle a confesar que llevó una taza de té al director. Pero Boysie insiste en que no lo hizo, pese a que el empresario asegura que «fue él». Me figuro que Boysie se ha hecho un lío y lo ha olvidado.

—Cuéntanoslo todo, Boysie —instó Fatty, muy emocionado ante la idea de obtener tanta información de primera mano—. No temas. «Háblanos» sin miedo. Somos tus amigos. Sabemos que no tienes nada que ver con lo sucedido el viernes por la tarde.

—No, ¿verdad? —farfulló Boysie, mirando a Zoe—. Os marchasteis todos, Zoe. Tú no te quedaste con Boysie como hoy. Me dejé puesta la piel porque es muy difícil quitársela uno mismo, ¿sabes? ¡Y me fui a la habitación trasera donde está la estufa!

—Se refiere a la sala que da al pórtico —aclaró Zoe—. Allí hay una estufa eléctrica y a Boysie le gusta sentarse junto a ella.



—Y os vi a ti, y a ti, y a ti —prosiguió Boysie, inesperadamente, señalando con la pata a Fatty, Larry y Pip—. En cambio, a vosotras, no —añadió, señalando a Bets y a Daisy.

—Nunca habías hecho semejante cosa —repuso Zoe, sorprendida—. Eso no está bien, Boysie. Tú no viste a estos niños.

—Sí los vi —insistió Boysie—. Miraron a través de los cristales de la ventana y yo también los miré y los asusté. Cuando volvieron a asomarse, les agité la mano para decirles que no se asustaran,

porque son muy simpáticos.

Los cinco Pesquisidores miráronse unos a otros. «Sabían» que Boysie decía la verdad y que, efectivamente, «habíales» visto y agitado la mano el viernes por la tarde.

—¿Dijiste esto al policía? —inquirió Fatty bruscamente.

—No —replicó Boysie, meneando la cabeza—. Boysie no se acordaba entonces. ¡Ahora se acuerda!

—¿Qué hiciste cuando los niños se marcharon? —interrogó Fatty, afablemente.

—Preparé un poco de té —respondió Boysie, contrayendo la cara en un esfuerzo por recordar—. Una taza para mí y otra para el director.

—¿Te bebiste el tuyo primero? —preguntó Fatty—. ¿O le llevaste «el suyo» antes?

—El mío estaba muy caliente —contestó Boysie—. Demasiado caliente. Jugué un rato mientras se enfriaba y luego me lo bebí.

—¿Y «entonces» llevaste una taza al director? —insistió Fatty.

Boysie parpadeó con expresión acongojada.

—¡No, no y no! —protestó—. ¡Yo no le llevé nada! Estaba muy cansado y me eché a dormir en la alfombrilla. Pero no subí el té arriba. No me obliguéis a decir eso, porque no lo hice, ¡no lo hice!

Sobrevino una larga pausa. Ninguno sabía qué decir. Por fin, Fatty quebró el silencio con estas palabras:

—Tomad todos un bollo relleno de confitura. ¡Mira, Boysie! ¡Aquí tienes uno superrelleno para ti! Cómelo y no te preocupes más de ese té. ¡Olvídalo!

Capítulo XVII

Comprobando las coartadas

Después de esto, nadie volvió a aludir para nada al viernes por la tarde. Saltaba a la vista que aquella cuestión trastornaba horriblemente al pobre Boysie. Fatty estaba desconcertado. No cabía duda que Boysie «había» subido el té, pues así lo afirmaba rotundamente el empresario, alegando que Boysie llevaba puesta la piel de gato y, por ende, era imposible confundirle. Ahora bien, ¿por qué lo negaba Boysie? ¿Trataba de encubrir a alguien, a su pueril manera, negando todo lo relativo a la taza de té narcotizada?

En tal caso, ¿a quién trataba de encubrir? ¿A Zoe? ¡No! Nadie con sentido podía sospechar que Zoe hubiese echado una droga en el té de alguien o desvalijado una caja de caudales. Nadie… ¡excepto Goon!

Era absolutamente necesario comprobar todas las demás coartadas. Cualquier fisura en una de ellas revelaría, sin duda, a la persona a quien Boysie intentaba proteger. Fatty resolvió comprobar todas las restantes coartadas al día siguiente, sin falta. Si no lograba descubrir nada decisivo, a buen seguro el pobre gato pantomímico sería detenido, ¡y Zoe también!, pues Goon tendría el convencimiento de que ésta era la persona a quien Boysie encubría, dada su adoración hacia ella.

Aquel té resultaba en extremo insólito, pero los Pesquisidores pasaron un buen rato. De pronto, cuando la reunión tocaba ya a su fin, oyeron todos una sonora voz procedente del piso superior.

—¿Qué es todo este jaleo? ¿Quién está ahí? ¡Oigo «su» voz, Zoe!

—Sí, aquí estoy —ratificó Zoe, desde la puerta de la sala—. Me he quedado a coser la piel de Boysie. Está toda rasgada. Además,

nos acompañan unos niños que han venido a pedirnos autógrafos. Están tomando una taza de té conmigo y Boysie.

—¡En este caso, dígales que vigilen que Boysie no les eche algún mejunje en el té! —gritó el empresario. Y se volvió a su despacho dando un tremendo portazo.

—Qué sujeto más simpático, ¿eh? —ironizó Larry—. Le hemos visto esta mañana. Es un tipo intratable.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —suspiró Zoe—. Bien, queridos. Será mejor que os vayáis. Quítate la piel, Boysie. Si no, no podré cosértela.

Los Pesquisidores se despidieron, estrechando la mano a Zoe y también a Boysie. Éste parecía muy satisfecho de toda aquella ceremonia, inclinándose cortésmente cada vez que estrechaba una mano.

—He tenido mucho gusto —repitió a cada uno de los chicos—. ¡Un verdadero placer!

Todos fueron en busca de sus bicicletas, estacionadas bajo el cobertizo.

—Qué éxito, ¿no os parece? —exclamó Fatty, complacido—. ¡Hemos tenido suerte de meternos dentro, ver a todos los actores y tomar el té con Zoe y Boysie!

—Sí, y de oír lo versión del gato —convino Larry, sacando su bicicleta al patio—. ¿Tú le crees, Fatty?

—Pues verás —murmuró Fatty—. Por una parte, me consta que Boysie subió aquella taza de té al director; pero, por otra, tengo la impresión de que el pobre muchacho dice la verdad. En mi vida he estado tan perplejo. Tan pronto creo una cosa como otra.

—De lo que no hay ninguna duda es de que Zoe no fue la culpable —intervino Bets, lealmente—. Es demasiado buena para hacer tal cosa.

—Lo mismo creo yo —convino Fatty—. Al igual que «tú», Bets, esa muchacha es incapaz de perpetrar ningún robo. En fin, tendremos que indagar por otro lado. Mañana sin falta comprobaremos todas las demás coartadas.

Así, pues, a la mañana siguiente, los Pesquisidores iniciaron sus investigaciones. Larry y Daisy encamináronse al piso de Mary Adams, con objeto de averiguar lo referente a la apacible Lucy

White. Fatty y Pip recorrieron la orilla del río en busca de «La Torrecilla», a fin de comprobar si William Orr y Peter Watting «habían» estado realmente allí el viernes por la tarde, según afirmaban ambos.

—Y esta tarde, si podemos, comprobaremos lo de John James y el cine, y también lo de Alee Grant —decidió Fatty—. Es cuestión de darse prisa, porque me parece que Goon no tardará en actuar. ¡Si vuelve a importunar al pobre Boysie, le trastornará el «poco» seso que le queda!

Daisy buscó una funda de cojín a medio bordar que nunca se había tomado la molestia de terminar, y envolviendo la labor con los hilos de seda que componían el colorido del bordado, dijo a Larry:

—Vamos. No nos costará trabajo averiguar lo de Lucy White, aunque creo sinceramente que es perder el tiempo comprobar «su» coartada. ¡Parece incapaz de matar una mosca!

Al llegar al edificio donde vivía Mary Adams, subieron la escalera que conducía a su piso y llamaron a la puerta. A poco, apareció la anciana señorita en el marco de la misma.

—¡Vaya, «qué» sorpresa! —exclamó, complacida—. La señorita Daisy «y» el señor Larry. Hace mucho que no os veía. ¡Cómo habéis crecido! Vamos, pasad.

La anciana les condujo a su diminuta salita y, tomando una lata de galletas de chocolate de encima de la repisa de la chimenea, les ofreció una a cada uno. Era una viejecita muy menuda, de cabellos blancos, casi paralizada por el reuma, si bien capaz aún de coser y hacer punto de aguja y otras labores.

—Oiga, Mary —dijo Daisy, abriendo el paquete con la labor—. ¿Podría usted terminarme este cojín antes de Pascua? Quiero regalárselo a mi madre y creo que no me dará tiempo a acabarlo porque le estoy bordando también unos pañuelitos. ¿Cuánto me llevará usted por hacerlo?

—Nada, señorita Daisy, ni un penique —repuso Mary Adams, con expresión radiante—. Será un placer ayudarte, particularmente en algo destinado a tu querida madre. Así podré demostrarte el afecto que te tengo.

—¡«Muchísimas» gracias, Mary! —exclamó Daisy—. Es usted

muy amable. En cuanto se abran nuestros narcisos, le traeré un ramo. Este año están muy atrasados.

—¿Otra galletita? —ofreció Mary, tomando de nuevo la caja de hojalata—. «Os» agradezco mucho la visita. Como he estado enferma, he salido muy poco últimamente. Por eso me da tanta alegría recibir visitas.

¡Por fin surgía la oportunidad que esperaban!

—¿Conoce usted a Lucy White? —inquirió Larry—. Esta tarde nos ha firmado un autógrafo. ¿Es amiga suya, verdad?

—Sí. ¡Qué buena es Lucy! La semana pasada, cuando estuve enferma, vino a verme todas las tardes. Tenía una porción de labores de punto empezadas y esa bondadosa muchacha me ayudó a terminarlas todas.

—¿Vino también el viernes? —preguntó Daisy.

—Pareces ese tal señor Goon —comentó Mary—, que ha venido ya tres veces a interpelarme respecto al viernes por la tarde. Pues, sí. Lucy vino a eso de las seis menos cuarto y estuvimos las dos haciendo media hasta las nueve y media, en que Lucy regresó a su casa. Escuchamos las noticias de las nueve y Lucy preparó un par de tazas de cacao con galletas. ¡Lo pasamos «muy bien» juntas!

Al parecer, la cosa no tenía vuelta de hoja.

—¿No la dejó a usted sola ni un solo momento hasta las nueve y media? —insistió Daisy.

—En absoluto. Ni siquiera salió de la habitación. Allí estuvimos sentadas toda la tarde, tejiendo sin parar, y al día siguiente Lucy tomó todos los encargos que habíamos hecho durante la semana y fue a entregarlos en mi nombre. Es un verdadero ángel.

En aquel momento llamaron al timbre.

—No se moleste, ya iré yo —ofrecióse Daisy, levantándose.

Y al abrir la puerta, ¡encontróse de manos a boca con el señor Goon, colorado como un tomate tras el esfuerzo de subir la escalera hasta el piso de Mary!

—¿Qué «hacéis» aquí? —preguntó el hombre, mirando a Daisy con recelo—. ¿Qué se os ha perdido en esta casa?

—Hemos venido a encargar una labor a Mary —replicó Daisy, muy digna.

—¿De «veras»? —repuso el señor Goon, con incredulidad—.

¿Está en casa Mary Adams?

—Sí, aquí estoy —gritó Mary en tono displicente—. ¿Es usted otra vez, señor Goon? No tengo nada más que decirle. Tenga la bondad de marcharse. ¡No puedo perder el tiempo!

—Sólo deseo formularle otro par de preguntas —gruñó el señor Goon, entrando en la salita.

—¡Teófilo Goon! —exclamó Mary Adams—. ¡Conste que desde su más tierna infancia es usted especialista en formular preguntas capciosas!

El señor Goon resopló coléricamente. Los chicos se despidieron al punto y echaron a correr a la calle, riendo.

—¡Apuesto a que «era» un niño insoportable! —profirió Larry, mientras bajaban la escalera—. Bien, Daisy. Ha sido todo muy fácil.

—Por supuesto. Y convincente. Tanto que Lucy White queda descartada. ¿Qué tal les habrá ido a los demás?

Bets les aguardaba en su casa con «Buster». La pequeña había insistido en ir con Pip y Fatty, pero éste le aconsejó que se quedara con «Buster». Entre tanto los dos muchachos recorrieron la orilla del río, por el mismo camino por donde William Orr y Peter Watting aseguraban haber ido.

Por fin, llegaron a una casa alta y estrecha, con una torrecilla. En el portillo, figuraba el nombre del lugar: «La Torrecilla. Café, sándwiches, bocadillos».

—Bien, ya hemos llegado —dijo Fatty—. Tomaremos café, sándwiches y bocadillos. Estoy muerto de hambre.

Ambos entraron en el establecimiento y se instalaron en una mesa con vistas a un florido jardín. Una muchacha muy menudita acudió a servirles. No aparentaba más de doce años, aunque probablemente tenía muchos más.

—Café para dos, por favor —encargó Fatty—. Y unos sándwiches. ¡Ah! ¡Y algún bocadillo!

—Os traeré una bandeja llena de bocadillos —dijo la muchacha, riendo—. Así podréis elegir a vuestro gusto.

A poco, les sirvió dos tazas de café humeante, un plato de sándwiches de huevo, carne en conserva y berro, y una bandeja colmada de apetitosos bocadillos.

—¡Ajá! —exclamó Fatty, contemplándolo con deleite—.

«Hemos» escogido el sitio ideal para comprobar coartadas. ¡Fíjate en todo esto!

Los chicos se comieron los sándwiches y luego eligieron un bocadillo. Era delicioso.

—Vamos —instó Fatty—, comamos más bocadillos. Hemos andado mucho y tengo un hambre canina. Si luego no como a la hora de almorzar, me «da» lo mismo. ¡Vale la pena! ¡Qué banquetazo!

—¿Pero ya tendrás bastante dinero para pagar, Fatty? —preguntó Larry ansiosamente—. Yo llevo muy poco.

—¡Aquí lo hay a montones! —aseguró el opulento Fatty, haciendo sonar las monedas en sus bolsillos—. Procederemos a comprobar la coartada en cuanto demos cuenta de nuestra comida. ¡Atiza! ¡«Mira» quién está ahí!

¡Era Goon! Entró como si fuera el dueño de la casa y, apenas dio tres pasos, ¡vislumbró la cara de Fatty!

Capítulo XVIII

Más comprobaciones… y unos bocadillos

Inmediatamente, el señor Goon acercóse a la mesa de Fatty.

—Adondequiera que voy —refunfuñó el hombre—, tropiezo con alguno de vosotros. ¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí?

—Pues, sencillamente, tomando un piscolabis —respondió Fatty, cortésmente—. ¿Viene usted también a tomar un bocadillo, señor Goon? Lo malo es que ya quedan muy pocos.

—Calla esa lengua —rugió el señor Goon.

—¿No me ha formulado una pregunta? —repuso Fatty—. Acaba usted de decir…



—¡Sé perfectamente lo que he dicho! —interrumpió el señor Goon—. ¡Estoy hasta la coronilla de vosotros chicos! Voy a casa de Mary Adams y me encuentro con dos de vosotros. Vengo acá y tropiezo con otro par. ¡Y apuesto a que si voy a otro sitio allí estaréis también! Sois una verdadera plaga.

—A mí también me sorprende verle a «usted» tan a menudo, señor Goon —replicó Fatty, en aquel tono afable y cortés que tanto exasperaba al señor Goon—. Es un placer.

El policía se puso colorado de ira, como aquel que está a punto de estallar. Pero al ver entrar en la sala a la pequeña camarera, volvióse pomposamente a preguntarle:

—¿Está tu madre? Quisiera hablar un momento con ella.

—Lo siento, pero no está en casa —contestó la muchacha—. Estoy sola aquí. Si quiere usted aguardar un poco…, no creo que tarde.

—No puedo esperar —repuso el señor Goon, contrariado—. Tengo mucho que hacer. Volveré mañana.

Y al dar media vuelta para marcharse, volvióse a mirar a Fatty, recordando de pronto sus mofletes. Lo curioso era que, al presente, éstos habíanse reducido considerablemente de tamaño.

—¿Qué has hecho para deshincharte las mejillas? —le preguntó el policía, con recelo.

—Pues «me parece» recordar que me hice arrancar todas las muelas —respondió Fatty—. Vamos a ver… Oye, Larry, ¿tú te acuerdas si fui al dentista?

—¡Bah! —gruñó el señor Goon.

En cuanto éste desapareció de la vista, la camarerita echóse a reír sonoramente.

—¡Qué gracioso eres! —dijo a Fatty—. ¿No os parece horrible ese individuo? El otro día vino y nos hizo una serie de preguntas a mi madre y a mí acerca de dos hombres que estuvieron merendando aquí el viernes por la tarde.

—¡Ah, sí! —exclamó Fatty—. ¡Ya los conozco! Son actores, ¿verdad? Tengo sus autógrafos en mi álbum. ¿De modo que estuvieron aquí el viernes? Apuesto a que les gustaron mucho vuestros bocadillos.

—Sí, vinieron el viernes —afirmó la muchacha—. Lo recuerdo porque era el día de mi cumpleaños y Peter Watting me trajo un libro. A las seis y media, justamente cuando acababa de escuchar el programa humorístico que dan por la radio, se presentaron aquí.

—¿A las seis y media? —masculló Fatty—. Bien, ¿y qué hicieron entonces? ¿Comerse todos vuestros bocadillos?

—¡No! —replicó la camarerita—. Sólo tomaron café y sándwiches. Me regalaron el libro, que por cierto es precioso, ya os lo enseñaré, y luego, a las siete, escucharon la sesión de

Radioteatro. Lo malo es que se estropeó la radio y no oímos el final.

—¡Qué lástima! —exclamó Fatty, desilusionado, pues contaba con aquella audición radiofónica para comprobar la hora—. ¿Qué hicisteis entonces?

—Peter Watting entiende mucho de aparatos de radio —explicó la chica— y dijo que intentaría arreglarlo. Mamá le rogó: «Procure tenerlo arreglado a las ocho, porque me gustaría oír el concierto que dan a esa hora».

—¿Y consiguió tenerlo arreglado para entonces? —inquirió Fatty.

—No —repuso la pequeña—. La avería no quedó reparada hasta las ocho y veinte. Mamá tuvo una desilusión. Menos mal que, de todos modos, la radio volvió a funcionar a las ocho y veinte. Entonces, Peter y William se marcharon. Llamaron al barquero y cruzaron el río en barca.

Todo esto resultaba extraordinariamente interesante. De hecho, demostraba que William Orr y Peter Watting no tenían nada que ver con el robo perpetrado en el Pequeño Teatro. De eso no cabía la menor duda. Saltaba a la vista que la camarerita decía la verdad.

—Bien, muchas gracias por esta estupenda comida —le agradeció Fatty—. ¿Cuánto te debo?

La muchacha lanzó un grito.

—¡Cielos! ¡No me acordé de contar vuestros bocadillos!

¿Recordáis cuántos os habéis comido? Mamá me reñirá mucho si se entera de mi distracción.

—Tu obligación es contar lo que sirves —reprendió Fatty—. Es demasiado pedir que lo hagamos nosotros mientras comemos. Oye, Larry, ¿qué te parece? Calculo que son seis bocadillos por cabeza, los sándwiches y el café.

Así era, efectivamente. Fatty pagó la consumición y dio un chelín de propina a la muchacha para que se compara algo con motivo de su reciente cumpleaños. Luego salió del establecimiento con Larry, sintiéndose completamente repleto.

—Tenemos el tiempo justo de ir al cine a ver si logramos averiguar algo de la visita de John James —murmuró Fatty—. ¡Ojalá no hubiese comido tanto! Estoy algo atontado.

Ambos entraron en el pequeño vestíbulo de la sala de

espectáculos. Allí vieron a una muchacha sentada ante una mesa, procediendo a la tarea de marcar inmensas pilas de entradas.

—Buenos días —saludó Fatty—. ¿Po… podría usted decirnos algo del programa de la semana pasada?

—¿Para qué? —repuso la joven con una risita—. ¿Es que pensáis ir? Me parece que ya habéis hecho tarde.

—Mi amigo y yo hemos sostenido una pequeña discusión respecto a este punto —explicó Fatty, improvisando la respuesta, con gran admiración por parte de Larry—. Verá usted, mi amigo cree que el programa era «La abeja» y yo mantengo que fue… «Enrique V».

—No, no —replicó la muchacha, graciosamente—. No era «La abeja», sino «La oveja», y tampoco era «Enrique V», sino «Enrique XV».

Fatty alejóse muy contrariado ante semejante tomadura de pelo. Al salir del vestíbulo, tropezó con alguien que subía los escalones de acceso.

A consecuencia del encontronazo, estuvo a punto de caerse y, para evitarlo, agarróse a la persona con quien acababa de topar. Una voz familiar y muy ronca le gritó al oído:

—¡Eh, suélteme! ¡No hay manera! ¡Adondequiera que voy he de tropezar con alguno de vosotros! ¿Qué hacéis «aquí», si se puede saber?

—¡Querían comprar entradas para el programa de la semana pasada! —gritó la muchacha desde dentro, riendo a carcajadas—. ¿Habráse visto desfachatez? No he tenido inconveniente en mandarlos a paseo.

—Eso conviene —aprobó el señor Goon—. Mandarlos a paseo. ¿Por qué tienen que venir a molestarla con preguntas tontas?

De pronto, cayó en la cuenta de que sin duda Fatty había acudido allí con el mismo propósito que él: la comprobación de una coartada. Y, girando sobre sus talones como un verdadero basilisco, rugió:

—¿Otra vez metiendo las n…?

Pero Fatty y Larry habían desaparecido ya, muy poco dispuestos a perder el tiempo discutiendo con el señor Goon y aquella muchacha.

—¡Qué estúpida! —refunfuñó Fatty, que no solía recibir chascos de aquel calibre en ninguna conversación—. Temo que Goon le sacará muchas más cosas que nosotros.

—Sí, esta vez hemos fracasado —suspiró Larry.

De pronto, el muchacho se detuvo en seco y, dando una puñada a Fatty, exclamó:

—¡Caramba! ¡No se me había ocurrido! Interpelaremos a Kitty, la cocinera de Pip. Un día le oí decir a Bets que va al cine todos los viernes y que no se ha perdido una sesión en nueve años.

—En este caso, apuesto a que se perdió la del viernes pasado por primera vez en todo ese tiempo —refunfuñó Fatty, todavía bajo los efectos de la ironía de la chica del cine—. De todos modos, lo intentaremos.

—¡Menos mal que no es probable que tropecemos con Goon en la cocina de Pip! —profirió Larry.

Al llegar a la casa de Pip, entraron en la cocina. Kitty se alegró de verles, especialmente a Fatty, a quien tenía por un chico muy inteligente.

—¿Podría usted darnos un vaso de agua, Kitty? —rogó Fatty.

—Tomaréis un poco de gaseosa hecha en casa —ofreció Kitty—. ¿Os gustaría también un bocadillo?

La mera mención de esa palabra hizo palidecer al atiborrado Fatty.

—No, muchas gracias —repuso el muchacho—. Acabo de tomar uno, Kitty.

—Pues toma otro —insistió Kitty, sacando de una alacena unos panecillos con salchichas de aspecto muy apetitoso.

—Lo siento, Kitty —masculló Fatty, desechándolos—. Parecen exquisitos, pero he comido demasiado y no me sentarían bien.

Sobrevino una pausa mientras Kitty llenaba dos vasos de gaseosa.

—¿Fue usted al cine la semana pasada? —preguntó Larry—. Creo que suele usted ir siempre, ¿no?

—No me he perdido una sesión en nueve años —declaró Kitty, orgullosamente—. Pues, sí. Fui el viernes, como de costumbre. Por cierto que echaban una película «preciosa».

—¿Cuál era? —inquirió Fatty.

—Bien, llegué a las seis y estaban dando el noticiario. Luego hicieron una película de dibujos que me hizo morir de risa. Por fin, a las seis y media y hasta el final del programa pusieron: «El gran enamorado». ¡Ooooh! ¡«Cuánto» me gustó! Con deciros que hasta me hizo llorar.

—Total que pasó usted una tarde fantástica —concluyó Fatty—. ¿Vio usted a algún conocido?

Kitty reflexionó unos instantes.

—Pues no recuerdo —dijo al fin—. Cuando veo una película, ¡me quedo tan absorta! Fue una lástima que se cortara.

Fatty aguzó los oídos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues verás, Federico —explicó Katty—. ¿Sabes cuando de pronto se interrumpe una película y se ve sólo la pantalla? Supongo que esto ocurre cuando se rompe la cinta o algo por el estilo.

—¿Y pasó muchas veces? —insistió Fatty.

—Nada menos que cuatro —lamentóse Kitty—. En los momentos más emocionantes, ¡cataplum!, se cortaba la película. Todo el mundo se quejaba.

—Lástima —comentó Fatty, levantándose—. Bien, Kitty: muchas gracias por la gaseosa. Le deseo que disfrute usted mucho con la película de «este» viernes.

—¡Ooooh! —exclamó Kitty—. Así lo espero. Se llama «Tres corazones rotos».

—Llorará usted a lágrima viva —presagió Fatty—. Lo pasará divinamente, Kitty. Lástima que estoy tan ocupado que no podré acompañarla y prestarle mi pañuelo.

—¡Qué salado eres! —ensalzó Kitty, complacida.

—Vamos, Larry —dijo Fatty, llevándose a su amigo al exterior de la cocina—. ¡Ya nos hemos enterado de algo importante! ¡Ahora con localizar a John James y averiguar «si» notó las interrupciones de la película, como es lógico, si efectivamente estaba allí, ya tendremos comprobada «otra» coartada!

—Desde luego —convino Larry—. Buena faena, ¿eh? ¿Pero cómo nos las arreglaremos para interpelar a John James? No podemos acercarnos a él y preguntarle: «¿Se fijó usted en las interrupciones de la película que vio usted el viernes, señor

James?».

—Naturalmente que no. ¡Cáscaras! ¡Ya casi es hora de comer! Tendremos que dejarlo para después, Larry. ¿Crees que podrás comer algo? Yo estoy reharto.

—Lo mismo te digo —gruñó Larry—. ¡Pensar que hoy hay cerdo asado y compota de manzana! ¡Qué lástima!

—No «menciones» siquiera lo de cerdo asado —barbotó Fatty con un estremecimiento—. ¿Quién nos mandaba comer tantos bocadillos? Ahora mi madre se extrañará de que no pruebe bocado y es capaz de tomarme la temperatura.

—Y volviendo a lo de John James —murmuró Larry—. ¿Cómo le sonsacaremos? Ni siquiera sabemos dónde encontrarle. Imposible buscarle en el teatro porque esta tarde no hay función.

—Cuando llegue a casa, telefonearé a Zoe para preguntarle si sabe dónde podemos localizarle. Propongo que nos llevemos también a Bets. De lo contrario, creerá que la excluimos del caso.

—De acuerdo —convino Larry—. Hasta la tarde.

Capítulo XIX

John James y el cine

Afortunadamente para Fatty, su madre no estaba en casa a la hora de almorzar, y gracias a ello el chico pudo comer lo mínimo sin que nadie lo advirtiera. Tras estar escasamente cinco minutos en la mesa, fue a telefonear a Zoe, con la esperanza de encontrarla en casa de su hermana, como de costumbre.

No se equivocaba.

—Hola, Zoe —saludó Fatty—. ¿Podría decirme algo? Quisiera hablar con John James. ¿Sabe usted dónde podría encontrarle esta tarde?

—A ver, déjame pensar —dijo Zoe, con su clara y bien timbrada voz—. Me parece recordar que se proponía cruzar el río en barca para ir a merendar a la colina que hay en la otra orilla. Creo que desde la cumbre se domina un hermoso panorama.

—Sí, ya sé. Veré si puedo localizarle allí ¿Sabe usted a qué hora piensa ir?

Zoe lo ignoraba. La joven aprovechó la ocasión para informar a Fatty de que el señor Goon tenía intención de interrogar otra vez al pobre Boysie aquella tarde.

—Y le oí decir que esta vez no piensa aguantar majaderías y que Boysie tendrá que «desembuchar» —agregó Zoe, con indignación—. ¡Qué hombre más malo! ¡Como si pudiera obligar a Boysie a confesar lo que no ha hecho!

Fatty colgó el receptor con expresión enfurruñada. Temía que Boysie «se confesara» autor del robo impulsado por el miedo y la desesperación. ¡Qué sensible sería que el infeliz se acusara de algo que no había hecho en tanto el verdadero culpable quedaba

impune!

Fatty telefoneó a Larry y luego a Pip para comunicarles los planes de John James para aquella tarde.

—Tendremos que ir a comprobar su coartada —añadió—. Y sólo podremos salir de dudas interpelándole a «él» personalmente sobre si fue o no al cine el viernes por la noche. Como hace tan buen día, propongo que nos llevemos todos la merienda para merendar en lo alto de la montaña que hay al otro lado del río. Así mataremos dos pájaros de un tiro: nos divertiremos y haremos unas pocas pesquisas.

Los otros celebraron la ocurrencia.

—Fatty siempre tiene buenas ideas —elogió Bets, encantadísima —. Será una excursión preciosa.

Fatty había encargado a Pip que fuera a interpelar a Kitty una vez más sobre las interrupciones de la película proyectada el viernes por la tarde, con el mero fin de cerciorarse de si había entendido bien lo referente al caso.

—Pregúntale si recuerda «exactamente» cuántas interrupciones hubo, en qué momento fueron y, a ser posible, la «hora» —encomendó Fatty—. Anótalo, Pip. No sea que te olvidaras de algún detalle. Es posible que la cosa sea importante. Según todos los indicios, John James es nuestra única esperanza, pues Alee Grant está casi descartado con su coartada de casi cien personas.

Los muchachos se encontraron en el embarcadero a las tres menos cuarto, cargados con las bolsas de la merienda. Por si fuera poco, Pip llevaba también una manta impermeable.

—Mamá me ha obligado a cogerla —masculló, enojado— con la excusa de que la hierba aún está húmeda. ¡La suerte que tenéis de tener una madre que no se preocupa de esas cosas!

—La mía se mete en otras cosas —repuso Fatty—. Y la de Larry también tiene lo suyo. De todos modos, no importa. ¡No nos vendrá mal sentarnos en una manta!

—¿Sabéis? —intervino Bets, muy seriecita—. Sólo he conocido una o dos madres que no se preocupan de sus hijos, pero estoy segura de que es porque no les importan un bledo. La verdad es que casi prefiero tener una madre entrometida.

—Aquí está la barca —anunció Fatty, al ver al barquero

impulsando los remos—. Ya os pagaré el pasaje. Sólo cuesta dos peniques por cabeza.

Todos subieron a la barca.

—¿Ha llevado ya usted a alguien a la otra orilla esta tarde? —inquirió Fatty.

—Todavía no —repuso el barquero, meneando la cabeza—. Es un poco temprano.

—Eso significa que John James aún no ha cruzado el río —cuchicheó Fatty a sus compañeros—. ¡Eh, «Buster»! ¡Procura no irte de cabeza al agua!

Al llegar a la otra orilla, los chicos atravesaron un campo y ascendieron por la escarpada ladera de una colina hasta la cumbre. Fatty eligió un lugar desde donde se dominara el embarcadero.

—Vigilaremos las salidas del barquero —resolvió—. No sé si reconoceremos a John James desde aquí, pero confío en que sí. Es un tipo muy corpulento.

El sol primaveral era muy cálido. Las velloritas balanceaban sus amarillas corolas bajo el soplo de la brisa. Daba gusto estar en lo alto de la colina. Larry tumbóse sobre el césped y, dando un gran bostezo, masculló:

—¡Ya vigilaréis vosotros a J. J.! Yo voy a echar una siestecita.

Pero apenas llevaba diez minutos durmiendo, Fatty le zarandeó susurrando:

—Despierta, Larry. ¿Crees que es John James el que está en la otra orilla del río, aguardando la barca?

Larry se incorporó. El muchacho tenía muy buena vista. Al punto, fijó los ojos en el embarcadero y, aguzándolos, observó atentamente al desconocido.

—Sí, aseguraría que es él —dijo al fin—. Ojalá venga para acá. Tengo muy pocas ganas de andar echando el bofe tras él.

Afortunadamente, el hombre «era» John James y «se dirigió» hacia aquel punto. Los muchachos le observaron mientras subía a la barca, desembarcaba en la otra orilla del río y echaba a andar por el mismo sendero por ellos recorrido.

—Ahora —propuso Fatty, levantándose— es preferible que andemos un rato por ahí hasta ver dónde se sienta. Entonces, nos instalaremos en algún lugar cercano.

—¿Cómo empezaremos el interrogatorio? —preguntó Pip.

—Yo me encargaré de ello —respondió Fatty—. Entonces, vosotros seguidme el juego y formulad preguntas inocentes. Recoge tu manta, Pip.

Los cinco Pesquisidores y «Buster» corretearon por los alrededores cogiendo velloritas, sin perder de vista a John James, que ascendía muy lentamente por la ladera. Por fin, el actor encontró un rincón resguardado por un arbusto y tendióse cuán largo era con los brazos detrás de la cabeza a fin de poder contemplar el panorama que se extendía a sus pies, hasta la orilla del río.

Fatty acercóse al lugar.

—Aquí estaremos muy bien —gritó a los otros—. Extenderemos la manta sobre el césped.

Y volviéndose cortésmente al hombre que yacía tumbado en el suelo, agregó:

—Supongo que no le molestaremos a usted sentándonos aquí.

—No tengo inconveniente en que lo hagáis mientras no gritéis ni chilléis —murmuró John James—. Aunque no creo que vosotros seáis de esa calaña. Parecéis chicos muy bien educados.

—Confío en que no le defraudaremos —dijo Fatty, haciendo una seña a los demás.

Pip extendió la manta. Por entonces, el hombre habíase incorporado y procedía a encender un cigarrillo. Luego, palpándose todos los bolsillos, dijo a Fatty, frunciendo el entrecejo:

—Supongo que no llevas cerillas. Ahora resulta que me he olvidado las mías en casa.

Afortunadamente, Fatty siempre llevaba encima todo lo imaginable, basándose en el principio de que uno nunca sabe lo que puede necesitar en un momento dado y, en consecuencia, ofreció a John James una caja llena de cerillas.

—Puede usted quedárselas —invitó—. ¡Yo no pienso fumar hasta los veintiuno!

—Eres un buen chico —ensalzó el otro—. Y muy sensato. Gracias, amigo. A propósito, ¿no te he visto ya en otra ocasión?

—Sí —afirmó Fatty—. Ayer estuvimos en el teatro y usted tuvo la amabilidad de firmarnos unos autógrafos.

—¡Ah, sí! ¡Ahora os recuerdo a todos! ¿Habéis venido aquí a merendar?

—Sí, señor, ahora mismo nos proponemos empezar —declaró Fatty, pese a que, en realidad, era temprano.

No obstante, el efecto de los bocadillos comenzaba a disiparse y, además, dejábase sentir la falta de la comida de mediodía. Por consiguiente, Fatty estaba más que dispuesto a merendar.

—¿Gusta usted, señor? Tenemos de sobra.

—Acepto con mucho gusto —accedió John James—. Yo también he traído unos bocadillos. Nos lo repartiremos todo como buenos amigos.

Fue una merienda deliciosa, con abundancia de comida y una buena ración de gaseosa preparada por Kitty. Por espacio de unos minutos, Fatty y sus amigos charlaron de cosas triviales.

Por fin, Fatty procedió a su «investigación». Para empezar, preguntó a Larry:

—¿Qué hacen en el cine esta semana, Larry?

Y al oír la contestación de éste, replicó:

—¡No, hombre! ¡Ése era el programa de la semana pasada!

—Os equivocáis —apresuróse a replicar John James—. A principios de semana, hicieron «Ahí va», y a finales «El gran enamorado», las dos unos tostones de solemnidad.

—¿De veras? —exclamó Fatty—. Me dijeron que «El gran enamorado» estaba muy bien. Pero no la he visto. ¿Y usted?

—Sí, la vi el viernes —asintió John James—. Al menos, «debiera haberla visto», pero era tan aburrida que me quedé dormido durante casi toda la proyección.

Esta declaración desilusionó grandemente a todos los Pesquisidores. Si de veras había estado durmiendo todo el tiempo, a buen seguro no habría reparado en las interrupciones de la película… ¡y se quedarían sin poder comprobar su coartada!

—¡Supongo que no roncó usted! —exclamó Fatty—. De lo contrario, apuesto a que sus vecinos de butaca le hubieran despertado.

—Me desperté varias veces —manifestó John James—. Sin duda, la cosa fue debida a que la gente hablaba de cuando en cuando en tono airado. No sé exactamente lo que pasó. Me figuro que la cinta

se rompió inesperadamente, como sucede algunas veces, y eso impacientó al público. Pero yo no tardé en dormirme otra vez.

—¡Qué contrariedad que le despierten a uno así! —rióse Fatty—. Confío en que no le importunaron «muchas» veces.

—Pues verás —contestó John James, reflexionando—, me parece recordar que aquella condenada película se estropeó por lo menos cuatro veces. Consulté el reloj de la sala en una o dos ocasiones. Una vez me desperté a las siete menos cuarto, y otra a las siete y diez. Recuerdo que, al despertar, me pregunté dónde diablos me encontraba. ¡Pensé que estaba en casa durmiendo en mi propia cama!

—¡Vaya tarde más aburrida! —comentó Fatty, observando que Pip se sacaba del bolsillo la libreta para comprobar las horas.

En efecto, del cabezazo de Pip, Fatty infirió que la coartada de John James era conforme. No cabía la menor duda de que el actor había pasado la tarde en el cine, despertándose cada vez que se rompía la cinta a consecuencia del bullicio de los impacientes espectadores.

—Sí, fue un latazo —suspiró John James—. Pero al menos aproveché el tiempo a mi manera. Tomad un poco de mi tarta de cereza. No hagáis cumplidos. Hay mucha.

La conversación derivó en el robo del teatro.

—¿Quién cree «usted» que lo perpetró? —le preguntó Fatty.

—No tengo idea —contestó John James—. Ni la más pequeña idea. Boysie, no, desde luego. Estoy seguro de ello. No tiene ni inteligencia ni valor para una cosa así. Es un muchacho inofensivo. Adora a Zoe… y no me sorprende. Ella es muy buena con él.

Tras charlar un rato más, Fatty se levantó y, sacudiéndose las migas, murmuró:

—Bien, gracias por permitirnos merendar con usted, señor James. Ahora tenemos que irnos. ¿Viene usted también a casa?

—No —repuso John James—. Me quedaré aquí un rato más. Se prepara una magnífica puesta de sol.

Los Pesquisidores emprendieron el descenso de la ladera, con «Buster» cabriolando a su alrededor. Una vez a prudente distancia, Fatty declaró:

—Bien, según esto John James queda descartado de nuestra lista

de sospechosos. Su coartada es de primera clase. No cabe duda de que estaba en el cine el viernes por la tarde. ¡Caracoles! ¡Qué caso más misterioso! ¡Estoy desorientado!

—¡No digas «eso», Fatty! —protestó Bets, sorprendida de oírle hablar así—. ¡Es «imposible» que tú estés desorientado! ¿Cómo vas a estarlo con ese talentazo que tienes, Fatty?

Capítulo XX

Derrota… y una corazonada

Aquella noche, Fatty se devanó los sesos inútilmente. Por más que reflexionaba, no entreveía ninguna solución al misterio. Tenía la certeza de que Boysie no era el ladrón, como asimismo de que Zoe, cuya coartada resultaba un tanto endeble, tampoco estaba complicada en el asunto. Todos los demás sospechosos contaban con coartadas incontestables. Faltaba aún comprobar la de Alee Grant, pero Fatty había visto en un periódico local una gacetilla sobre la actuación de Alee del viernes por la tarde en Sheepridge.

—La información aparecida en el diario es una coartada totalmente satisfactoria —dijo Fatty a los demás—. No hace falta que nos preocupemos en lo más mínimo de Alee. ¿Pero «quién» es el culpable? ¿Quién perpetró el robo?

Desesperado, el chico acudió a hablar con el agente Pippin a última hora de aquella misma tarde. Le encontró paseando por el pequeño jardín trasero de Goon, con una pipa en los labios. El joven policía mostróse encantado de ver a Fatty.

—¿Alguna novedad? —inquirió el muchacho—. Supongo que Goon no está en casa.

—No, gracias a Dios —exclamó Pippin en tono vehemente—. Me ha estado regañando todo el día por esto o por lo otro. Se pasa las horas yendo y viniendo en su bicicleta y no me da un momento de respiro. Ahora ha ido a interpelar a Boysie otra vez. Me temo que le inducirá a una confesión falsa a fuerza de asustarle.

—Yo también abrigo esos temores —gruñó Fatty—. ¿Qué hay de Zoe? ¿Supone Goon que la muchacha está complicada en el asunto?

—Casi lo aseguraría —suspiró Pippin—. El señor Goon tiene en

su poder aquel pañuelo con la inicial «Z» y, naturalmente, lo considera una de sus mejores pruebas.

—¡Pero eso es una perfecta tontería! —protestó Fatty—. ¡Es posible que ese pañuelo llevase días en el pórtico! No prueba en absoluto que Zoe estuviese allí aquella tarde.

—Goon opina lo contrario —repuso Pippin—. Al parecer, ha averiguado que la asistenta barrió el pórtico el viernes a las cuatro de la tarde. De donde se deduce que el pañuelo cayó allí después de esa hora.

Fatty mordióse los labios, con expresión enfurruñada. Aquello era una mala noticia. No contaba con semejante contratiempo. ¡Pues «claro» que Goon sospechaba que Zoe había acudido al pórtico aquella tarde y luego entrado en el teatro con la complicidad de Boysie! ¿Cómo no iba a sospecharlo después de encontrar allí un pañuelo con la inicial «Z», según todos los indicios perdido después de las cuatro? Era una prueba fehaciente.

—Lo que más enoja a Goon es que Zoe insiste en negar que el pañuelo sea de su pertenencia —explicó Pippin—. Asegura que nunca lo ha visto. Es una lástima que tenga una inicial tan poco común.

—Desde luego —gruñó el pobre Fatty, sintiéndose cada vez más inclinado a confesar su intervención en el asunto.

Al fin y al cabo, era él el que había dejado el pañuelo y todas las demás «pistas» en el pórtico. En fin, si Goon arrestaba a Zoe y a Boysie, no «tendría» más remedio que confesarlo.

—Oiga, Pippin —dijo el chico, volviéndose al joven—. Si por casualidad se entera usted de algo importante, como por ejemplo que Goon procede a una detención o arranca una falsa confesión al pobre Boysie, no se olvide de telefonearme.

—De acuerdo —convino Pippin, con un ademán de asentimiento —. ¿Y «tú», qué indagaciones has hecho para desentrañar el misterio? ¡Apuesto a que no has estado ocioso!

Fatty le contó la comprobación de todas las coartadas y la conformidad de todas ellas, excepto la de Zoe. Estaba realmente preocupado. ¡Sería horrible que Goon no diera con la verdadera solución del misterio y detuviese a gente inocente! Lo malo era que Fatty no entreveía ninguna salida.

El chico regresó a su casa muy deprimido, cosa insólita en él. Larry le telefoneó al anochecer para preguntarle el resultado de su entrevista con Pippin.

Fatty le puso al corriente. Larry escuchó en silencio. Por fin preguntó:

—¿Y ahora qué haremos?

Por vez primera en la vida, Fatty estaba completamente desorientado. No se le ocurría nada en absoluto.

—No sé qué partido tomar —confesó, vencido—. Estoy francamente desconcertado. ¡Qué colección de inútiles somos! Si no progresamos un poco, tendremos que disolver nuestra asociación de Pesquisidores.

—Ven mañana a las diez y celebraremos una entrevista —animóle Larry—. Todos discurriremos lo que podamos y revisaremos «todos» los detalles sin excepción. Estoy seguro de que se nos ha escapado algo. No hay misterio sin solución, Fatty. ¡Ánimo! ¡Verás cómo damos con ella!

Pero al día siguiente, antes de las diez, sonó el teléfono y Pippin dio una malísima noticia al atribulado Fatty.

—¿Eres tú? Sólo dispongo de un minuto. ¡El señor Goon ha arrancado una confesión a Boysie! ¡Y Zoe también está complicada en el asunto! Al parecer, Boysie ha manifestado que él y Zoe maquinaron la cosa juntos. Dejó entrar a Zoe por la puerta del pórtico, ambos prepararon el té y Boysie subió la taza con la droga al empresario. Después, cuando éste se quedó dormido, Zoe subió a desvalijar la caja fuerte. Parece ser que la muchacha sabía dónde estaba la llave y todos los detalles.

Fatty le escuchaba, horrorizado.

—¡Pero, Pippin, «Pippin»! ¡Ni Boysie ni Zoe hubiesen sido capaces de cometer semejante fechoría! Goon ha «obligado» a confesar a un pobre diablo que no está en sus cabales ni sabe lo que dice.

Sobrevino un silencio.

—Bien, en realidad yo también me inclino por tu opinión —convino Pippin—. De hecho, bien, no sé si debiera decírtelo, pero ahí va: a juzgar por sus explicaciones, casi aseguraría que Goon indujo al infeliz Boysie a esa confesión falsa. Pero, como puedes

comprender, yo no puedo hacer nada. No puedo ir contra Goon. Tú eres el único que puede actuar. El inspector Jenks es un «gran» amigo tuyo. ¿No daría crédito a tus palabras si le dijeras que crees que Goon está equivocado?

—Lo malo es que no tengo ninguna «prueba» —lamentóse Fatty —. En cambio, si «supiese» quién fue el ladrón y pudiese demostrar su identidad con las consabidas pruebas, el inspector no vacilaría en escucharme. Iré a ver a mis amigos por si se les ocurre alguna idea. En caso contrario, no tendré más remedio que llegarme al pueblo vecino a ver al inspector.

—Me parece muy bien… —empezó Pippin.

Pero, casi sin transición, Fatty comprendió que su comunicante había colgado el receptor.

El muchacho sentóse junto al teléfono recapacitando sobre lo que acababa de escuchar. ¡Pobre Zoe! ¡Pobre Boysie! ¿Qué hacer para ayudarles?

A poco, Fatty dirigióse a casa de Pip en su bicicleta. Sus cuatro amigos le aguardaban allí, con expresión sombría, que se intensificó cuando Fatty les contó lo que Pippin acababa de comunicarle.

—Todo esto es muy serio —comentó Larry—. Mucho más serio que los otros misterios con que nos hemos enfrentado. ¿Qué te parece que hagamos, Fatty?

—Propongo que repasemos la lista de los sospechosos y sus coartadas, y que revisemos todo lo que sabemos —respondió Fatty, sacándose su libreta—. Aquí está todo anotado. Escuchadme atentamente mientras leo y procurad «pensar» algo. Como dice Larry, a buen seguro se nos ha pasado algo por alto, alguna pista o prueba reveladoras susceptibles de ayudarnos. Probablemente la explicación está claramente a la vista y nosotros no acertamos a verla.

El chico procedió a leer sus notas: la lista de sospechosos, las coartadas por ellos aducidas, la comprobación de todas éstas, la declaración de Boysie en la tarde del robo, la del empresario, la antipatía de todos los actores por su director y los naturales deseos de venganza que éstos acariciaban contra él. Fatty leyólo todo en voz alta, clara y pausada, en tanto los Pesquisidores escuchaban atentamente. Hasta «Buster» permanecía quietecito con las orejas

muy tiesas.

Cuando Fatty dio fin a su lectura, sobrevino una larga pausa.

—¿Alguna sugerencia? —inquirió al fin el jefe de la pandilla, sin grandes esperanzas.

Los otros menearon la cabeza negativamente.

—¡Vencidos! —exclamó Fatty, amargamente, cerrando su libreta con un chasquido—. ¡Derrotados! Todo cuanto «sabemos» es que, de los siete sospechosos, los dos únicos que «podrían» haberlo hecho son inocentes. Nos consta que ambos son incapaces de semejante mala acción. Y que los que realmente «pudieran» ser culpables, tienen todos coartadas de primera clase. ¿Cómo es «posible» que el gato pantomímico llevase a cabo una fechoría tan contraria a su modo de ser?

—Casi que le dan a uno ganas de pensar que a lo mejor fue otra persona revestida con la piel de Boysie —aventuró Bets.

Todos se rieron despectivamente al oír el comentario de la pequeña.

—¡Boba! —exclamó Pip.

La pobre Bets se puso como la grana.

Más he ahí que, de pronto, Fatty pareció perder el juicio. Mirando a Bets con ojos vidriosos y desencajados, le dio una fuerte palmada en el hombro. Luego, levantándose, se puso a bailotear ridículamente por la habitación, como si estuviera en el séptimo cielo del gozo y la felicidad.

—¡Bets! —exclamó, deteniéndose, al fin—. ¡«Bets»! ¡Buena, lista y ocurrente pequeña Bets! ¡Tú lo has desentrañado, tú lo has descubierto! ¡Oh, Bets! ¡Mereces ser la jefa de los Pesquisidores! ¡Pero, Bets! ¿Por qué diablos no se me habrá ocurrido antes?

Sus compañeros le miraban como si se hubiese vuelto loco.

—Vamos, Fatty, no seas pollino —gruñó Pip, contrariado—. Dinos de una vez a qué viene todo esto. ¿Qué es lo que ha descubierto Bets con tanta sagacidad? ¡Yo no lo veo por ninguna parte!

—Ni yo tampoco —coreó Larry—. Siéntate, Fatty, y explícate de una vez.

Fatty obedeció, con expresión radiante, y rodeando a la sorprendida Bets con el brazo, la oprimió cariñosamente.

—¡Nuestra querida pequeña Bets acaba de salvar a Boysie y a Zoe! ¡Qué talento tiene!

—¡Vamos, «Fatty»! —exclamó Pip, exasperado, casi a voz en grito—. ¡Acaba de una vez y cuéntanos lo que piensas!

—Está bien —accedió Fatty—. Habéis oído lo que ha dicho la pequeña Bets, ¿no es eso? Ha dicho: «Casi que le dan a uno ganas de pensar que a lo mejor fue otra persona revestida con la piel de Boysie». Y ahora yo os pregunto: ¿No veis que estas palabras son la solución? ¿Todavía no os dais cuenta, so alcornoques?

—Empiezo a comprenderlo —murmuró Larry, pausadamente—. Pero no cabe duda que tú lo comprendes «todo», Fatty. Vamos, explícate.

—Atended, muchachos —empezó Fatty—. Boysie asegura que él no llevó el té al empresario, ¿no es eso? Sin embargo, el empresario «sostiene» lo contrario. ¿Y por qué lo sostiene? Porque, según dice, Boysie llevaba puesta la piel de gato. De acuerdo. Ahora bien. Quienquiera que sirvió el té era evidentemente el gato pantomímico, pero como el director no vio quién se ocultaba «bajo» la piel, ¿cómo sabe que era Boysie?

Los otros le escuchaban mudos de asombro.

—¡Y se da el caso de que «no era» Boysie! —concluyó Fatty, triunfalmente—. Permitirme exponer lo que, en «mi» opinión, sucedió aquella tarde, ahora que Bets me ha abierto los ojos.

—¡Sí, continúa, dínoslo! —instó Pip, excitándose como si él también empezase a comprender.

—Bien, amigos —dijo Fatty—. Como todos sabemos, los actores partieron del teatro a las cinco y media. De hecho, nosotros fuimos testigos de ello. Tan sólo Boysie se quedó en el teatro, puesto que vive allí. Y el empresario estaba arriba, en su despacho.

»Ahora bien. Uno de los miembros de la compañía, resentido por algo con el empresario, se propuso darle su merecido. Y aquella noche, después de “nuestro” regreso a casa tras la colocación de las falsas pistas en el pórtico, esa persona regresó al teatro, se coló dentro clandestinamente, de hecho si Boysie le hubiese visto lo habría confesado, y se escondió hasta que Boysie empezó a preparar el té, sabedor de que éste siempre subía una taza al empresario.

»Una vez hecho el té, Boysie sirvióse una taza, pero no lo bebió

en seguida porque estaba muy caliente. Prefirió aguardar a que se enfriase un poco. Entonces, la persona que estaba escondida, salió de su escondrijo y echó una dosis de somnífero en la taza de Boysie.

»Éste se la bebió y, sintiéndose al punto amodorrado, se fue a dormir un rato junto a la estufa eléctrica, instalada en la habitación que da al pórtico. Entonces, el intruso, asegurándose de que Boysie estaba narcotizado y de que, por tanto, no se despertaría, le despojó de su piel de gato…».

—¡Y se la puso él encima! —exclamaron los otros, todos a una —. ¡Oh, «Fatty»!

—Eso es. Se la puso y, tras preparar una taza de té para el empresario y echarle el somnífero, ¡subió a llevársela! ¿Cómo iba a suponer el director que se trataba de otra persona? ¿No es «lógico» que pensara que era Boysie con su piel de gato pantomímico?

—Naturalmente —convino Daisy—. Luego, el ladrón esperó que se durmiera el empresario bajo los efectos de la droga y, acto seguido, ¡perpetró el robo!

—Ni más ni menos —asintió Fatty—. Retiró el espejo, buscó la llave en la cartera del director, marcó la combinación para abrir la caja fuerte y la desvalijó. Luego volvió abajo y, tras revestir de nuevo al dormido Boysie con la piel gatuna, largóse con el mismo sigilo con que había venido… ¡con el dinero en el bolsillo!

«Sabía que cuando se encontrasen vestigios de un somnífero en la taza, la primera pregunta que se formularía la policía sería la siguiente: "¿Quién subió la taza de té al empresario?". Y la respuesta a esto, absolutamente falsa, como hemos visto, no podía ser otra más que Boysie».

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets, radiante de felicidad—. ¡Qué maravilloso! ¡Hemos desentrañado el misterio!

—Todavía no —replicaron Larry y Pip, los dos a una.

—¡Qué «sí»! —protestó Bets, indignada.

—Un momento, Bets —terció Fatty—. No te precipites. Sabemos cómo fue la cosa, pero ahora el «verdadero» misterio es el siguiente: ¿«Quién se ocultaba bajo la piel del gato pantomímico»?

Capítulo XXI

Comprobación de la última coartada

Todos eran presa de terrible excitación.

—¡Has dado en el clavo, Bets! —reconoció Larry, dándole una cariñosa palmada en la espalda—. ¡Tú observación ha sido francamente ingeniosa!

—Yo no diría tanto —repuso Bets, modestamente—. En realidad, lo dije sin pensar.

—Ya os «advertí» que seguramente la explicación era evidente y nosotros no acertábamos a verla —recordó Fatty—. Y no me equivocaba. Ahora es cuestión de averiguar quién se ocultaba debajo de la piel.

Todos reflexionaron.

—¿Pero qué adelantaremos con esto? —profirió Pip, al fin—. Si, por ejemplo, decimos «John James», no sacaremos nada en limpio, porque, en realidad, hemos comprobado su coartada y descubierto que es perfecta.

—Dejémonos de coartadas —replicó Fatty—. Una vez decidamos qué persona se ocultaba bajo la piel gatuna, revisaremos su coartada y lo que es más: ¡descubriremos que es falsa! No cabe otra explicación. Vamos, recapacitad, ¿quién estaba dentro de la piel de gato?

—John James, no, desde luego —opinó Daisy—. Es demasiado alto y grueso.

—De acuerdo —convino Fatty—. Ha de ser una persona menuda. Boysie es muy bajito y delgado y, por tanto, sólo pudo revestirse con su piel una persona de su pequeñísima talla.

Todos repasaron mentalmente los miembros del elenco. De

pronto, Larry gritó, dando una patada en el suelo:

—¡Alee Grant! Es el más bajito de la compañía… muy pulcro, vivaracho y delgadito, ¿os acordáis?

—¡Sí! —exclamó Fatty—. Los demás son «todos» demasiado robustos, incluso las dos muchachas, muy altas para caber en la piel. Alee Grant es el único miembro de la compañía que pudo ponérsela.

—¡«Y» la reventó! —profirió Daisy de repente—. ¿Recuerdas, Fatty, que Boysie rogó a Zoe que se la cosiera y que ésta, al ver las rasgaduras, comentó que sin duda el pobrecillo estaba engordando? ¡Pues no era verdad! ¡Alguien más grueso que él se puso la piel y reventó las costuras!

—¡Cáscaras, tienes razón! —masculló Fatty—. ¿Es posible que se nos haya pasado por alto un indicio tan evidente como éste? Lo malo es que «Alee Grant» tiene la mejor coartada de todas.

—En efecto —suspiró Larry—. Va a ser muy difícil rebatirlas. Es más, casi lo considero imposible.

—Nada, nada es imposible —repuso Fatty—. Alee Grant no pudo estar en dos sitios a la vez. De modo que, si el viernes por la tarde se hallaba en el Pequeño Teatro revestido con la piel del Gato Pantomímico, «no» es posible que estuviera al mismo tiempo dando un recital de canciones en Sheepridge. ¡Eso es indudable!

—¿Qué raro, verdad? —comentó Larry—. ¡La única coartada que no hemos comprobado!

—Sí —refunfuñó Fatty—. Eso que «advertí» que un buen detective debe comprobarlo todo, prescindiendo de si lo considera necesario o no. Sin duda, estoy perdiendo facultades. ¡Considero que esta vez he quedado muy mal!

—Nada de eso, Fatty —consolóle Bets—. Al fin y al cabo fuiste tú el que comprendiste que mi observación, que en realidad fue sólo una broma, era la verdadera clave del misterio. Ni yo, ni los demás, caímos en la cuenta de ello.

—¿Cómo vamos a rebatir la coartada de Alee Gran? —inquirió Larry—. Ea, no divaguemos y vayamos al grano. Opino que no disponemos de mucho tiempo, máxime teniendo en cuenta que Goon ha arrancado una falsa confesión al pobre Boysie. De un momento a otro se pondrá en contacto con el inspector y procederá

a una detención, mejor dicho, a dos detenciones, la de Boysie y la de Zoe.

—¿Alguno de vosotros tiene amigos en Sheepridge? —preguntó Fatty bruscamente.

—Yo tengo un primo allí —respondió Larry—. Ya lo conoces, Freddie Wilson. ¿Por qué?

—Bien, a lo mejor fue al recital de Alee —murmuró Fatty—. Telefonéale, Larry, y pregúntaselo. Es preciso que averigüemos algo relativo a esa actuación.

—«Freddie» no es capaz de ir a ver a un hombre haciendo de mujer —repuso Larry desdeñosamente.

—De todos modos, telefonéale —insistió Fatty—. Pregúntale si sabe algo del asunto.

Larry obedeció, algo a regañadientes. Temía que Freddie se mofara de su pregunta.

Pero Freddie no estaba en casa y, en su lugar, atendió la llamada su hermana Julia, una jovencita de dieciocho años. ¡Y lo cierto es que la muchacha les deparó una fantástica racha de buena suerte!

—No, Larry —replicó—. Freddie no fue a la función. Ya sabes que «nunca» pone los pies en un concierto, sea de la clase que sea. Pero yo fui con mamá. Alee Grant estuvo francamente maravilloso. Nadie hubiera dicho que era un hombre. Después de la función, fui a pedirle un autógrafo.

—Aguarda un momento, Julia —rogó Larry.

Y, dejando en espera el receptor telefónico, el muchacho fue a informar a Fatty de lo que acababa de contarle su prima.

—¿Qué tiene su «autógrafo»? —farfulló Fatty, pegando un brinco—. ¡Atiza! ¡Qué suerte más colosal! ¿Pero no recuerdas, so mastuerzo, que «todos nosotros» tenemos también su autógrafo? ¡Me gustaría ver el que obtuvo «Julia»! ¿Qué os jugáis que es diferente de los «nuestros»?

—¡Pero, Fatty! —objetó Larry—. Julia asegura que Alee Grant estuvo allí, dando el recital.

Sin hacerle el menor caso, Fatty precipitóse al teléfono, seguido de «Buster», tan excitado como su amo ante el presentimiento de que ocurría algo importante.

—¡Julia! Aquí Federico Trotteville. Escucha, ¿«podría» ir a verte

en el próximo autobús? Es muy importante. ¿Estarás en casa?

—¡Por Dios, Federico! —exclamó Julia, riéndose al oír la apremiante voz de Fatty—. ¡Parece que estés en plena aclaración de un misterio! Pues, sí. Puedes venir, si quieres. ¡Me interesa extraordinariamente el motivo de tu visita!

Tras colgar el receptor, Fatty corrió a reunirse de nuevo con los demás.

—¡Me voy a Sheepridge! —anunció—. ¿Quiere venir alguien?

—¡«Naturalmente»! —exclamaron los chicos, todos a una.

¡Cualquiera se quedaba en casa cuando las cosas se ponían tan emocionantes! ¡Quiá! ¡Todos ansiaban participar del final de la aventura!

Llegaron a Sheepridge una hora después e inmediatamente encamináronse a casa de Julia. Ésta les aguardaba, alborozada, y no pudo menos de sonreírse al verles llegar a los cinco en comisión.

—Atiende, Julia —empezó Fatty—. Ahora no puedo entretenerme en contártelo todo. Representaría una pérdida de tiempo. Sólo te diré que sentimos mucha curiosidad por lo de Alee Grant. ¿Dices que de veras actuó en el concierto? ¿Le habías visto en otras ocasiones y le reconociste en seguida?

—En efecto —asintió Julia—. Le reconocí en el acto.

Fatty quedóse un poco desconcertado. En realidad, esperaba que Julia dijese que no le había reconocido, con lo cual hubiera cabido la posibilidad de probar que alguien había suplantado la personalidad de Alee.

—¿Tienes a mano tu álbum de autógrafos con su firma? —inquirió el muchacho.

Julia fue a por él. Todos los Pesquisidores llevaban el suyo consigo, y Fatty comparó silenciosamente las cinco firmas de sus álbumes con la que figuraba en el de Julia. ¡Esta última era completamente diferente!

—¡Fijaos! —exclamó Fatty, señalando las diversas firmas—. Los autógrafos que nos firmó a nosotros son garabatos ilegibles, mientras que el que escribió para Julia es perfectamente claro y legible. ¡Salta a la vista que «no fue» Alee Grant el que lo firmó!

—Me figuro que ahora saldrás con que fue su hermana gemela —profirió Julia con una sonrisa.

Fatty se la quedó mirando como si no diera crédito a sus oídos.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó casi a voz en grito—. ¿«Una hermana gemela»? Por amor de Dios, Julia. Supongo que no pretendes insinuar que Alee tiene una hermana gemela de verdad.

—¡Pues claro que la tiene! —corroboró Julia—. ¿Qué «es» todo este misterio? He visto a su hermana con mis propios ojos. Es exactamente igual que él, menudita y pulcra. No vive aquí, sino en Marlow.

Fatty exhaló un profundo suspiro.

—¿Por qué no se me ocurriría pensar en dos hermanos mellizos? —barbotó—. ¡Pues claro! ¡Ésa era la «única» solución! Alee encargó a su hermana que le sustituyese en la función. ¿Es también buena actriz la hermanita, Julia?

—Los dos se dedican al teatro —respondió Julia—. No obstante, Alee pasa por mucho mejor cómico que Nora, su hermana. A decir verdad, el viernes pasado Alee no me pareció tan bueno como de costumbre. Además, tenía un tremendo resfriado y constantemente se interrumpía para toser.

Al oír esto, los Pesquisidores cambiaron miradas entre sí. ¡Cáspita! ¿Quién hablaba de toses y resfriados? Alee estaba perfectamente normal el lunes por la tarde cuando le oyeron cantar, sin el menor síntoma de tos o resfriado. ¡La cosa ya no podía ser más sospechosa!

—¿Podemos llevarnos este álbum unas horas? —preguntó Fatty —. Te lo devolveré cuanto antes. Muchísimas gracias por recibirnos. Nos has prestado una gran ayuda.

—¿De veras? —exclamó Julia sorprendida—. Todo esto se me antoja muy misterioso.

—«Era» misterioso —repuso Fatty, dirigiéndose a la salida—. Muy misterioso. Pero ahora lo veo todo claro, aunque reconozco que ha sido por chiripa.

Los Cinco Pesquisidores se alejaron con «Buster», excitados y locuaces.

—Ahora ya sabemos a qué atenernos —comentó Fatty, alegremente—. ¡Gracias a Bets! Lo cierto, Bets, es que no habríamos salido de dudas si tú no hubieses hecho aquel inesperado comentario. ¡Fue una corazonada!

Al llegar a Peterswood, habían decidido ya su plan de acción. En primer lugar, irían a ver a Pippin para informarle de cuanto sabían, pues Fatty opinaba que tenían la obligación de ponerle al corriente. De esta suerte, si lo deseaba, el joven policía podría detener a Alee Gran. ¡Qué fracaso para Goon!

Pero a su llegada a casa de Goon, los Pesquisidores tuvieron un sobresalto. Pippin estaba allí solo, con expresión triste y sombría.



—¡Malas noticias, amigo Federico! —exclamó el agente, al ver a Fatty—. Llevo una hora tratando de telefonearte. El señor Goon ha detenido a Boysie y a Zoe, y los pobres están francamente desesperados. Temo que Boysie pierda definitivamente la razón con todo esto.

—¿Dónde están? —inquirió Fatty, consternado.

—Goon se los ha llevado a ver al inspector —respondió Pippin —. ¿Pero qué «te» pasa? ¡Estás temblando!

—Y que lo diga —farfulló Fatty, sentándose bruscamente—. Atienda, Pippin. Escuche con mucha atención lo que voy a decirle. Y luego aconséjenos lo que debemos hacer. Prepárese a recibir varias sorpresas. ¡Y ahora… escuche esto!

Capítulo XXII

¡Una sorpresa para el inspector!

Pippin escuchó el relato de Fatty, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas. Al oír lo de las pistas falsas, su semblante se enfurruñó. Supo luego todas las gestiones de los muchachos, desde el interrogatorio de los sospechosos con la excusa de pedir sus autógrafos, hasta el té con Boysie y Zoe, la comprobación de las coartadas, y la genial ocurrencia de Bets, gracias a la cual Fatty había podido ponerse sobre la verdadera pista.

Después, los chicos exhibieron los álbumes de autógrafos para proceder a las comparaciones de rigor, al tiempo que daban cuenta de su visita a Sheepridge. Salió a relucir, la hermana gemela, y el agente Pippin se rascó la frente, aturdido, mientras Fatty presentaba las múltiples piezas del rompecabezas que, debidamente encajadas, daban una clarísima solución del misterio.

—¡Bien! —masculló el pobre Pippin—. ¡No sé qué pensar! ¡Me habéis dejado patitieso! No cabe duda que Goon se ha equivocado por todo lo alto. Salta a la vista que el culpable es Alee Grant.

—¿Según eso, puede usted detenerle y llevárselo al inspector? —interrogó Fatty.

—No, de ninguna manera —replicó Pippin—. No bastan tus declaraciones. Pero te diré lo que «podemos» hacer. Puedo ir a buscarle so pretexto de someterle a un interrogatorio y entonces llevarle al inspector y enfrentarle con todo cuanto acabáis de contarme.

—¡«Magnífico»! —celebró Fatty—. Es una buena idea. ¿Podemos ir nosotros también?

—Debéis hacerlo sin falta —afirmó Pippin—. ¡Vive Dios! ¡No

quisiera ver la cara que pondrá el inspector cuando se entere de lo de vuestras pistas falsas! Menos mal que habéis desentrañado el misterio. Quiera Dios que esto subsane la travesura en que incurristeis primero.

Pippin hablaba con voz severa, pero sus ojos centelleaban de regocijo.

—En realidad, personalmente no puedo enojarme con vosotros —manifestó el joven—. Gracias a vuestras pistas, descubrí el robo al poco rato de perpetrado. Y ahora, para colmo, parece ser que podré poner a Goon en evidencia. ¡Lo tiene bien merecido por intimidar a ese pobre infeliz y obligarle a hacer una falsa confesión!

Durante la mañana, la excitación fue constantemente en aumento. Pippin acudió a buscar a Alee Grant al teatro, donde el actor estaba ensayando con los demás, por cierto muy alarmado con lo de la detención de Zoe. Alee mostróse algo airado, simulando no tener la menor idea de por qué Pippin deseaba interpelarle.

Su sorpresa no tuvo límites al ver a todos los chicos apretujados en el enorme coche alquilado por Pippin para llevarles a ver al inspector. Pero nadie le dio explicaciones. Los muchachos apartaban la vista de su persona. ¿Cómo era posible que aquel desalmado ladrón «pudiese» consentir que Zoe y Boysie pagasen las consecuencias de su fechoría?

Antes de partir, Pippin telefoneó al inspector.

—¿Es usted, jefe? Aquí, Pippin. Se trata del robo del Pequeño Teatro. Creo que el señor Goon le ha llevado a usted dos detenidos. ¿Podría usted suspender un momento los interrogatorios y los trámites? Tengo nuevas pruebas, señor. Es muy importante. Voy a traerle a un tal Alee Grant para que proceda usted a interpelarle. Además, señor, me acompañarán… cinco… cinco muchachos.

—¿«Cómo» dice? —exclamó el inspector Jenks, convencido de que no había oído bien—. ¿Cinco «qué»?

—«Muchachos», señor —repitió Pippin—. Precisamente, me habló usted de ellos antes de mi venida acá. Uno se llama Federico Trotteville.

—¿«De veras»? ¡Qué interesante! ¿De modo que Federico ha estado trabajando también en este caso? ¿Sabe usted a qué conclusiones ha llegado, Pippin?

—Sí, señor —asintió Pippin—. Lo sé todo. Como el… el señor Goon no quiso que trabajase con él en este caso, yo… yo…

—Trabajó usted con Federico, ¿no es eso? —coligió el inspector—. Me parece muy sensato. Bien… Aguardo su llegada.

Y llamando a Goon a su despacho, le advirtió:

—Oiga, Goon. Antes de llevar adelante las cosas, debemos aguardar unos veinte minutos. Acaba de telefonear Pippin diciendo que tiene nuevas pruebas.

Goon se puso tieso como un erizo.

—¿«Pippin», señor? ¡Pero si no sabe una palabra del caso! Es tan zote que le prohibí trabajar conmigo en su aclaración. Claro está que sólo lleva unos días conmigo, pero salta a la vista que el muchacho no es gran cosa. Le falta inteligencia. En cambio, le sobran pretensiones y es un respondón de marca.

—¿Ah, sí? —mascculló el inspector—. Bien, de todos modos, tendremos que aguardar. Pippin va a traer un hombre para someterlo a interrogatorio.

—¿Un hombre… para someterlo a interrogatorio? —repitió Goon, boquiabierto—. ¡Pero si «ya» tenemos a los culpables! ¿A qué viene esa salida? ¿De quién se trata?

—Y además trae consigo a cinco chicos, o al menos, eso ha dicho —prosiguió el inspector, gozando de lo lindo, pues él tampoco simpatizaba en absoluto con el engreído y dominante señor Goon—. Tengo entendido que uno de ellos es ese inteligente chico que nos ha ayudado en tantos misterios… ¡Federico Trotteville!

Goon abrió y cerró sucesivamente la boca como una carpa, sin acertar a pronunciar una sola palabra en dos minutos. Se puso tan colorado, que el inspector le miró alarmado.

—Cualquier día le dará a usted un ataque al corazón, Goon si no procura dominar el genio —advirtió Jenks—. Supongo que no le importa que venga Federico. Si está usted seguro de haber aclarado el caso personalmente y detenido a los culpables, ¿por qué se preocupa?

—No me preocupo —repuso Goon furiosamente—. Lo que pasa es que ese chico… ese granuja, con perdón, señor, se pasa el día entorpeciendo la acción de la Ley… y…

—Vamos, Goon —replicó el inspector—. Federico no entorpece la acción de la Ley, sino al contrario: «colabora» con ella.

Tras refunfuñar algo sobre granujas y mastuerzos, Goon encerróse en un profundo silencio. ¿Qué significaba aquello? ¿A qué se debía la irrupción de Pippin… y de aquellos condenados chicos? ¿Qué «ocurría»?

Pippin llegó puntualmente con Alee Grant, los cinco muchachos y… «Buster». Goon se enfureció aún más al ver al perro, que le saludó con verdadero frenesí, como si fuese un viejo amigo, brincando a su alrededor de un modo exasperante.

—¿Con que trabajando otra vez, Federico? —saludó el inspector —. Encantado de verte por aquí. Hola, Larry… Pip… Daisy. ¡Ah, y también ha venido la pequeña Bets! ¿Todavía no te han expulsado de la asociación de Pesquisidores, Bets?

—¿Expulsarla? —protestó Fatty—. ¡Ni pensarlo! ¡De no haber sido por ella, jamás habríamos dado con la verdadera solución!

Al oír esto, Goon refunfuñó por lo bajo.

—¡Ah, Goon! —exclamó el inspector, volviéndose hacia él—. ¿Sigue usted ahí? Al parecer, usted también cree haber dado con la verdadera solución, ¿no? Sus dos detenidos están en la habitación contigua. Vamos a ver, Goon, ¿qué le induce a creer que ha resuelto usted el caso correctamente? Se disponía usted a decírmelo cuando Pippin me llamó por teléfono.

—Bien, señor —empezó Goon—. Aquí tengo una confesión de Boysie Summers, el gato pantomímico, en la cual reconoce abiertamente haber perpetrado el robo en combinación con Zoe Markham. Aquí está el pañuelo hallado en el pórtico del teatro la noche en cuestión, con la inicial «Z», de Zoe, en un ángulo, señor.

—¡No, señor inspector! —confesó Daisy—. ¡Ése es un pañuelo viejo que yo tenía! ¡Le bordé esa «Z» para gastar cierta broma! ¿No es verdad lo que digo? —agregó la muchacha, volviéndose a sus compañeros.

Los otros cuatro asistieron en silencio.

—Ese pañuelo no ha sido nunca de Zoe —prosiguió Daisy—. ¿Cómo iba a llevar una chica de su categoría un pañuelo viejo, sucio y raído como ése? ¡Pensé que el señor Goon comprendería una cosa así!

—¡Mira lo que dices! —resolló el señor Goon, fuera de sí.

—Un momento, Goon —ordenó el inspector, tomando el documento donde figuraba la «confesión»—. ¿De modo que esto es lo que dijo Boysie, eh? Por favor, Pippin, hágale pasar. Él y Zoe están ahí al lado. Pueden venir en seguida los dos.

Pippin fue en busca de Zoe y Boysie. Zoe lloraba a lágrima viva, y estaba tan aturdida, que ni siquiera vio a los cinco chicos. No bien entró en el despecho, fue directa al inspector, y golpeando con el índice la «confesión» que éste sostenía en la mano, profirió:

—¡Aquí no hay una palabra de verdad! ¡Ni una sola! «Ese hombre» obligó a Boysie a decir falsedades. Mire usted a Boysie, ¿le cree usted capaz de cometer un delito semejante, siquiera con mi ayuda? No es más que un chiquillo, a pesar de sus veinticuatro años. Ese policía lo asustó y amenazó hasta conseguir que el pobre dijese lo que no es. ¡Esto es inicuo, verdaderamente «inicuo»!

Boysie permanecía de pie, al lado de la joven. Los Pesquisidores apenas le reconocieron, sin su piel de gato. Parecía un niño, un niño tembloroso, agarrado al vestido de Zoe. A Bets se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Bien, señorita Markham —dijo el inspector Jenks—. Aquí tenemos a alguien para someterle a interrogatorio. Creo que ya le conoce usted.

—¡Alee Grant! —farfulló Zoe, volviéndose a mirarle—. ¿Fuiste «tú», Alee? En este caso, di la verdad. ¿Consentirías que el pobre Boysie perdiera definitivamente el juicio, pudiendo evitarlo? Detestabas al empresario. Siempre lo repetías. Vamos, confiesa, ¿fuiste «tú»?

Alee siguió encerrado en su mutismo. El inspector volvióse a Pippin.

—Oiga, Pippin, ¿tiene la bondad de explicar por qué ha traído usted este hombre aquí?

Pippin relató toda la historia, desde el principio hasta el final, exponiéndola con extraordinaria precisión y claridad. ¡Saltaba a la vista que, con el tiempo, el agente Pippin sería un excelente policía!

De vez en cuando, el inspector le interrumpía para formular alguna pregunta y, en ocasiones, Fatty veíase también obligado a intervenir. Goon escuchaba con la boca abierta y los ojos

desencajados.

A medida que pasaba el tiempo, Alee Grant daba muestras cada vez más evidentes de desasosiego. Y cuando Pippin y Fatty refiriendo la excursión de los chicos a Sheepridge y el detalle del autógrafo del álbum de Julia, diferente de los obtenidos por los Pesquisidores, según Pippin mostró al inspector con pruebas a la vista, el acusado se puso muy pálido.

—¿De modo que cree usted que este hombre, aquí presente, rogó a su hermana gemela que le suplantase mientras él se deslizaba en el teatro, narcotizaba al empresario, desvalijaba la caja fuerte y, por último, revestía de nuevo al dormido Boysie con la citada piel? —preguntó el inspector Jenks—. ¡Un delito muy ingenioso! Debemos localizar a la hermana de este hombre. Es preciso interpelarla a ella también.

—¡Protesto! —rugió Goon, con voz entrecortada—, ¡todo eso es mentira! ¡Le digo que este hombre no es el culpable! ¡Él «no» perpetró el robo! ¿Acaso no le he traído esa confesión para que se convenza usted?

Pero, apenas pronunciadas estas palabras, el pobre Goon tuvo el sobresalto más grande de su vida.

—Sí —murmuró Alee Grant—. ¡Yo fui el «autor» del hecho! ¡Dejen en paz a mi hermana! ¡Ella no sabe una palabra del asunto! La telefoneé, suplicándole que me sustituyera en el recital, y ella accedió. Lo ha hecho otras veces, en que yo he estado enfermo, y nadie lo ha notado. Nos pareemos como dos gotas de agua. Como ustedes saben, hago papeles de mujer y nadie nota la diferencia cuando mi hermana «me» suplanta. ¡Nadie en absoluto! Sólo estos chicos. ¡A ellos no se les escapa nada! ¡Son demasiado listos, ya lo creo!

Entonces, el inspector Jenks, tomando la «confesión», la rompió por la mitad.

—Ahí detrás tiene usted un fuego, Goon —dijo fríamente—. ¿Quiere usted echar esto en él?

Y Goon tuvo que arrojar al fuego la magnífica «confesión» y ver cómo se quemaba. Sentía deseos de que se lo tragara la tierra, de estar en el otro confín del mundo. Pocas veces la crueldad, la estupidez y la presunción habían recibido tan justo castigo como

ahora, en la persona del sargento Goon.

—El dinero está intacto —declaró Alee—. En realidad, me proponía devolverlo. Mi único deseo era dar un susto al empresario, por tacaño y por grosero. Si hubiese sabido que Boysie y Zoe estaban detenidos, habría confesado.

—Lo sabía usted «perfectamente» —replicó Pippin pausadamente—. Ahora no vale decir lo contrario.

—Bien —dijo el inspector, recostándose en su silla, con la mirada fija en los chicos—. Parece ser que una vez más habéis acudido en nuestra ayuda, muchachos. Le estoy a usted muy reconocido, Pippin. Le felicito. Ha llevado usted este caso muy bien, a pesar de la prohibición de Goon. En cuanto a ti, Federico, eres incorregible e indomable. Debo advertirte que si vuelves a colocar más pistas falsas, me veré obligado a arrestarte. Por otra parte, forzoso es reconocer que has sido siempre un gran colaborador y demostrado mucho ingenio en la resolución de cualquier problema. De modo que, ¡muchas gracias a ti también!

El inspector miró sucesivamente a los cinco chicos a Pippin, y también a Zoe y Boysie, con expresión radiante y sonriente.

—¿Ha hablado usted en serio, inspector? —musitó Bets, deslizando una mano en la suya—. ¿De veras sería usted capaz de arrestar a Fatty? —preguntó ansiosamente la pequeña—. Nosotros hemos sido tan malos como él. Todos estábamos de acuerdo en lo de las pistas falsas, inspector.

—No temas —sonrió éste—. Ha sido una broma. No es que apruebe vuestra conducta, ¿eh? Al contrario, me parece muy reprochable. Pero no dejo de reconocer que lo que hicisteis después reparó en cierto modo vuestra inicial travesura… Bien, a todo esto, ¿sabéis qué hora es? Las dos en punto. ¿Habéis almorzado ya?

Nadie lo había hecho aún, y de repente los chicos notaron que tenían el estómago vacío.

—En este caso —prosiguió el inspector—, espero que me dispensaréis el honor de almorzar conmigo en el Royal Hotel. Encargaré a alguien que telefonee a vuestras respectivas familias, que, a buen seguro, a estas horas están removiendo cielo y tierra para encontraros. Tal vez la señorita Zoe querrá acompañarnos también… ella y el… gato pantomímico.

—Muchas gracias —agradeció Zoe, toda sonrisas—. ¿Ya estamos libres, inspector?

—Absolutamente libres —confirmó el policía—. Usted, Goon, llévese a Grant de aquí. Y luego aguárdeme en este despacho. Tengo que decirle unas palabras.

Como un globo deshinchado, Goon llevóse a Alee Grant del lugar.

—¡Oh, inspector Jenks! —exclamó Bets, lanzando un suspiro de alivio—. ¡Tenía «tanto» miedo de que invitase al señor Goon a comer!

—¡Ni pensarlo! —gruñó el inspector—. ¡Ah, Pippin! ¡Es verdad! Usted también está aquí. Vaya a la cantina a que le sirvan una buena comida, y luego vuelva a mi despacho a redactar un informe completo de este caso. De paso, telefonee a los padres de estos chicos, ¿quiere usted?

Pippin se cuadró, con una sonrisa. Estaba muy satisfecho de sí mismo. El joven guiñó un ojo a Fatty, y éste correspondió con otro guiño. ¡Ajá! Si seguía mostrándose tan hábil, a buen seguro Pippin no tardaría en ascender.

—¡Qué bien lo he pasado con este misterio! —suspiró Bets, al sentarse en una mesa del hotel y desdoblar su blanca e impecable servilleta—. Ha sido muy difícil, pero no he pasado ningún miedo.

—Todo lo contrario de Boysie y de mí —replicó Zoe—. ¡Nosotros sí que nos hemos visto apurados!

Y llenando un vaso de gaseosa, la joven agregó, levantándolo hacia los muchachos:

—¡A vuestra salud! ¡Por los Cinco Pesquisidores… y el perro!

Entonces, el inspector, alzando su vaso, a su vez, dijo con una sonrisa:

—Por los grandes detectives que han puesto en claro el caso más complicado y más misterioso de su carrera: ¡el Misterio del Gato Pantomímico!

FIN

Próximamente

Suponemos que os habrá gustado la lectura de este libro; recordad que éste es el séptimo de la Serie Misterio. En todos intervienen los mismos protagonistas aunque cada volumen es un episodio de sus aventuras completo.

Los volúmenes publicados, son los siguientes:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada
Misterio de los anónimos
Misterio del collar desaparecido
Misterio en la casa escondida

Próximos a publicarse:

Misterio del ladrón invisible
Misterio del príncipe desaparecido



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] «Pippin» significa «manzana camuesa» en inglés. (N. de la T.) <<

[2] Barrio aristocrático de Londres. (N. de la T.) <<